CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL

MONOGRAFÍAS

del

CESEDEN

97

XI JORNADAS DE HISTORIA MILITAR

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LAS FUERZAS ARMADAS

MINISTERIO DE DEFENSA

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL

MONOGRAFÍAS

del

CESEDEN

97

XI JORNADAS DE HISTORIA MILITAR

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LAS FUERZAS ARMADAS

Mayo, 2007

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR

EN LAS FUERZAS ARMADAS

SUMARIO

PRESENTACIÓN……0

Primera conferencia

LA REAL ACADEMIA DE MATEMÁTICAS DE BARCELONA COMO REFERENTE EN LA ENSEÑANZA MILITAR EN EL SIGLO XVIII……..0
Por Juan Carrillo de Albornoz y Galbeño

Segunda Conferencia

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LA ARMADA……00
Por Gumersindo Manuel Boo Valiño

Tercera conferencia

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR EN LA EDAD MODERNA……..00
Por Davide Maffi

Cuarta conferencia

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN AL ESCUELA ESPECIAL MILITAR DE SAINT-CYR……00
Por Thierry Noulens

Quinta conferencia

LA ENSEÑANZA MILITAR EN EL ATENEO MILITAR DE MADRID (1871-1874)……00
Por Guillermo calleja Leal

Sexta conferencia

LA ENSEÑANZA MILITAR EN LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA (1893-1936)Y EN LA ESCUELA DE ESTADO MAYOR (1940-1964)……00
Por Miguel Alonso Baquer

Séptima conferencia

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ACADEMIA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS……00
Por María del Pilar Ryan y John W. Hall

ÍNDICE……00

PRESENTACIÓN

PRESENTACIÓN

Finalizado el año 2005 el ciclo de conferencias "De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805)", la Comisión Española de Historia Militar (CEHISMI) decidió dedicar el del año 2006 a "La enseñanza militar en las Fuerzas Armadas", debido a la preocupación expuesta por alguno de sus vocales, sobre la poca atención que a dicha enseñanza se presta en las academias militares. También se creyó oportuno que algún historiador militar extranjero participase en este ciclo de conferencias para poder explorar lo que se hace en otras naciones.

En representación del jefe del Estado Mayor de la Defensa presidió la inauguración el excelentísimo señor teniente general, presidente de la CEHISMI y director del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), don Pedro Bernal Gutiérrez, que pronunció unas palabras de bienvenida a los asistentes, de introducción el tema de las Jornadas *y presentación de los conferenciantes.*

La primera conferencia estuvo a cargo del coronel de Ingenieros, profesor emérito de la Academia del Arma, don Juan Carrillo de Albornoz y Galbeño que analizó los estudios en: "La Real Academia de Matemáticas de Barcelona como referente en la enseñanza militar en el siglo XVIII".

La segunda conferencia, sobre: "La enseñanza de la Historia en la Armada", corrió a cargo del profesor de Historia de la Escuela Naval Militar don Gumersindo Manuel Boo Valiño.

El profesor de la Universidad de Pavía (Italia) don Davide Maffi, pronunció una erudita y profunda conferencia, sobre "El estudio de la historia militar en la Edad Moderna".

En la cuarta jornada el teniente coronel Noulens, profesor de Historia en la Academia Militar francesa de Saint-Cyr, se ocupó de "La enseñanza de la historia militar en la Escuela Especial Militar de Saint-Cyr".

La quinta conferencia la desarrolló el profesor don Guillermo Calleja Leal, vocal de la CEHISMI y miembro del Instituto de Historia y Cultura Aérea, que se ocupó de "La enseñanza militar en el Ateneo Militar de Madrid (1871-1874)".

Cerró el ciclo de conferencia del general don Miguel Alonso Baquer, que se ocupó de "La enseñanza militar en la Escuela Superior de Guerra (1893-1936) y en la Escuela de Estado Mayor (1940-1964)".

Todas las conferencias fueron seguidas de coloquios y la sesión de clausura fue presidida, en representación del ministro de Defensa, por el almirante jefe del Estado Mayor de la Armada, don Sebastián Mayor Zaragoza.

Incluimos en esta Monografía *la conferencia de la teniente coronel del Ejército de Estados Unidos María del Pilar Ryan: " La enseñanza de la historia militar en la Academia de Estados Unidos" la cual, por motivos de calendario, tuvo que anticiparse al día 8 de junio de 2006.*

PRIMERA CONFERENCIA

LA REAL ACADEMIA DE MATEMÁTICAS DE BARCELONA COMO REFERENTE EN LA ENSEÑANZA MILITAR EN EL SIGLO XVIII

LA REAL ACADEMIA DE MATEMÁTICAS DE BARCELONA COMO REFERENTE EN LA ENSEÑANZA MILITAR EN EL SIGLO XVIII

Por Juan Carrillo de Albornoz y Galbeño*

El Cuerpo de Ingenieros, a cuyos miembros iba dirigida de forma especial la enseñanza en la Academia de Barcelona, se creaba en el año 1711 en plena Guerra de Sucesión española, aunque los Ingenieros del Ejército habían aparecido ya a principios del siglo XVI. Tales técnicos militares fueron naciendo para responder a la invención y evolución de la artillería, ante la cual los castillos medievales estaban prácticamente indefensos. La respuesta a esta revolucionaria arma se tradujo en una nueva forma de fortificar, lo que requería unos técnicos para su construcción, dotados de amplios conocimientos científicos, que recibirían con el tiempo el nombre de ingenieros. Este nuevo tipo de fortificación, llamada “abaluartada” (por extensión de la palabra baluarte, figura pentagonal y base del nuevo “arte”), difería radicalmente de los castillos antiguos, que primero trataron de adaptarse, para desaparecer definitivamente ante la eficacia del nuevo medio de ataque. El sistema de “fortificación abaluartada” nace con el Renacimiento, en Italia (aunque no se deba olvidar que en España desde el siglo XV se habían ensayado elementos de la fortificación que evolucionaron hacia las novedosas soluciones), crisol de nuevas técnicas militares y en cuyo suelo se batían las dos grandes potencias del momento, Francia y España. Los primeros ingenieros serían italianos, aunque pronto aparecerían de otras nacionalidades, y para el caso que nos ocupa, españoles.

Por otra parte, la función de los Ingenieros militares, desde el momento de su aparición, sería doble: construir las fortificaciones según el nuevo estilo y, dirigir los trabajos de sitio o asedio, para lograr la expugnación de las plazas enemigas. Con el tiempo irían añadiendo otras, como el estudio de los itinerarios a utilizar por los ejércitos en movimiento, el levantamiento de planos, y sobre todo en el siglo XVIII (aunque de forma menor también en los dos siglos anteriores), las obras públicas y

de fomento: desde los puertos a las fábricas y edificios notables, pasando por los caminos, carreteras, e incluso los canales de riego y navegación y finalmente, la "descripción del territorio" o finalmente el urbanismo. Para poder responder a tales retos, estos ingenieros necesitaban poseer una sólida formación en el "arte de fortificar", en el de la Arquitectura y en otras numerosas ciencias "útiles", así como en el manejo de los explosivos (la pólvora), debiendo conocer además las tácticas utilizadas en la época.

Esta sólida formación se conseguía por dos procedimientos alternativos o bien consecutivos. Uno, entrando de ayudante de un ingeniero (en los primeros tiempos casi siempre italiano) ya consagrado, con el que se aprendía el oficio hasta obtener el título de ingeniero "ordinario", título siempre firmado por el Rey. El otro sistema, que daba opción al mismo título, consistía en realizar los estudios necesarios en una de las *academias* que a partir del siglo XVI irían apareciendo, precisamente con la finalidad de preparar a tales miembros de la milicia.

El primero de estos centros fue la *Academia de Matemáticas y Arquitectura Militar de Madrid,* que fundó Felipe II, en el último tercio del siglo XVI (1582), a instancias del arquitecto Juan de Herrera y del ingeniero Tiburcio Spanochi. En ella se estudiaban materias como la "Geometría de Euclides" el "Tratado de la Carta de Marear" (navegar); los "Tratados Selectos de Arquímedes" o finalmente "Teoría y Práctica de la Fortificación", que "leía" o explicaba el capitán de ingenieros don Cristóbal de Rojas, autor del primer tratado de esa materia (fortificación) que se imprimía (1598) en España. La Academia de Madrid, a pesar de su brillante comienzo, no tuvo una vida muy larga. A principios del siglo XVII entraría en decadencia, para desaparecer en el año 1625. Tuvo una cierta continuidad a través de la Cátedra de Matemáticas y Fortificación que establecían los jesuitas en el Colegio Imperial en Madrid. Por otra parte fuera de la Península se crearon otras academias para la formación de ingenieros, como la de Milán, que fundada en tiempos del emperador Carlos V, tuvo una larga vida, permaneciendo vigente durante todo el siglo XVII.

Ninguna de ellas llegó a tener la importancia de la *Academia Real y Militar del Ejército de los Países Bajos,* que se fundó en Bruselas en el año 1675, y de la que fue su único director el ingeniero militar don Sebastián Fernández de Medrano. Este ingeniero murió en 1705, y pocos meses después (octubre de 1706) desaparecía la

Academia al caer Bruselas en poder de los ejércitos de la Gran Alianza, en el marco de la Guerra de Sucesión española. Medrano supo imprimir tal categoría en la enseñanza, que su Academia se convirtió en una de las más importantes de Europa. La preparación tenía una duración inicial de un año, en el que los alumnos estudiaban geometría, fortificación, artillería, geografía y “arte de escuadronar”. La mayoría de los alumnos cuando terminaba el curso volvían a sus regimientos (se admitían oficiales y cadetes de los diferentes Cuerpos), encargados de enseñar Matemáticas a los demás oficiales, mientras que los mejores continuaban otro curso más para convertirse en ingenieros, y en el que profundizaban sus estudios técnicos. Finalmente en este centro se admitían alumnos extranjeros (aunque la mayoría pertenecientes a la corona hispana) como flamencos, valones y hasta suizos, y por supuesto españoles pertenecientes a los Tercios de Flandes.

El siglo XVIII. La creación del Cuerpo de Ingenieros.

La Academia de Barcelona

El número de ingenieros militares fue decayendo en España a lo largo del último cuarto del siglo XVII, situación que se agudizó a comienzos del siglo XVIII, precisamente cuando se produce la Guerra de Sucesión, y cuando más falta había de ellos. Esta carencia movió al secretario del Despacho de Guerra a proponer al rey Felipe V la creación del Cuerpo de Ingenieros, y a don Jorge Próspero de Verboom, ingeniero mayor del Ejército de los Países Bajos, como organizador del mismo. De acuerdo con la propuesta, en enero de 1710 el Rey nombraba a Verboom “ingeniero general de mis ejércitos, plazas y fortificaciones”. Verboom terminaría su proyecto de organización en Barcelona, donde se encontraba en calidad de prisionero de los austriacos, después de la sangrienta batalla de Almenara. Posteriormente remitiría todos sus trabajos al Rey, el cual por un Real Decreto expedido en Zaragoza el 17 de abril de 1711, creaba el Cuerpo de Ingenieros. Lo anterior quiere decir que hasta ese momento los ingenieros militares no formaban corporación, sino que eran nombrados directamente por el Rey, recibiendo cada uno de forma individualizada, desde una asignación dineraria según sus méritos, hasta el señalamiento de los trabajos de fortificación o de otro género que debían ejecutar, o bien del ejército en el que habrían de integrarse (como tales ingenieros) para una campaña o expedición determinada.

Una vez en libertad, al ser canjeado (en 1712), el ingeniero general pudo dedicarse por entero a la organización consiguiente, lo que haría reuniendo a los pocos oficiales que había en España con los que hizo venir de Flandes, algunos italianos y otros franceses que ya estaban trabajando con los ejércitos de Felipe V y que habían sido cedidos por Luis XIV para la campaña de Portugal. Desde la creación del Cuerpo en 1711, a 1718, se integraron en el mismo algo más de un centenar de ingenieros, muchos de los cuales venían ya con experiencia en campaña, adquiriéndola otros en la Guerra de Sucesión, o en otras guerras. Sin embargo, el sistema de admisión no satisfacía al ingeniero general, por lo que lucharía por la creación de una nueva Academia. La ciudad elegida como sede del Centro fue Barcelona, que contaba con cierta tradición académica. En 1686, el virrey y capitán general de Cataluña, había organizado una Academia de Arquitectura Militar que contaba con 20 alumnos. En el año 1697 se decidía que se reabriera, siguiendo puntualmente el plan de estudios que seguía Medrano en la de Bruselas, aunque el Decreto de Fundación no se firmara hasta enero de 1700. La toma de Barcelona por las tropas del archiduque Carlos en 1706, obligaba a cerrar el nuevo centro académico.

Como se ha señalado, don Jorge Próspero de Verboom, desde el primer momento en el que fue nombrado ingeniero general con el encargo de la organización del *Cuerpo de Ingenieros*, pensó en la necesidad de crear una Academia de Matemáticas, donde pudiesen prepararse los oficiales que habían de formar parte del Cuerpo recién constituido. Por otra parte, él mismo, había estudiado en la Academia de Bruselas como discípulo favorito de su director el ingeniero militar don Sebastián Fernández de Medrano, por lo que era natural que tomara como modelo para el nuevo centro de enseñanza a aquél en el que había realizado sus estudios. En septiembre de 1712, apenas liberado de su cautividad con los austríacos, escribía al marqués de Bedmar, antiguo compañero de armas en Flandes, un Documento titulado:

> “Projet pour une accademie, ou Ecole, ou se doit demontrer les mathematiques, Fortifcaitions, et Dessein, dans les parties qui conviennent de sçavoir à un officier de Guerre, et particuliérement pour ceux qui souhaiteront d´entrer dans le corps des Ingénieurs.”

Aunque no fijaba en su escrito el número de academias a establecer, sí lo hacía con respecto a las condiciones generales que debían tener estos centros. Este proyecto no llegó a concretarse a causa de las campañas de Cerdeña y Sicilia, que mantuvieron al ingeniero general concentrado en ellas. Finalmente en el año 1720 se abría la Academia de Barcelona, nombrándose como director a don Mateo Calabro, antiguo comisario de Artillería, al que se le dio el título de ingeniero para que pudiese ejercer ese cargo.

Para el funcionamiento de la Academia, don Mateo Clabro emitía un Documento, cuatro años después de hacerse cargo de su dirección, titulado:

> "Proyecto sobre el establecimiento formal de la Academia de Barcelona, dispuesto por el director de ella don Matheo Calabro. Año de 1724."

Según el citado documento, en las academias militares a establecer (además de la de Barcelona ya en marcha proponía otras dos, una en Badajoz y otra en Madrid, que no llegaron a abrirse) se debía enseñar las Matemáticas y sus partes mas fundamentales, la Aritmética y la Geometría Especulativa, como así mismo las ciencias que dimanan de las anteriores, que a juicio de Calabro son: la Geometría Práctica, la Estática, la Óptica, o la Cosmografía. Su conocimiento sería absolutamente necesario para alcanzar "la inteligencia de las Artes Mecánicas que conducen a formar un inteligente ingeniero militar, un práctico artillero, o un científico náutico". Los tres Cuerpos, añadía, debían ser tres columnas sobre las que fundamentar "la seguridad de la Monarquía, la gloria del príncipe, y la felicidad de sus pueblos". Respecto al plan de estudios, éstos se impartían en seis clases (o cursos) de seis meses cada una, completándose así tres años de formación. Al finalizar cada una de las clases se realizaba un examen para poder pasar a la siguiente. Al terminar la sexta y última, los alumnos debían ser examinados públicamente por un tribunal compuesto por el director, más seis oficiales de los diferentes regimientos y de probada sabiduría. Seguía Calabro con una serie de consideraciones acerca de cómo realizar estos últimos exámenes, aportando en su documento un dibujo de la distribución que debía adoptarse tanto para el tribunal y examinandos, como para el resto de los alumnos, puntualizando además cuales deberían ser los premios para los mejores de ellos.

Por otro lado, señalaba don Matheo que cada academia debía ser provista de los siguientes instrumentos: dos globos, uno terrestre y otro celeste; una esfera armilar de latón; un Semicírculo de bronce de 15 pulgadas de diámetro con dos anteojos, aplicados, uno al diámetro y otro a la alidada; dos brújulas o compases marinos; una brújula de bronce graduada de ocho a nueve pulgadas de diámetro; cuatro planchetas; un cuadrante geométrico de bronce; un cuarto de círculo de 18 pulgadas de radio, graduado y con un anteojo en uno de sus radios; dos niveles de agua; un nivel moderno a péndola de suspensión; doce mapas geográficos; y un telescopio a dos lentes de doce pulgadas de largo con un micrómetro, todo lo cual importaría un total de 12.220 reales de vellón, por una sola vez.

Se señalaba también la distribución de materias a enseñar entre el profesorado (entre los que se incluía él, aunque reservándose unas asignaturas determinadas), y el personal que debía formar parte de la Academia, que además del director contaría con cuatro ayudantes, un portero instrumentario, los alumnos que se admitiesen, y un protector del Centro.

Finalmente en el Documento de Calabro se puntualizaban las obligaciones y derechos (fundamentalmente económicos) de los diferentes miembros de la Academia, así como el régimen interior del centro. Se regulaban cuestiones tan variadas como las condiciones que debía reunir el director (además de conocimientos adecuados, tanto teóricos como prácticos sería “modesto, afable, paciente, y en cualquier tiempo accesible”), los castigos a imponer a los alumnos (éstos eran escogidos entre oficiales, cadetes y algunos caballeros particulares), horario, limpieza de los instrumentos, e incluso el alojamiento de los “académicos”, así como el material (su estuche matemático, un cuadernillo, y pluma y tintero) con el que debían asistir a las clases.

Las relaciones entre Calabro y el ingeniero general Verboom fueron desde el primer momento del nombramiento del primero, difíciles. Sus diferencias se debían a la propia concepción de la enseñanza o incluso al carácter complicado de don Matheo Calabro. El hecho es que en el año 1736 se destinaba a la Academia, como ayudante del citado director y catedrático de Matemáticas, al ingeniero extraordinario don Pedro Lucuce, quién dos años después (14 de marzo de 1738) era nombrado

nuevo director de la de Barcelona, mientras que Calabro era apartado del mando y destinado a Valencia.

En el año 1730, y en cumplimiento a una Real Orden de 18 de enero de ese mismo año, aparecía un:

> “Proyecto o idea para la formación, Govierno y permanente Establecimiento de Academias Reales y Militares de Mathemáticas y Fortificaciones, en los parages que S.M. destinase de sus Dominios; Dirigido por el Marqués de Verboom Teniente General de sus Exércitos, su Cuartel Maestre General e Ingeniero General de España, Gobernador y Castellano de la Ciudadela de Barcelona.”

En este Documento Verboom presentaba su idea de cómo debía ser la enseñanza, fundamentalmente de los ingenieros militares. En primer lugar y siguiendo la costumbre al uso, expone una serie de ideas generales, como la amplitud de las tareas encomendadas a los ingenieros y la necesidad de éstos de conocer prácticamente todas las ciencias, pues:

> “Entre todas las disciplinas, la militar es la que convence mas deste argumento, y entre todas … la que pertenece al Ingeniero, que no solo debe ser apto e inteligente en todas las (materias) que no profesa directamente, pero si fuese dable estubiese versado en todas las demás ciencias, así especulativas como históricas y constructivas, entiendo no le sobrará nada…”.

Respecto a su plan de estudios, en principio era similar al de Calabro, en el sentido de que la duración y distribución de la enseñanza era de tres años, con seis clases de seis meses cada una. En cuanto al contenido, aunque persisten las similitudes, se evidencia las diferencias entre ambos, ya que Verboom hace mucho mayor énfasis en los conocimientos prácticos y en el del dibujo sin olvidar la teoría, mientras que don Matheo Calabro lo hacía en los conocimientos “especulativos”.

En otro orden de cosas, seguían las similitudes y diferencias entre los planes de Calabro y el de Verboom. Para este último debían establecerse tres academias, una en Barcelona, común a Artillería e Ingenieros y como hemos señalado repetidamente ya en marcha, otra en Andalucía, para la que proponía a Cádiz o

Sevilla, inclinándose por la segunda, y una tercera en Madrid. Los alumnos serían escogidos únicamente entre los hijos de los ingenieros, los oficiales y los cadetes, “hijos de algo” de los regimientos, y entre los españoles nobles. Verboom consideraba imprescindible que en los alumnos deberían concurrir las siguientes condiciones:

> “la pureza de linage; la fama de una arreglada conducta; la disposición personal ventajosa, robusta y bien parecida; la constitución sana, ágil y diestra; el juicio perspicaz y templado; destreza y actividad en la pluma y en la mano; y cuanto fuere posible erudito y capaz en las ciencias humanas y en las lenguas, pues convence la experiencia que los que están versados en la latina, son los mas propios a la inteligencia de las extrangeras…”.

Respecto al “gobierno y enseñanza de las Academias”, cada una debía disponer del personal siguiente: un protector (común a todas ellas) que sería el ministro de la Guerra, un director general (también común), en este caso el ingeniero general, y para cada una de las Academias un director particular, un profesor de categoría de ingeniero en Jefe, otro profesor “ordinario” (ingeniero en segundo), tres ayudantes de profesores, de los cuales uno sería ayudante mayor (ingeniero ordinario), y los otros dos ayudantes (ingenieros extraordinarios), un maestro dibujante, un maestro arquitecto, y finalmente un portero.

El número de “académicos” por Centro debía ser de cincuenta, distribuidos entre oficiales, cadetes, y caballeros particulares o nobles, y cada uno de ellos debían ser escogidos entre tres propuestos. Los academistas serían alojados de dos en dos, para su mutuo auxilio en los estudios, y vigilados por el ayudante mayor. Seguía el Documento señalando como debía ser el edificio destinado a cada una de las Academias, así como su disposición, las normas para la selección de los alumnos al terminar cada curso, y concretándose a continuación, las obligaciones de cada uno de los profesores de las Academias, incluido el director de cada uno de ellas. De estos últimos, se hacía especial hincapié en que debían visitar al menos una vez a la semana cada una de las clases, juzgando:

> “con toda cautela los talentos y defectos de los profesores, el celo de los ayudantes, la pericia y exactitud del maestro dibujante y arquitecto, y conducta de cada uno los académicos.”

También debería visitar la Academia los días que hubiese ejercicio en ellas, en los días de conferencias, y en los ejercicios de campaña. Finalmente se delimitaban sus competencias en el capítulo de sanciones, que se limitaban a las faltas menores tocantes a la disciplina y exactitud interior al Centro.

En septiembre de 1737 se aprobaba un Reglamento Provisional, redactado por don Pedro Lucuce ya destinado en la Academia de Barcelona, y cuya redacción había sido ordenada por el ministro, el duque de Montemar, el 23 de agosto de ese mismo año. En el Reglamento, en tanto salía la Ordenanza de Su Majestad, se decía:

> “Que todo el curso matemático se explique en tres años, distribuidos en cuatro clases de a nueve meses cada una, sirviendo las dos primeras para la instrucción de cualquier oficial del ejército, y todas cuatro para los ingenieros y oficiales de Artillería.”

Por otro lado, el protector seguía siendo el ministro de la Guerra, y el inspector, el ingeniero general. Además del director de la Academia, el cuadro del profesorado estaría formado por cuatro profesores, dos ayudantes y un director de Dibujo, todos ingenieros.

Finalmente el 22 de julio de 1739 se aprobaba la:

> “Real Ordenanza, e Instrucción para la Enseñanza de las Mathemáticas en la Real, y Militar Academia, que se ha establecido en Barcelona, y las que en adelante se formaren, en que se declara el pie sobre que deberán subsistir: lo que se ha de enseñar en ellas: las partes que han de concurrir en los sugetos para ser admitidos; y los premios, y ascensos con que se les remunerará a los que se distinguieren por su aplicación.”

La nueva ordenanza recogía “en lo esencial las líneas maestras del proyecto de Lucuce, convertido ya en el hombre clave de la Institución”. Debemos tener en cuenta que este ilustre ingeniero había sido nombrado Director de la Academia de Barcelona, como ya se señaló, en el año 1738.

La Ordenanza de 1739, señalaba en primer lugar al protector y al inspector de las Academias con el mismo criterio que el reglamento provisional de dos años antes. En cuanto al profesorado estaría formado en cada Academia únicamente por, un director general, dos ayudantes, y un director de Dibujo, todos del Cuerpo de Ingenieros.

La duración total del curso seguía siendo de tres años, pero el número de “clases” o cursos se reducía a cuatro, de nueve meses cada una. En las dos primeras se explicaba todo lo necesario para cualquier oficial del ejército, mientras que las dos últimas se impartían los conocimientos necesarios para los ingenieros y artilleros. En lo relativo a los alumnos, éstos debían ser oficiales o cadetes de los Regimientos de Infantería, Caballería y Dragones en número de 18 los oficiales y otros tantos cadetes, todos del Principado, admitiéndose además a cuatro “caballeros particulares” o civiles. Todos ellos debían saber la Aritmética, tener entre 15 y 30 años y ser de acrisolada conducta. Los aspirantes debían estar un mes antes del comienzo de la primera clase, a fin de que el director de la Academia pudiese examinarlos, y una vez admitidos, los oficiales seguían recibiendo su sueldo, y los cadetes seis escudos mensuales, además de su prest, para “su manutención con decencia”. Para aquellos de los académicos (oficiales y cadetes) que sus regimientos tuviesen su guarnición en otra plaza, se ordenaba al capitán general del Principado que los alojase en la Plaza de Barcelona. También se ordenaba que los alumnos no debían recibir orden alguna de sus antiguos jefes, ni ser sacados de la Academia con ningún pretexto sin autorización del referido capitán general.

Con respecto a la enseñanza, el director general debía elegir los tratados más útiles de las matemáticas, colocándolos en orden a su interés, escribiendo a partir de ellos las materias diversas como si fuesen suyas, para finalmente dar a cada ayudante los cuadernos con los temas que debían impartir. Por su parte los académicos tenían que ir (según la clase) provistos de papel, tinta y lápiz, “y lo demás que se necesite para escribir la lección, y de quince en quince días la pondrán en limpio, haciéndola ver a su respectivo maestro”.

La Ordenanza detallaba el plan de estudios clase por clase, y que por otra parte no difería demasiado (como se señaló en su momento) del propuesto por Verboom nueve años antes. Sí destaca con respecto a este último la disminución de

profesores, que según la citada Ordenanza se reducían (a parte del protector y el director general de Academias, siempre presentes en todos los proyectos e instrucciones y por otra parte meramente protocolarios) al director particular, dos ayudantes y el director de dibujo, número mitad del cuadro propuesto por el ingeniero general en 1730. Como es lógico, esta drástica reducción en el profesorado (debido posiblemente al corto número de ingenieros) tenía que redundar en la ampliación de sus responsabilidades en la enseñanza, y así el director del Centro, que en el plan de Verboom tenía como misión principal el comprobar que los estudios se impartían adecuadamente, en la Ordenanza a estudio lo era además de explicar toda la segunda clase, además de preparar los textos que habían de darse a lo largo de los cuatro cursos.

Una vez terminada la primera clase, aquellos académicos que hubiesen aprobado el examen realizado por el director general, pasaban a la segunda. Respecto a los que no superaban la prueba, se distinguía entre aquellos cuya causa fundamental del suspenso fuese la enfermedad u otro accidente, y aquellos otros que no hubiesen demostrado el suficiente aprovechamiento. En el primero de los casos los académicos podían repetir la clase desde el principio, y en el segundo eran despachados a sus Regimientos de destino. De igual forma se procedía con la segunda clase, con la diferencia de que no todos los aptos pasaban a la tercera, ya que “como no todos tendrán la inclinación de proseguir con los estudios necesarios a un oficial de Ingeniero, o de la Artillería, se restituirán estos a sus Cuerpos, llevando una certificación del director general, visada del inspector, para que se les atienda a su mérito de Academista en las vacantes del Ejército. La cuarta de las clases estaba destinada especialmente a la enseñanza del Dibujo, aunque también se estudiaba Arquitectura, así como el cálculo de costes de las obras y la documentación aneja a los presupuestos, o lo que es lo mismo, la redacción de proyectos de obras civiles y militares.

Concluida la cuarta clase, los Académicos que hubiesen terminado el plan de estudios, disponían de dos meses para que al tiempo que repasaban el temario, tuviesen disputas entre ellos, en público, sobre todo lo aprendido en el curso. Estas disputas se harían en presencia del inspector y del director general, los cuales debían elegir a los tres mejores alumnos que a su vez mantendrían, igualmente en público, las conclusiones sobre aquellos puntos que les tocaren. Una vez terminado

este proceso, el tribunal se reunía para decidir el orden de los premios. Éstos consistían en tres medallas de oro, de diez doblones cada una, todas con la efigie del rey Felipe V, y en el reverso cada una llevaba una figura y un lema diferente. La primera de las medallas, llevaba la “Fama”, con un clarín en la mano, y con la otra señalando a varios instrumentos matemáticos y militares, con la leyenda *Non nisi grandia canto*. La segunda, un león descansando, y sobre él sentada Minerva, armada de sus atributos, y el siguiente letrero, *Nunc Minerva postea Palas*. La tercera, debía presentar un león muerto, de cuyo cadáver sale un enjambre de abejas, con la orla siguiente, *Faciet dulcedo Leonem*. Las tres medallas, y según su orden de importancia colgaban de: una cadena doble de oro de cuatro doblones, cadena sencilla de dos doblones, o finalmente para el tercer premio, de una cinta de color fuego.

A todos los academistas que acababan el cuarto curso (se entiende que aptos) se les daba una certificación por el director, visada del inspector, especificando en ellas las partes en que mas hubiere adelantado, para que:

> “restituyéndose a sus Regimientos, estén prontos para cuando Yo tuviere a bien emplearlos en otros fines de mi Real Servicio, o en los Cuerpos de Ingenieros, o de Artillería.”

Para ingresar en los Cuerpos de Ingenieros o en el de Artillería, los solicitantes debían pasar un examen de suficiencia ante la Real Junta de Fortificación los primeros, y ante la de Artillería los segundos. En cuanto a los oficiales y cadetes que, aún no ingresando en alguno de los dos Cuerpos citados resultasen aprobados, se prevenía a los coroneles de los Regimientos en los que hubiese alguno de estos últimos, que con ellos como maestros, se formasen unas Academias particulares para la enseñanza de las Matemáticas a las que debían concurrir todos los oficiales y cadetes que no estuviesen de servicio. Las lecciones debían ser diarias y de una hora como mínimo, y su misión era:

> “no solamente evitar la ociosidad, sino que también los unos repasen lo que antes han estudiado, y los otros imponerse en ciencia tan indispensable a un militar para el desempeño de los cargos que se le confían.”

A mediados del siglo XVIII, reinando Fernando VI, se acomete unas reformas generales del ejército que afectarían también a la enseñanza militar. En primer lugar los artilleros lograban sus propias academias, separándose así de la tutela de los ingenieros en este aspecto, al aprobarse con fecha 21 de octubre de 1751 la creación de las Escuelas de Matemáticas de Artillería, a establecer en Barcelona y Cádiz. Esta separación exigía una nueva regulación de los estudios para los ingenieros del ejército, máxime cuando se habían abierto dos nuevas academias (las propuestas anteriores no habían cuajado) para estos técnicos de la milicia, una en Orán, poco después de su conquista en 1732, y otra en Ceuta en 1739. En consecuencia, en el mismo año de apertura de las Escuelas para la Artillería, se publicaba la:

> "Real Ordenanza de 29 de diciembre de 1751, para la Subsistencia, Régimen, y enseñanza de la Real Academia Militar de Matemáticas, establecida en Barcelona, y las particulares de Ceuta, y Orán, unas y otras al cargo y dirección del Cuerpo de Ingenieros, para la enseñanza de los oficiales, y cadetes del Ejército".

En la nueva Ordenanza el profesorado aumentaba sensiblemente, ya que estaría formado por el director, o maestro principal, más cinco ayudantes, todos del Cuerpo de Ingenieros. El Curso seguía constando de cuatro clases, "las tres primeras para enseñar en ellas los Tratados, y asuntos de la Ciencia, y la cuarta para el Dibujo", clases que se repartían entre los ayudantes, quedando el director en este caso para controlar la marcha de los estudios.

El Título Segundo de las Ordenanzas de 1751 se denomina:

> "De la Concurrencia de Oficiales y Cadetes a la Academia, y del Régimen, y Doctrina Della."

Respecto a estos temas, y en concreto al número de académicos, se elevaba a 70 por case, de ellos cuatro caballeros particulares y el resto oficiales y cadetes del ejército. Éstos debían ser escogidos en los regimientos en función a sus conocimientos y aptitud para las Matemáticas, ser voluntarios, llevar al menos un año de servicio, y no tener más de treinta años. Al igual que con la anterior Ordenanza, una vez en la academia, los alumnos no podían ser llamados o

nombrados en cualquier servicio por los coroneles de sus Regimientos, y “durante su existencia en la academia, se les suministrará por la ciudad el equivalente a su alojamiento”. Respecto al calendario de clases, éstas debían impartirse todos los días excepto los festivos y los jueves, en este último caso si no había otra fiesta en la semana. A diario, las clases se daban por la mañana y por la tarde, en verano de ocho a diez y de cuatro a seis, y en invierno de nueve a once y de tres a cinco. El director, con aprobación del inspector, podía modificar el horario según las necesidades de la enseñanza. Los alumnos por su parte (seguían dádose las materias al dictado), tenían que ir a las clases provistos de sus:

> “Quadernos para escribir, y de compás, regla, y lápiz, para tomar con primor en borrador las figuras de la lección.”

Los académicos, en otro orden de cosas, podían ser, tanto por el director como por los ayudantes, amonestados, reprendidos, o arrestados, según el caso, comunicándolo al inspector. Finalmente si por desidia, inaplicación, falta de respeto a los maestros, u otros motivos graves, el director se veía en la necesidad de expulsar a algún académico, debía comunicarlo igualmente al inspector para que el protector diese la orden necesaria para ello.

El plan de estudios era similar en la nueva Ordenanza a la del año 1739, aunque aparecía como novedad:

> “el modo de servirse de las reglas de Álgebra, aplicándolas a algunas equaciones simples, y quadradas; y así mismo de los elementos del cálculo integral, y diferencial, sólo conducente a que con estos rudimentos puedan después los que quisieren adquirir por sí mismos mayor inteligencia en esta parte, y comprehender los autores que se valen de ese método para sus demostraciones.”

También resultaba muy similar, y en este caso sin aportar ninguna novedad, todo lo referente a exámenes, al terminar cada clase, las conclusiones y premios, al terminar el curso (la cuarta clase), así como el sistema de ingreso en el Cuerpo de Ingenieros para los que hubiesen terminado con aprovechamiento el curso, y así lo deseasen.

El Título Tercero de las Ordenanzas: “Escuelas Particulares de Orán y Ceuta”, regulaba el funcionamiento de estas dos Academias de Matemáticas, especificándose que habían de regirse en todo, incluidas las materias y textos de estudio, por lo prevenido para la Academia de Barcelona. Había, sin embargo algunas diferencias, que no alteraban lo fundamental. En primer lugar, en el caso de estas Escuelas particulares, el protector era el comandante general de cada una de las plazas respectivas, y el subinspector el ingeniero principal, al tiempo que el profesorado en cada una de ellas, se reducía al propio director de la Escuela. Los alumnos o académicos, se escogían entre los oficiales y cadetes de las dos guarniciones, y que “tuviesen inclinación a las Matemáticas”. Estos alumnos no quedaban dispensados de realizar los servicios que les correspondiesen por lo que, en atención a ello, el curso completo duraba cuatro años, en vez de los tres de la Academia de Barcelona. Finalmente, si alguno de los alumnos de las Escuelas de Orán o Ceuta deseaba pasar a terminar sus estudios a la Academia Matriz, se autorizaba este cambio, pero debían sufrir un examen para determinar en que clase, según sus conocimientos, debían integrarse. Estas Escuelas se suprimían en el año 1789, aunque de hecho se trasladaban a Cádiz y Zamora, siguiendo, en cuanto a los estudios los planes previstos en la Ordenanza de 1751.

Desde su creación, con los citados planes de estudios, la Academia de Matemáticas de Barcelona impartía los estudios científicos y técnicos mas avanzados de España, donde las universidades carecían de cátedras de Matemáticas y donde únicamente el Colegio de Guardias Marinas de Cádiz y la Academia de Artillería de Segovia en cuanto a los estudios náuticos y la química, respectivamente, podían comparársele. Este nivel científico estaba respaldado por una magnífica biblioteca. En el inventario efectuado tras la muerte del director Miguel Sánchez Taramas en el año 1790, figuraban en la citada biblioteca del Centro, más de 2.000 volúmenes, de los que el 50% estaban escritos en francés, un 25% en español, y el resto en latín, italiano, e inglés. De ellos, en cuanto a las Materias, un 25% lo eran de Matemáticas, un 15% de Física, Mecánica, Hidráulica y Filosofía Natural o Ciencias de la naturaleza, un 11% de Astronomía, Geografía y Náutica, un 9% de Fortificación e Ingeniería Militar, un 6% de Artillería y otro tanto igual para la Arquitectura Civil y el resto (hasta un 28%) de Historia Militar, Arte de la Guerra y Ordenanzas. Este último apartado nos

demuestra el interés por el estudio de las ciencias históricas en el referido centro, a pesar de que en el plan de estudios no constaran como tal asignatura.

A principios del siglo XIX se acometía una importante reforma en la enseñanza militar y que afectaría a la correspondiente al Cuerpo de Ingenieros. Después de la muerte de Lucuze, en 1779, la Academia de Barcelona había seguido con su antiguo plan de estudios, un tanto anquilosado, hasta que se cierra en el año 1803. En ese año se iniciaba una nueva etapa en la enseñanza de los ingenieros del ejército al inaugurarse la *Academia Específica de Ingenieros de Alcalá* dedicada únicamente a la formación de los miembros del Cuerpo, y en la que debían abordarse las nuevas técnicas y avances en las Ciencias logradas a lo largo del siglo XVIII. Se suprimía finalmente la Academia de Cádiz, sobreviviendo la de Zamora, que serviría como preparación para el ingreso en la de Alcalá.

Las funciones del Cuerpo. La Primera Ordenanza

En el decreto por el que Felipe V nombraba a Verboom ingeniero general, ya se señalaba cuales serían las funciones del Cuerpo que se creaba. Sin embargo, se hacía necesaria la publicación de una Ordenanza que determinara las atribuciones y deberes de los ingenieros militares. El paso fundamental se daba con la publicación de la "Real Ordenanza e Instrucción" de 4 de julio de 1718, cuyo preámbulo indica claramente los cometidos tan variados y extensos que asignados al Cuerpo. En el mismo se dice:

> "*Para los ingenieros , y otras* personas, dividida en dos partes: en la primera se trata de la formación de Mapas, o Cartas Geográficas de Provincias, con observaciones, y notas sobre los Ríos que se pudieren hacer navegables, cequias para Molinos, Batanes, Riegos, y otras diversas diligencias dirigidas al beneficio universal de los Pueblos; y así mismo el reconocimiento, y formación de Planos, y Relaciones de Plazas, Puertos de Mar, Bahías, y Costas, y de los reparos, y nuevas obras que necesitaren, con el tanteo de su coste: En la segunda se expresan los reconocimientos, tanteos, y formalidades con que se han de proponer, determinar, y executar las obras nuevas, y los reparos que fueren precisos en las Fortificaciones, Almacenes,

> Quarteles, Muelles, y otras Fabricas Reales, y sobre conservación de Plazas, y Puertos de Mar."

Destacaba en la citada Ordenanza:

> "la importancia concedida a las funciones de reconocimiento territorial, que adquieren, en la enumeración que se hace, sobre las funciones más específicas de los ingenieros, como son las referentes a la atención a Plazas Fuertes y Puertos. Por otra parte, está implícito también en él todo un vasto programa de reformas económicas y territoriales destinadas al fomento de la riqueza y prosperidad de los súbditos. En último lugar, el preámbulo de las ordenanzas presta atención también a las tareas mas específicas de los ingenieros, como son la elaboración de los proyectos y la dirección de las obras que se realicen, con el fin de evitar gastos innecesarios."

Todo lo cual era consecuencia de la inexistencia de un Cuerpo de Ingenieros Civiles capaces de llevar a cabo las reformas previstas por los Borbones, por lo que hubo que encomendar a los ingenieros militares, por otra parte perfectamente preparados para ello, funciones que rebasaban ampliamente sus cometidos específicos.

En la organización dada inicialmente al Cuerpo por el Decreto de Creación (1711), se establecían, además del ingeniero general, las clases de "ingenieros en jefe o de provincia", "ingenieros en segundo", "ingenieros en tercero", y "designadores (delineantes) a la orden del ingeniero en jefe de cada provincia". En el año 1724, tal denominación pasaba a ser la de: "ingenieros directores en jefe, en segundo, ordinarios y extraordinarios", y cuatro años mas tarde, el Cuerpo estaba formado por 128 jefes y oficiales de ingenieros.

A partir del año 1774, se adoptaba una organización, diametralmente opuesta a la centraliza anterior. Se dividía el Cuerpo de Ingenieros en tres secciones (independientes cada una de ellas) para el mando de los cuales se nombraban a los siguientes ingenieros: don Pedro Lucuze "director y comandante del Ramo de Academias Militares", don Silvestre Abarca, "director y comandante del Ramo de Fortificaciones del Reino", y un año después (1780), a don Francisco Sabatini como "director y comandante del Ramo de Caminos, Puentes, Edificios de Arquitectura Civil, y Canales de Riego y Navegación". Era un último intento de la Corona de

seguir asignando al Cuerpo de Ingenieros la construcción de las obras públicas, intento que no podría mantenerse dado el número escaso de ingenieros militare y por otro lado el aumento espectacular, en la segunda mitad del siglo XVIII, de la construcción de fortificaciones, así como esas mismas responsabilidades en la América Hispana, donde siguieron realizando todo tipo de construcciones civiles y militares, hasta su separación de la metrópoli.

A finales del siglo, los ingenieros militares empezaron a sentir cierto desasosiego por el futuro de sus competencias civiles. Ya en la Ordenanza de 1768 se eliminaban las referencias a estas obras, aún cuando de hecho las siguiesen realizando. Sin embargo, la creación del Cuerpo de Ingenieros de Marina en 1770, supuso un aldabonazo, al restarle este nuevo organismo competencias que antes eran propias de los ingenieros militares. El siguiente paso, vendría como consecuencia de la organización en 1799 del Cuerpo Civil de Ingenieros de Caminos, en cierta medida desgajado de su homólogo del Ejército.

Las obras civiles

Las obras civiles realizadas por los ingenieros militares fueron muy numerosas a lo largo del siglo XVIII, como consecuencia de su magnífica preparación en la Academia de Barcelona por un lado y por otro debido, como se ha repetido, a la inexistencia de un Cuerpo de Ingenieros Civiles. Sería objeto de una extensa monografía establecer un catálogo de dichas obras, especialmente las realizadas en América. Sólo señalaremos que, llevaron a cabo, además de un enorme esfuerzo en la construcción de fortificaciones (que en el Nuevo Mundo se concretó en la organización del sistema defensivo abaluartado mas importante del mundo), intensos trabajos relativos a la construcción de canales de riego y navegación, puertos, arsenales, la red radial de caminos reales (infraestructura sobre las que se han construido las actuales autovías centralizadas), trazados urbanísticos, edificios notables y suntuarios, incluidos iglesias y catedrales, a lo que habría que añadir, sin agotar la cuestión, la cartografía, especialmente de las tierras del Nuevo Mundo, cartografía que iba generalmente acompañada de un elevado número de memorias e informes, esenciales para el conociendo de aquellos territorios ignotos.

Conclusiones

El siglo XVIII significó para los ingenieros del ejército un renacimiento notable seguido de unas reformas tan importantes como la creación del propio cuerpo, o la publicación de Ordenanzas y Reglamentos en los que se determinaban las funciones y procedimientos de sus variadísimos cometidos.

La centuria había comenzado con una grave postración de la Nación, que se agudizó con la guerra de Sucesión, en cuyo desarrollo hubo momentos en los que parecía que España se iba a ver desmembrada, rompiéndose su unidad territorial. En este ambiente de crisis, es lógico que también participaran de ella los ingenieros del Ejército, cuyo número había decaído tanto, que como se vio apenas pudo Verboom traer algunos de ellos desde Flandes, cuando es llamado por el marqués de Bedmar a la metrópoli en plena guerra.

Gracias a la decisión y determinación nacional, España pudo salir de la peligrosa situación, una de las más graves de su historia, relativamente indemne, desposeída de sus provincias europeas, pero conservando su integridad como nación y sus posiciones de ultramar, en cuyo desarrollo se volcaría a partir de ese momento.

También, los ingenieros militares superarían su estado de postración inicial. Con la creación del Cuerpo en el año 1711, se daba un gran paso en este sentido, al tiempo que se ponía en manos del Estado, un conjunto de técnicos muy capacitados que desempeñarían un papel importantísimo por no decir único, en la ordenación espacial diseñada por la monarquía borbónica. *El Cuerpo de Ingenieros constituiría de hecho, el primer grupo oficialmente organizado de técnicos estatales que existe en España*. Sus funciones específicas debían circunscribirse a los propios de la defensa: la construcción y reparación de fortificaciones, o la dirección en el ataque a las mismas, al que podrían añadirse aquellas otras relacionadas con la arquitectura militar, como la construcción de cuarteles y hospitales. Sin embargo, dada la inexistencia de un Cuerpo Civil de Ingenieros, ya vimos como en la Ordenanza de 1718 se atribuían a los ingenieros militares, funciones relacionadas con las obras públicas, o la ordenación espacial del territorio, e incluso las encaminadas al desarrollo económico de la Nación. Por ello colaborarían de forma esencial en la construcción de caminos, canales, puertos y arsenales, en el desarrollo urbano, en la Cartografía y Geodesia, e incluso en obras civiles y religiosas, o finalmente en la descripción de zonas, a través de informes que abarcaban asuntos relativos a la

Economía, Historia, Demografía, Geología y Botánica. Esta amplísima variedad de temas, estaba respaldada por la sólida formación científica que recibían.

La contribución del Cuerpo de Ingenieros en el siglo XVIII, tanto en la difusión de las Matemáticas y elevación del nivel de las mismas, como en el campo práctico de las obras públicas o civiles (contribución fundamental) no siempre ha sido o es suficientemente reconocida. Algunos especialistas de relevante categoría, han reivindicado en monografías dedicadas a temas específicos, tal contribución, pero todavía en obras históricas más generales, se desconoce o minimiza tal cuestión.

A finales del siglo el Cuerpo se replegaba en aquellas funciones que les eran más propias, abandonando las obras públicas. En efecto, Agustín de Betancourt, venía proponiendo la creación de un Cuerpo Civil de Ingenieros, aunque no sería hasta el año 1799 cuando se crease el de Ingenieros de Caminos. Aún así la desvinculación de los ingenieros del Ejército de la construcción de obras civiles no sería brusca, sino paulatina, aunque esto será una cuestión que veremos cuando se estudie el siglo XIX.

De todo lo anterior, no debemos deducir que el campo de actuación más importante de los ingenieros del Ejército fuese precisamente el correspondiente a las obras civiles, ya que su labor en la construcción de fortificaciones a lo largo del siglo fue extraordinaria, hasta el punto de dejar en Hispanoamérica la cadena defensiva, en cuanto a la fortificación abaluartada se refiere, más importante del mundo. Tampoco podemos desdeñar la contribución de los miembros del Cuerpo en el campo de batalla, ya que la guerra de sitios fue fundamental durante el siglo XVIII, y éstos, siempre eran dirigidos por los ingenieros del Ejército, en una labor durísima y de elevado riesgo que ocasionaría la muerte a casi una treintena de ellos.

Bibliografía

Capel, Horacio. “De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los Ingenieros Militares en el Siglo XVIII”. SERBAL. CSIC. Barcelona, 1988. Pág. 117 a 121.

H. CAPEL et al. *Los Ingenieros Militares en España. Siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Barcelona, Publicaciones y ediciones de la Universidad de Barcelona, 1983; H.

CAPEL, “Los Ingenieros Militares y el Sistema de Fortificación en el Siglo XVIII”, en *Los Ingenieros Militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, (Madrid, Ministerio de Defensa y Asociación Española de Amigos de los Castillos), 2006.

Carrillo de Albornoz y Galbeño, Juan et alt., *Historia del Arma de Ingenieros, Abriendo Camino*, Imp. Grfoffset, S.L., Madrid, 1997.

Carrillo de Albornoz y Galbeño, Juan, “Los planes de estudio de la Real Academia de Matemáticas de Barcelona y su funcionamiento interno, en *La Real Academia de matemáticas de Barcelona, el legado de los Ingenieros Militares*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

Archivo General de Simancas. Guerra Moderna.

“REAL ORDENANZA E INSTRUCCIÓN de Julio de 1739. PARA LA ENSEÑANZA DE LAS Matemáticas en la Real y Militar Academia, que se ha establecido en Barcelona, y las que en adelante se formaren…” En COLECCIÓN GENERAL DE LAS ORDENANZAS MILITARES, SUS INNOVACIONES Y ADITAMENTOS, DISPUESTA en diez Tomos, con separación de Clases, POR DON JOSEPH ANTONIO PORTUGUÉS”. Tomo VI. Madrid, Imprenta de Miguel Marín, Año de 1765. Museo de la Academia de Ingenieros.

“Real Ordenanza de 21 de octubre de 1751 Sobre lo que se ha de observar en las Escuelas de Matemáticas, que, con el título de Artillería, ha mandado S. M. erigir en las Plazas de Barcelona y Cádiz, baxo la dirección del Cuerpo General della”. En PORTUGUÉS”. Tomo VI. Madrid, Imprenta de Miguel Marín, Año de 1765. Museo de la Academia de Ingenieros.

Torner, Eusebio.“*Noticias de la Antigüedad y formal establecimiento de la Real y Militar Academia de matemáticas de Barcelona*, Revista del Memorial de Ingenieros, VIII, 4ª Época, Madrid, 1891.

Segovia Barrientos, Francisco, “Los fondos bibliográficos de la Academia de matemáticas”, en *La Real Academia de matemáticas de Barcelona, el legado de los Ingenieros Militares*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

SEGUNDA CONFERENCIA

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LA ARMADA

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LA ARMADA

Por Gumersindo Boo Valiño*

Antes de iniciar mi charla tengo que aclarar que quien en realidad debería estar hoy aquí es la profesora González Izquierdo, pues ella es quien soporta la mayor carga lectiva de esta asignatura en la Escuela. Desgraciadamente, problemas físicos le han impedido desplazarse a Madrid.

No por ello pretendo eludir responsabilidades de lo que voy a decir, pues en buena parte soy responsable de la planificación de la materia de la Historia de la Armada.

He pensado en estructurar mi intervención en dos grandes apartados. En el primero expondré cómo se imparte en la Escuela Naval Militar esta disciplina, y en el segundo analizaré cuáles son los aspectos positivos y cuáles los negativos en que su enseñanza se desarrolla.

Pero antes, y a modo de introducción, me gustaría exponer una grave carencia con la que nos encontramos la mayoría de los profesores que impartimos Historia en la Armada o cualquier otra de las ramas vinculadas a la historia militar.

Para ello voy a citar, si se me permite, al escritor alemán Bertolt Brecht, quien en un poema escrito en los años treinta del siglo pasado decía más o menos:

> Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?
> En los libros figuran los nombres de los Reyes.
> ¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?
> El joven Alejandro conquistó la India.
> ¿Él solo?
> César venció a los galos.
> ¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?

Estas palabras de Bertolt Brecht reflejan lo que era la historia académica en su tiempo: una sucesión de acontecimientos extraordinarios y de grandes hombres, que excluía a la gente común y a la vida cotidiana.

Yo me formé en una universidad, la de los años setenta, que había reaccionado a las preguntas que se hacía el escritor alemán y había introducido a las masas como agente de la Historia. Pero, en un efecto de péndulo, esa nueva Historia había expulsado de ella a los grandes personajes y en buena medida a los acontecimientos puntuales. Es cierto que ninguna batalla ha tenido para la humanidad tanta trascendencia como la aparición de las fábricas y la producción industrial, y que ninguno de los grandes personajes históricos tiene la importancia de aquellos hombres anónimos que un lejano día se dieron cuenta de que, introduciendo una semilla en la tierra, nacía un nuevo fruto. ¿Pero realmente los personajes destacados y los grandes acontecimientos no eran dignos de aparecer en la Historia? ¿De verdad su papel había sido tan insignificante? Ahora sabíamos mucho sobre el cocinero de César o sobre los obreros que construyeron Tebas pero nada o casi nada sobre los reyes de esta ciudad o sobre el general romano. Las preguntas que había hecho Brecht ante un libro de historia podrían pues invertirse.

Si alguna de las ramas de la Historia salió especialmente perjudicada de esta situación fue precisamente la historia militar, pues no cabe duda de que tiene como objeto principal el conocimiento de acontecimientos puntuales en los que han sido protagonistas individualidades destacadas. Así, la historia militar se vio en la práctica proscrita de las Instituciones académicas, donde sólo algún francotirador aislado se dedicaba a su estudio, viéndose por ello postergado tanto por las Instituciones como por los demás historiadores.

Aquellos que, después de salir de las Facultades de Historia, nos dedicamos en el ejercicio de la docencia a cualquiera de las ramas de la historia militar, nos encontramos no sólo con una enorme carencia de conocimientos, sino incluso con la ignorancia de la bibliografía a la que podíamos acudir.

A fuerza de indagar, descubrimos que realmente la historia militar no había desaparecido de la producción intelectual en España. Fuera de las universidades y del mundo académico, un grupo de personas se habían dedicado a la investigación

y al estudio. Estas personas procedían en su inmensa mayoría del estamento militar. Para ellos, pues, mi agradecimiento y el deseo de que el conjunto de historiadores de nuestro país reconozca su labor.

Afortunadamente las cosas están cambiando y hoy la historia militar vuelve abrirse paso, de manera más o menos tímida, pero decidida, en las Facultades de Historia de la Universidad española, de tal manera que los nuevos historiadores, además de saber cómo vivía el cocinero de César, puedan reconocer el importante papel que éste jugó en la historia.

Terminada esta introducción, quizá demasiado larga, pero en todo caso creo que necesaria, entro de lleno en la materia de esta exposición: la enseñanza de la Historia de la Armada española en la Escuela Naval Militar.

Hemos estructurado la asignatura en grandes bloques:

El primero de ellos está dedicado a los orígenes de la Armada en la Edad Media. En este bloque se presta especial atención a la creación de la Armada de Castilla en el reinado de Fernando III *el Santo* para la campaña de Sevilla y a su evolución posterior bajo Alfonso X *el Sabio*. Previamente se hace alusión a la construcción de una flota por Diego Gelmírez para la defensa de las tierras de Santiago.

Con todo, en este primer bloque la parte del león se la lleva el estudio de la Marina catalano-aragonesa, tanto de sus acciones estrictamente militares, como en sus aspectos institucionales y organizativos.

Podrían ustedes preguntarse cuáles son las causas de que iniciemos el estudio en la Edad Media y no retrocedamos a épocas anteriores. Los motivos son varios; unos son de carácter teórico: hablar de España como entidad política antes de la época medieval es discutible. A esto se podría objetar que también lo es hacerlo en la Edad Media, pero consideramos que ésa es una etapa decisiva (quizá la más decisiva) en la formación de la Nación española, como ha expuesto recientemente el ilustre hispanista francés Joseph Pérez. Efectivamente, es en esa época medieval cuando se decide si España se va integrar en el occidente europeo y cristiano o en el mundo islámico. Está claro que la decisión no era de importancia baladí y que, además,

durante bastante tiempo, pareció que la balanza se inclinaba hacia el lado musulmán.

Pero, además de estas razones teóricas, hay una de tipo práctico y que resulta ser enormemente condicionante: el tiempo académico que se dedica a la historia de la Armada, pero de ello hablaré más adelante.

El segundo bloque de la asignatura se dedica al análisis de los grandes viajes de finales del siglo XV y del siglo XVI. Aquí hacemos hincapié en el contexto histórico que explica el viaje de Colón, quede otra manera parecería la aventura de un iluminado. Igualmente relacionamos con el proyecto colombino de llegar a las Indias navegando hacia Occidente, el viaje de Magallanes y Elcano. Este proyecto se cerraría finalmente con el descubrimiento de la ruta del tornaviaje por Urdaneta, cumpliéndose así el sueño de Colón de comunicar Europa y Asia a través del Atlántico (y por supuesto del Pacífico).

He constatado que este planteamiento de considerar parte de un mismo proyecto los viajes de Colón y de Magallanes y Elcano sorprendentemente resulta novedoso, incluso para algunos reservistas que acuden a la Marina tras haberse licenciado en Historia.

Un tercer bloque está formado por la Marina en la época de los Austrias y se dedica sobre todo al estudio de los dos grandes hechos militares en la mar del siglo XVI: la batalla de Lepanto y la expedición de la Armada Invencible. Igualmente se analiza la decadencia de la marina en el siglo XVII, enmarcándola en la crisis general de España.

El bloque siguiente se dedica a la Marina del siglo XVIII. En el marco de las reformas políticas borbónicas se estudia la creación de una nueva Marina: la constitución de la Escuela de Guardias de Marina, las reformas de Patiño y de la Ensenada, etc. También se analiza la íntima relación entre Ciencia y Marina y las importantes expediciones científicas del siglo. Se cierra el bloque con los enfrentamientos con los ingleses, culminados en Trafalgar.

En el bloque dedicado al siglo XIX se trata de la aparición de un nuevo modelo de Marina, vinculado a la revolución industrial, basado en un nuevo tipo de buque: el

barco de vapor y acorazado. Aquí se estudian las dificultades que encuentra España para la construcción de esta nueva flota, tanto debido a su atraso en el proceso industrializador como a la inestabilidad política de la época. Después de hablar de la campaña del Pacífico, terminamos el estudio del siglo con el desastre del 98, ejemplificado en las derrotas militares de Cavite y Santiago.

Finalmente en un último bloque se estudia la Marina del siglo XX: los intentos de modernización de la flota durante la Dictadura de Primo de Rivera y las reformas militares de la Segunda República; la actuación de las flotas nacional y republicana durante la Guerra Civil; la Marina en la época de Franco, y, para cerrar el bloque, analizamos la modernización de la Marina en la democracia y su participación en misiones internacionales.

¿Cuáles son los aspectos positivos y cuáles los negativos con los que nos encontramos en el desarrollo docente de esta asignatura? Quiero empezar por los positivos y cerrar mi intervención con la mención de los aspectos negativos.

En primer lugar voy a citar un factor que tanto podría calificar como negativo o como positivo: el tiempo académico que se dedica a la historia de la Armada. A esta materia corresponden un total de 30 periodos (cada periodo equivale a 50 minutos). Evidentemente 30 periodos es un tiempo muy escaso para impartir un temario tan extenso. Ésta sería la parte negativa de este factor. Pero, si tenemos en cuenta la enorme carga lectiva que tienen los alumnos de la Escuela Naval, hay que decir que sería injusto no valorar de manera positiva la dedicación de 30 periodos a esta asignatura. Es cierto que los alumnos en tan corto espacio de tiempo no pueden adquirir un conocimiento profundo de la materia, pero sí pueden alcanzar una visión general de las grandes líneas del desarrollo histórico de la Armada española y adquirir la base suficiente para profundizar después en su estudio si así lo desean.

Otro aspecto positivo es que todo los alumnos que pasan por la Escuela Naval Militar reciben esta asignatura, ya sean de la Escala Superior, de la Escala de Oficiales, Especialistas, Ingenieros o Intendentes, Militares de Complemento o Reservistas Voluntarios. Creo que este hecho hay que valorarlo extraordinariamente, sobre todo si se tiene en cuenta lo sobrecargados de materias que están los planes de estudio, que exceden con mucho al tiempo académico disponible.

Dentro de los factores positivos hay que citar también la buena predisposición que muestra el conjunto del alumnado hacia esta asignatura. Creo que esto es debido tanto a la amenidad de contenido del temario como al deseo de conocimiento de la historia por parte de los alumnos.

Entre los factores negativos con los que nos encontramos quiero mencionar en primer lugar la escasa formación en Historia de la mayoría del alumnado. Esto es un importante hándicap en la marcha del asignatura, pues nos obliga a dedicar una buena parte del tiempo a la explicación de generalidades históricas sin cuyo conocimiento resultarían incomprensibles muchos de los contenidos fundamentales de temario. Por ejemplo, sin conocimientos del sistema político medieval, el alumno no puede comprender que Diego Gelmírez cuente con una flota propia, o que la Armada del Rey se componga en gran parte de naves cedidas por comerciantes.

Finalmente, y para cerrar mi intervención, hacer alusión a un factor negativo que se presenta en un horizonte no demasiado lejano. Como ustedes saben, los estudios militares, y por lo tanto los que se imparten en la Escuela Naval Militar, se integrarán próximamente en el sistema universitario al abrigo de los Acuerdos de Bolonia. El proyecto contempla que los alumnos de la Escuela cursen al mismo tiempo que los estudios estrictamente militares una titulación civil. Esto supondrá como es evidente una reestructuración de los planes de estudio y necesariamente una reducción de asignaturas. Considero que la historia de la Armada española tiene muchas posibilidades de desaparecer en este nuevo contexto. Y créanme que sería una pena que quienes mantuvieron viva esta rama de la Historia, cuando la Universidad la rechazaba, la expulsasen de su seno, ahora que las instituciones académicas le abren sus puertas.

TERCERA CONFERENCIA

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR EN LA EDAD MODERNA

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR EN LA EDAD MODERNA

Por Davide Maffi*

El verdadero desarrollo de la historia militar como disciplina científica a todos los efectos se verificó sólo durante las primeras décadas del siglo XIX, cuando el barón suizo Henri Jomini (1779-1869), veterano de las guerras napoleónicas, teorizó en sus *Précis de l'art de la guerre* (1838) la existencia de tres formas distintas de historia militar. La primera destinada a la investigación minuciosa de una única batalla; la segunda, al estudio de una batalla o de un campo que asumía unos valores meramente pedagógicos, por el que a partir de los análisis de la guerra se podían sacar enseñanzas útiles para la preparación de los futuros cuadros de mando; finalmente, la tercera se proponía examinar la evolución de los acontecimientos bélicos a través de sus repercusiones desde el punto de vista social, político y económico para dar vida a un análisis más complejo y articulado. Con el enorme éxito de la obra de Karl von Clausewitz (1780-1831), *Vom Kriege* (publicación póstuma en el año 1832) la segunda opción se convierte en el método favorito de las academias militares para la formación de los futuros oficiales y para la formulación, recurriendo a la experiencia madurada durante los conflictos anteriores, de las futuras estrategias de los estados mayores de los distintos ejércitos, dando vida también a un fuerte vínculo entre las instituciones militares y la universidad en el campo del estudio de la historia militar, muy fuerte sobre todo en el mundo alemán e inglés hasta los primeros decenios del siglo XX ([1]).

---

[1] Sobre estos temas permítaseme la referencia a D. MAFFI, *Militares y sociedad civil en la Europa de la edad moderna (siglos XVI - XVIII).Hechos, documentos, interpretaciones*, expediente presentado en la XLVII semana de estudio del Instituto histórico Italo-germánico en Trento, *Militares y sociedad civil en la Europa de la edad moderna (siglos XVI-XVIII)*, Trento, 2004, p. 37; e IDEM, *Ejército y sociedad en la Europa de la Edad Moderna. Nuevas perspectivas historiográficas*, publicación en curso en los actos del convenio *La nación irlandesa en el ejército y sociedad hispana (siglos XVI-XVIII)*, Madrid 22-24 junio 2006.

Pero, ya unos siglos antes de la definitiva consagración de la Historia como base para la formación de los militares, se podía observar en Europa, sobre todo a partir del Renacimiento, un fuerte interés por esta materia por parte de las clases dirigentes de buena parte de los países Europeos. En la práctica, aquella era considerada como fundamento indispensable para la educación y la formación de los jóvenes nobles en el oficio de las armas. En una época, como era precisamente la edad moderna, en la que el binomio aristocracia, ejército aparecía fuera de discusión, en un mundo dominado por el ideal aristocrático del oficial gentilhombre y donde el mando de los ejércitos era monopolio absoluto de los exponentes del segundo estado, la enseñanza de algunos principios básicos sobre la conducta de los ejércitos se hacía básica para la formación de los jóvenes descendientes de la aristocracia que habrían sido iniciados en el oficio de las armas ([2]). A través de todas las materias, entre las que sobresalían algunas disciplinas meramente técnicas, como la Equitación o la Esgrima, o todavía la Matemática y la Geometría, indispensables estas últimas en la dirección de la artillería y en los fatigosos acercamientos a las plazas fortificadas impuestas por la evolución de la guerra de asedio, la Historia conseguía pasar a primer plano. Ya que esto se consideraba indispensable por su valencia propedéutica para la formación de los jóvenes nobles, destinados, como ya se ha mencionado en virtud de sus orígenes, a dirigir los ejércitos en el campo de batalla. Gracias a los ejemplos retomados de los grandes capitanes del pasado, pero también del análisis de las campañas contemporáneas, los descendientes del segundo estado habrían podido no sólo acceder a los primeros secretos de la profesión, sino aprender también los fundamentos de la nueva disciplina militar, en contraposición con la visión “anárquica” de la guerra dirigida hasta entonces por el caballero medieval, generalmente poco respetuoso de las leyes y los reglamentos, no más puesto al día a causa de los cambios impuestos por la así llamada «revolución militar», que había zanjado definitivamente el rol del caballero acorazado tan querido en los ideales guerreros de la nobleza.

Precisamente en los últimos decenios del siglo XV, de lleno en aquel Renacimiento, con su recuperación de los valores hereditarios de la Antigüedad Clásica, los

---

[2] Sobre el binomio armas - aristocracia en la edad moderna remito a cuanto se indica en las páginas de C. STORRS y H. M. SCOTT, *The Military Revolution and the European Nobility, c. 1600 - 1800*, en «War in History», III (1996), pp. 1-41

estudios sobre el arte de la guerra, a pesar de algunas reticencias mostradas en el pasado por una cierta historiografía, asumían de repente una parte preponderante. La continua reimpresión y relectura de los escritores antiguos, dominó el panorama italiano del fin de siglo, pero los italianos sabían, además de revisar y poner a disposición de un público más vasto los textos griegos y latinos, también retomar de la experiencia madurada en los campos de batalla, gracias a los grupos de secretarios y escritores que seguían a los grandes condotieros, una serie de enseñanzas prácticas tales que permitían la creación de una verdadera «escuela italiana» destinada a dominar el panorama intelectual europeo, tanto que el ejemplo itálico se convierte rápidamente en el modelo a imitar por todos los otros países continentales. Un primado intelectual, aquel ejercitado en la península Italiana, destinado a durar todavía en los decenios que suceden a los trágicos acontecimientos de 1494 y a influenciar, gracias a la producción historiográfica de Maquiavelo o también de Guicciardini, gracias a una serie de traducciones de sus obras, en el pensamiento historiográfico francés y español ([3]). Son años en los que se vuelven a descubrir y difundir los textos de los historiadores antiguos, que conocen una difusión sin precedentes, a partir de la edición del año 1392, aún manuscrita pero no por esto carente de mercado, del clásico texto de Vegezio cuyo tratado sobre el arte y la historia militar (*Epitome de re militari*) del tardío Imperio Romano llega a ser la obra de referencia obligada para los decenios venideros y el modelo de los escritores sucesivos.

A estimular el estudio de los clásicos, como se indicó anteriormente, contribuyó de manera notable sobre todo el cambio radical que se verificó en el arte de la guerra en la Europa de finales del siglo XV. La difusión de las armas de fuego y la desaparición de los campos de batalla de la caballería, hasta entonces reina casi indiscutible del proscenio, llevó, en efecto, a un fuerte interés y a una revalorización de los textos clásicos, visto el predominio indiscutible en las guerras de la Antigüedad de los infantes sobre los caballeros, lo que permitía una fácil combinación entre la dirección de las campañas de los Ejércitos greco, romanos con las de los Estados europeos modernos. Muchas de las tretas tácticas ideadas para frenar y romper las cargas de la caballería, y en particular el tan renombrado

---

[3] P. BURKE, E*l Renacimiento europeo. Centros y periferias*, Roma - Bari, 1999, pp. 273-274.

cuadrado lleno de picas creado por los suizos capaz al cabo de unos años de destruir el mito de la caballería borgoñona sobre los campos de Grandson y Morat (1476) y en la llanura helada enfrente de Nancy (1477), para muchos humanistas, entre los cuales el propio Maquiavelo, no era nada más que una reelaboración de antiguas tretas utilizadas por los griegos y por los romanos en sus Ejércitos. Para éstos el tan ensalzado cuadrado suizo no era otra cosa que una revisión de la celebérrima falange macedonia, que había dominado los campos de batalla de la antigüedad en los tiempos de Felipe de Macedonia y del más célebre hijo Alejandro ([4]). Favorecido así por esta serie de revoluciones, en estos decenios se desarrolló una especie de 'humanismo militar', orientado a favorecer la observación y la adaptación de los modelos antiguos a la realidad guerrera contemporánea y a crear un modelo polémico erudito destinado a desarrollarse sobre tres campos distintos: el meramente historiográfico, en el que prevalecieron la producción y la vulgarización de los libros de historia, el prosopográfico, donde la biografía de los antiguos se convierte en el modelo a seguir por cualquiera que hubiese querido empezar la carrera de las armas, y la tratadística militar *tout court*.

El ya más veces mencionado impacto devastador provocado por el cambio de las tácticas de combate, con la definitiva quiebra de la caballería, trae consigo también una sustancial modificación en la visión tradicional del militar. Se tiende a difundir el modelo basado en la racionalización y uniformidad del soldado, en perjuicio de la lógica aristocrática en la que el caballero individual era una entidad aparte, independiente. El militar viene a estar ahora encuadrado en una formación de combate en la que todos deben desarrollar una tarea muy precisa y tienen una colocación propia muy evidente, un nuevo modelo que aplasta ahora las tendencias anarquistas del combate individual, exaltado por la caballería medieval con la tendencia a escindir el campo de batalla en una *melée* desordenada una vez que se llegaba al contacto entre las caballerías opuestas. El humanismo militar representa, por tanto, el triunfo de la disciplina y de la organización a la que se llega también gracias a la movilización de sinergias diversas, de las que destaca también el

---

[4] F. VERRIER, *Les armes de Minerve. L'Humanisme militaire dans l'Italie du XVI*e *siècle*, Paris, 1997. También en España la organización de los tercios y el arte de escuadronar las divisiones habrían sido retomados directamente de la relectura de los clásicos latinos: E. MERINO PERAL, *El arte militar y la época moderna: los tratados de «re militari» en el Renacimiento. 1536-1671. Aspectos de un arte español*, Madrid, 2002, p. 201.

recurso a la Historia. Precisamente la identificación de la historia militar con la historia *tout court* permite una acentuada militarización del género historiográfico que llega a ser la lectura por excelencia de los soldados asumiendo cada vez más una fuerte valencia didáctica y psicológica. A la Historia se le atribuye, además de la ya mencionada función propedéutica y formativa, cada vez más una serie de funciones mediáticas, llega a ser, en la práctica, el medio a través del cual la gloria del soldado y el recuerdo de su gesta podrá conservarse para la admiración de los descendientes.

La Historia Antigua asume así el valor del modelo sobre el que basarse, gracias sobre todo a la gran importancia dada por los clásicos al empleo de la infantería respecto a la caballería. Con la primera, que estaba reconquistando después de un siglo de marginación aquel rol clave en el campo -gracias a la difusión de las armas de fuego portátiles, a las nuevas tretas tácticas, a las mutadas condiciones de dirigir las operaciones, donde en lugar de la guerra de movimiento se estaba imponiendo la de desgaste, basada en una enervante y exasperante serie de asedios a las plazas fuertes fortificadas que se difundían como una mancha de aceite gracias a la introducción de la *trace italienne* para poder hacer frente al poder devastador de la artillería - se sentía la necesidad de encontrar un modelo para 'ennoblecer' un arma hasta aquel momento considerada completamente secundaria en el interior de la cultura dominante ([5]). Se necesitaba un instrumento prodigioso, y no había para el hombre del Renacimiento nada más renombrado que la memoria transmitida por los clásicos ([6]), para comenzar esta obra de revalorización y para convencer a la aristocracia guerrera de que cambiase completamente su modo de pensar y de actuar. El ejemplo de los antiguos, cuyos ejércitos estaban formados sobre todo por infanterías rígidamente disciplinadas y organizadas llega a ser por tanto la regla indiscutible a seguir para poder hacer así que este arma reconquistase el esplendor perdido en perjuicio de la caballería. Los libros de Vegezio, Sexto Julio Frontino (las *Stratagemata*), Julio César (el *De Bello Gallico*, pero también el *De Bello Civile*),

---

[5] Sobre los modelos guerreros de la aristocracia medieval se remite a cuanto se indica en las páginas de P. CONTAMINE, *La guerra en el Medioevo*, Bolonia, 1986; y a A. A. SETTIA, *Rapiñas, asedios, batallas. La guerra en el Medioevo*, Roma - Bari, 2002.

[6] Sobre estos aspectos remito a la amplia antología editada por E. GARIN, *El hombre del Renacimiento*, Roma - Bari, 1993; pero también a los aspectos puestos en evidencia tras la guerra y cultura humanística, durante el convenio *Guerra y paz en el pensamiento del renacimiento. Actas del XV Convenio Internacional (Chianciano -*

Gaio Sallustio (por su historia de la guerra contra Giugurta), Polibio (las *Storie*), Flavio Giuseppe (*La guerra judaica*), Lucio Flavio Arriano (autor de una obra sobre la expedición de Alejandro Magno), Quinto Curzio Rufo (también él autor de una historia de Alejandro Magno), Plutarco (cuyas *Vidas paralelas* continuaron representando el modelo de la biografía), Appiano Alejandrino (que escribió una historia romana desde los orígenes hasta el reino de Trajano), Tito Livio (con la historia de Roma), Dione Cassio Cocceiano (autor igualmente de una historia romana desde el 67 a.C. hasta el 47 d.C.), Erodoto (con sus libros sobre las guerras persas), Tucidide (por su historia de la guerra del Peloponeso), tuvieron una gran difusión y el modelo de la disciplina de las legiones romanas llegan a ser en la práctica el referente obligado también para las modernas infanterías ([7]). En el interior de este redescubrimiento de los clásicos griegos y latinos rápidamente apareció la referencia a las vidas de los grandes condotieros de la Antigüedad, que debían servir como ejemplo, en particular César y Alejandro Magno, para forjar un nuevo espíritu guerrero ligado a la abnegación y a la autodisciplina. Será sobre todo el primero en suscitar mayor interés entre los distintos escritores de temas militares, también porque sus grandes victorias se debían en primer lugar al empleo de la infantería y se creaba así un enlace directo con la evolución que estaba conociendo al mismo tiempo el arte de la guerra.

La necesidad de una fuerte difusión de estas obras históricas, como base para el aprendizaje de los primeros rudimentos del arte militar, aparece clara, por tanto, desde finales del siglo XV, pero sobre todo, gracias también a la fuerte difusión de la imprenta con caracteres móviles, que permitió una verdadera y típica revolución también en el campo de la publicidad militar, será durante el siglo siguiente donde la lectura de los textos de historia militar asumirán un rol fundamental en la preparación para la guerra de generaciones enteras de jóvenes aristócratas ([8]). En particular,

---

Pienza 14-17 julio 2003), editado por L. SECCHI TARUGI, Florencia, 2005.

[7] Sobre la proliferación de los textos de autores griegos y latinos, con particular referencia al caso italiano, y sobre todo a Venecia, que representó a la larga, después de 1492 y al menos hasta 1570, el centro de mayor difusión de tratados impresos de carácter militar, con más de 145 obras producidas, se remite a cuanto se indica en las páginas de J. R. HALE, *Printing and Military Culture of Renaissance Venice*, en IDEM, *Renaissance War Studies*, London, 1983, pp. 429-470.

[8] «Se pensaba que la guerra era por excelencia el verdadero argumento de la historia, no sólo por el hecho de que aquella, en cuanto tal, tenía una función muy relevante en las obras de los historiadores romanos»: J. R. HALE, *La Europa del Renacimiento 1480-1520*, Bolonia, 1982, p. 317. Pero sobre este punto véase también las consideraciones expuestas por P. CARDINI, *Aquella antigua fiesta cruel. Guerra y cultura de la guerra desde la*

gran difusión tuvieron los textos de Vegezio, en los que, además de las clásicas páginas reservadas a la organización de un ejército y a la preparación de una campaña, capítulos enteros estaban destinados a explicar una serie de subterfugios para obtener la victoria sin tener que estar obligado a un encuentro frontal. El autor latino creía también perfectamente lícito, contra todo ideal caballeresco, el recurso a todo tipo de engaño para poder batir al adversario. Igual éxito tuvo Frontino, cuyas *Stratagemata* se alargaban en la descripción de una serie de tácticas, por aquellos tiempos no del todo lícitas y universalmente consideradas poco honorables, para poder derrotar a los adversarios, sobre todo eran admirables sus descripciones de las operaciones de guerrilla vistas como el medio ideal para poder cansar a los enemigos antes de un encuentro decisivo. Rápidamente apareció por tanto la vulgarización y difusión de los textos clásicos, a los que se contraponían una renovada producción de escritores militares contemporáneos, no el último el *De Re Militari* de Maquiavelo que conoció una fuerte difusión en Europa y numerosas traducciones (la primera traducción española vio la luz en 1536 obra de Diego de Salazar, un veterano que se distinguió siguiendo a don Gonzalo de Córdoba en sus campañas italianas), que buscaban imitar el modelo de referencia representado por los escritores de la Antigüedad.

Cuanto de fuerte fuera el sentimiento de inferioridad por parte de los tratadistas modernos de temáticas militares en las comparaciones de los clásicos se recobra de nuevo en los decenios sucesivos, a pesar del rápido desarrollo en todo el Viejo Continente de aquel proceso de fuerte imposición en el campo bélico de las novedades técnico, tácticas ligadas a la así llamada «Revolución militar». Baste entre todos mencionar cómo en la edición publicada por Andrea Palladio en 1575 de los *Comentarios* de César, el prestigioso arquitecto véneto consideraba todavía la organización militar romana no superada por completo, netamente superior a los ejércitos modernos. Una inferioridad manifiesta no sólo en el campo organizativo y táctico, sino también en el campo de la producción de textos científicos para uso precipuo de los soldados y para la educación en el arte de la guerra, sobre todo para el que repasa la redacción de los textos de historia, tanto que el propio Palladio

---

edad feudal hasta la Gran Revolución, Milán, 1988, pp. 293 sgg.; y por G. PARKER, *La revolución militar. Las innovaciones militares y el surgir de Occidente*, Bolonia, 1990.

consideraba todavía a Polibio el modelo de referencia obligado ([9]). El humanista véneto no era el único además que pensaba así. Unos años antes, en 1568, Paolo Giovio con sus *Elogios y vidas breves de los caballeros antiguos y modernos*, modelaba su discurso siguiendo de cerca el ejemplo plutarquiano de las vidas paralelas. En el texto junto a los clásicos retratos de los condotieros de la antigüedad, representados por Pirro, Aníbal, Escipión, aparecen por primera vez soldados que se habían distinguido durante las guerras de Italia y en las campañas sucesivas, como Gaston de Foix, el general de Francisco I muerto mientras recogía los laureles de la victoria sobre el campo de batalla de Rávena (1512), el *Gran Capitán*, ejemplo de las virtudes marciales a seguir, Carlos V, retrato del último césar, y del duque de Alba, que en aquel momento se encontraba al mando del Ejército de Flandes en el intento de sofocar la revuelta de los Países Bajos.

Este rol predominante de los escritores clásicos, como ya hemos subrayado de algún modo durante las páginas que preceden, tenía una función netamente propedéutica: necesitaba convencer a la nobleza europea del XVI-XVII de que abandonase sus viejos ideales guerreros, desmantelase aquella serie de convicciones arcaicas sobre la dirección de las operaciones militares que ya no estaban más al día. Un proceso que no fue ni fácil ni mucho menos indoloro dado que sólo después de haber ofrecido excesiva resistencia y después de notables dificultades, los nobles caballeros aceptaron la drástica reestructuración de la vieja caballería pesada feudal, símbolo concreto de los valores guerreros de las noblezas europeas, y perder el *status* del que habían gozado durante los siglos anteriores abandonando aquel rol clave indiscutible en los campos de batalla, con la cancelación definitiva de toda una serie de jerarquías sociales consolidadas hace tiempo ([10]). La diferencia de la guerra moderna, donde se integraban e interaccionaban las distintas armas, en la que una relevancia cada vez mayor se le daba al mantenimiento de una férrea disciplina en el campo, a la estricta observancia de una jerarquía de mando, entonces no del todo rígidamente estructurada, pero cuyos efectos empezaban además a sentirse cada vez más sobre

---

[9] J. R. HALE, *Andrea Palladio, Polybius and Julius Caesar*, en IDEM, *Renaissance War Studies* cit., pp. 471-486.

[10] Mencionamos entre todos el ejemplo de los caballeros franceses en el asedio de Padua (1509) que se opusieron con desprecio a las peticiones del emperador Maximiliano de que se bajasen del caballo y se pusiesen al lado de

la dirección de las operaciones, se hacía necesario el abandono de los viejos conceptos de clase típicos de la caballería medieval, en los que prevalecía, como ya se ha mencionado, el valor del respeto individual a la organización. En particular se buscaba convencer a la aristocracia para que sirviera a pie al igual que aquellos infantes considerados hasta entonces socialmente inferiores, y aceptar así ser regimentada en una serie de divisiones profesionales y estrictamente disciplinadas. De hecho, con la evolución de una especie de dirección 'científica' de la guerra, las furiosas cargas con arma blanca de la caballería pesada armada con lanza, una verdadera avalancha de acero pero generalmente descoordinada donde el individuo terminaba inevitablemente por prevalecer sobre la coordinación, en la que se basaba toda la táctica de las guerras combatidas en el pasado, desde la batalla de Adrianopoli (378) hasta los días de Grandson (1478) y Morat (1479), ya eran consideradas como arcaicas y completamente inútiles, dado que se infringían cada vez más contra las formaciones compactas de piqueros y contra el fuego ordenado de los arcabuceros. El ejemplo de la batalla de Pavia (1525) en la que la orgullosa *Gendarmerie* francesa fue ridiculizada y masacrada por el fuego de los arcabuceros imperiales pesaba ya como profunda amonestación contra todos aquellos que no se hubiesen puesto más al día.

Para convencer a los aristócratas europeos de que abandonasen un estilo de vida guerrero cultivado durante siglos, y del que continuaban decantándose las alabanzas en los poemas épicos caballerescos, que parecían cada vez más una incitación a reverdecer la experiencia de los bellos tiempos pasados ([11]), parecía natural el recurso a los clásicos textos de historia y en particular a aquellos condotieros de la Antigüedad que habían basado sus éxitos militares en el empleo de robustas formaciones de infantería muy adiestradas y disciplinadas, en particular a los escritores romanos de la república tardía y del primer imperio. En una sociedad todavía fuertemente basada en una cultura caballeresca aristocrática, en la que los

---

la infantería, un gesto que se consideraba deshonroso y poco adecuado a su *status*.

[11] A este propósito baste pensar en el ideal caballeresco que todavía sobrevive en la Italia del XVI y del que están embebidos los poemas épicos del Tasso (*La Jerusalén liberada*, 1581) o del Ariosto (El *Orlando furioso*, 1532) y a la condena bastante evidente del arcabuz y de la pólvora como armas inmundas que habían relegado a segundo plano la caballería y sus ideales. Sobre la persistencia de un fuerte sentido del honor caballeresco y la defensa de los antiguos mitos en la Italia moderna remítase a las reflexiones de C. DONATI, *La idea de nobleza en Italia. Siglos XIV - XVIII*, Roma - Bari, 1988. Más en general sobre la Europa de la primera edad moderna remito a cuanto se indica en el texto de J. DEWALD, *La nobleza europea en la edad moderna*, Turín, 2001.

descendientes del segundo estado se preparaban desde la infancia al oficio de las armas con fuerte culto del honor y donde desde la juventud se acostumbraban a los juegos de guerra con una educación dirigida en primer lugar a hacer resaltar el ardor guerrero y el espíritu de casta, la instrucción madurada de los clásicos habría tenido una fuerte valencia durante la cancelación del modelo épico caballeresco que continuaba teniendo una fuerte difusión durante el siglo XVI ([12]). Por eso para contrapesar aquellas exaltaciones de las virtudes cristianas en la lucha contra los bárbaros y los infieles, turcos y asiáticos, que rezumaban de las páginas de los escritores soldados de los primeros decenios del siglo, donde la figura del soldado gentilhombre sobrevivía gracias a aquellos grandes poetas que se distinguían espada en mano luchando por los campos de batalla de medio mundo -como Alonso de Ercilla, Garcilaso de la Vega o, todavía, el inglés Philip Sidney, muerto en Zupthen, o Diego Hurtado de Mendoza, que en los años veinte se distinguió en Italia combatiendo como soldado no desdeñando, durante los periodos en los que no servía en campaña, frecuentar las mejores escuelas humanísticas del país y las universidades de Roma y Siena- se consideraba necesario recurrir al ejemplo de los antiguos ([13]). De hecho, como la mayoría de los jóvenes se habrían mostrado mucho mejor dispuestos a seguir una enseñanza practicada retomando ellos una serie de ejemplos de la Antigüedad Clásica, considerada para siempre netamente superior por la civilización y cultura al mundo contemporáneo, que no aprovechando aquellos textos obra de autores contemporáneos, en su mayor parte de orígenes plebeyos, que no habrían gozado en absoluto del mismo prestigio, cuando no habrían sido considerados completamente indignos para la educación de un gentilhombre.

En un contexto todavía marcado por la revisita del mundo antiguo contrapuesta a la exaltación de los ideales caballerescos, que como ya se mencionó se resistía a morir, se desarrolló casi al mismo tiempo una escuela de pensamiento favorable a la educación teórica de los militares antes de iniciarlos en los campos de batalla. Una necesidad, la de preparar adecuadamente los futuros cuadros de mando, sentida no

---

[12] G. BENZONI, *I «frutos de las armas» rostros y aspectos de la guerra en el '600 en Italia*, Roma, 1980.

[13] Una costumbre, la de recurrir a la pluma para acordarse de las empresas guerreras, particularmente difundidas desde los gentilhombres españoles, tanto que, según las palabras de Pierre Vilar, «no ha habido, por lo menos en Occidente, tantos escritores - soldados y soldados - escritores como en el siglo de oro español» (*Hidalgos, amotinados y guerrilleros*, Barcelona, 1982, p. 33). Sobre las figuras de estos soldados escritores en el ámbito español se remite al breve compendio editado por V. GARCÍA DE LA CONCHA, *Armas y letras en el Siglo de*

sólo en la España de los Habsburgo, sino también en todos los otros países continentales. La idea de que un militar debía saber leer los libros de historia para poder sacar provecho se difundió y se combinó con la convicción ligada a la necesidad de una preparación académica en la que la Historia debía tener un rol clave en la formación de un joven cadete ([14]).

La necesidad de escuelas a través de las cuales modelar y preparar a los jóvenes para la guerra parece evidente ya en la mitad del siglo XVI, cuando se comenzaron a presentar una serie de propuestas y de modelos casi al mismo tiempo en varios países europeos. El hugonote François de la Noue, particularmente inspirado por la lectura de Maquiavelo, propuso en mitad de las guerras de religión la creación de una serie de colegios en los cuales instruir a los jóvenes nobles protestantes y en los que habría jugado un rol no secundario la enseñanza del arte de la guerra retomada de los ejemplos de los antiguos. En la vecina Inglaterra desde 1562 Henry Barrett, que se distinguió durante las guerras de Enrique VIII contra Francia, y particularmente durante la campaña de Boulogne de 1544-1546, y más adelante había prestado servicio también como oficial de la guardia, con su *A Breife Booke* indicaba la necesidad de la creación de una clase de soldados profesionales para la defensa del reino que fuesen instruidos en la profesión de las armas ([15]). Consejo retomado unos años después por Geoffrey Getam con su *Defense of Military Profession* (1579), en una Inglaterra que cada vez más se estaba preparando para el enfrentamiento con la España de Felipe II, en la que se enumeraban todos los distintos motivos, diferentes de aquellos de naturaleza apologética, para empujar a la aristocracia inglesa, que estaba fuertemente desmilitarizada después del final de la guerra de las Dos Rosas, a reemprender la profesión de las armas.

Oro Español, Madrid, 1998.

[14] J. R. HALE, *The Military Education of the Officer Class in Early Modern Europe*, en IDEM, *Renaissance war studies* cit., pp. 225-246. En particular John R. Hale (*Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*, Roma - Bari, 1987) y Geoffrey Parker (*La revolución militar* cit.) concuerdan en reconocer una particular importancia para la formación de los nuevos cuadros de mando durante la primera edad moderna y para la evolución de las tácticas de combate a la lectura y difusión de todos aquellos textos de carácter militar durante los primeros decenios del siglo XVI. Más crítica la postura de Jeremy Black, para quien los soldados del siglo XVI continúan aprendiendo su oficio sobre todo en el campo de batalla mientras que se dedicaba escasa atención a la preparación académica basada en la lectura de obras históricas o de carácter científico (*A Military Revolution? Military Change and European Society1550-1800*, Houndmills - London, 1991; y *European Warfare 1494-1660*, London, 2002).

[15] J. R. HALE, *On a Tudor Parade Ground. The Captain's Handbook of Henry Barrett 1562*, en IDEM, *renaissance war studies* cit., pp. 247-284.

En España Pedro de Rivadeneyra con su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano* (Madrid, 1595) indicaba cómo debería el príncipe estimar el arte militar y se indicaba la historia como la primera maestra de prudencia. Probablemente en el impulso de la pluma del padre Rivadeneyra en la exaltación del rol de la Historia debe de haber influido, y no poco, el ejemplo muy conocido del emperador Carlos V, que desde siempre se había mostrado particularmente entusiasta del estudio de esta materia, no sólo por motivos apologéticos de exaltación de la dinastía y de sus empresas guerreras, sino también por la formación de los valores marciales en los jóvenes y por los ejemplos de los antiguos, tanto que la consideraba materia indispensable para la preparación de un joven caballero.

En la España de los primeros soberanos Habsburgo la necesidad de preparar e instruir a los jóvenes en el oficio de las armas, y en particular no sólo para el servicio en los *tercios* de Infantería, sino sobre todo para adiestrar aquellos Cuerpos Técnicos de Artillería y de Ingeniería, ya se había manifestado además durante los decenios que precedían a la publicación del trabajo de Rivadeneyra. Se buscaba responder a la necesidad con la creación de una escuela de matemática en 1582 (que permanecería activa hasta 1625), que combinaba con su rol institucional ligado a la instrucción, fundamental para la preparación de técnicas altamente profesionales, aquél del centro de publicaciones de notable importancia para la difusión de una serie de tratados de historia militar sobre cuya lectura deberían formarse sus propios alumnos. Además de la creación de esta escuela, las autoridades Habsburgo se mostraron también bastante interesadas por la creación de una serie de centros especializados para la formación del personal de la artillería que muy pronto surgirían no sólo en diversos centros de la península ibérica, como Burgos, Barcelona Gibraltar, sino también en la Italia española, sobre todo en el *Milanesado* en Milán y en Pavia.

A pesar de prodigarse estos esfuerzos orientados a la formación de un cuerpo profesional y al mejoramiento de la calidad del cuerpo oficial, muchas de estas iniciativas estaban destinadas a quedarse en papel mojado a causa del profundo desprecio todavía imperante en las élites para la instrucción. De hecho, todavía era fuerte, en el interior de la nobleza, la convicción de que el oficio de las armas no se aprendía en los bancos de escuela, sino sólo en el campo, en la dura escuela de la guerra. A pesar de esto, muchos gentilhombres creían que se poseían esas

características de mando sólo en virtud de su sangre, tanto que despreciaban profundamente la idea de recurrir a cualquier género de instrucción para mejorar cualidades en ellos innatas. Un fenómeno además que tenía profundas implicaciones en la sociedad europea en general, y no se limitaba sólo al mundo hispánico. Con la publicación del *De Militia Romana* de Giusto Lipsio (1595), en el que se combinaban las razones neoestoicas con las de la vida militar y de la disciplina consagrada a la abnegación, destinadas a hacer del soldado un modelo de virtud, frugalidad y severidad, pero, se presentó de nuevo el problema de una educación más compleja y madura de la clase militar. El tratado de Lipsio, retomado también él directamente de los ejemplos recurrentes de los clásicos griegos y romanos, pero sobre todo recurriendo a las virtudes marciales de los segundos, además de mantener muy vivo este ejemplo en la Europa de finales del siglo XVI como modelo no superado para la organización de los ejércitos y su disciplina, sirvió de inspiración para la creación de una serie de escuelas y colegios. Fue a todos los efectos el modelo en el que se basó Jacob von Wallhausen para la apertura de su instituto en Siegen, y tuvo también un fuerte impacto en la España de Felipe III, donde fue rápidamente traducido por obra de Bernardino de Mendoza (1604) y sería la futura inspiración de las teorías del conde - duque de Olivares para la educación de la clase dirigente del imperio español ([16]).

Gracias al influjo de las teorías de Lipsio, pero también por la necesidad de crear un cuerpo oficial seguramente más instruido y preparado para guiar a las tropas en el campo, a partir de 1606 se pudo asistir así a la difusión en Europa de una serie de escuelas militares orientadas a la formación de los jóvenes descendientes del segundo estado, a partir del instituto *Des exercices* de Sedan, pasando por las academias nacidas en la véneta tierra firme en 1608 ([17]), al ya mencionado colegio de Siegen (1617) y al de Hessen en Kassel creado por Mauricio (1618), hasta llegar a la academia de Giltschin en Bohemia (1624). En España, después del fracaso de

---

[16] J. H. ELLIOTT, *The Count - Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, New Haven and London, 1986, pp. 17, 22-23, 81, 105, 181, 280.

[17] Se trata de las escuelas de Padua , Udine, Treviso y Verona, creadas entre 1608 y 1610 que ahondaban sus raíces en algunos experimentos comenzados durante el siglo anterior, cuando, en 1565 se fundó una academia para los hombres de armas y en 1595 una academia de los caballeros en Rovigo, destinada a sobrevivir sólo durante tres años. Se trataba de una serie de academias aristocráticas abiertas sólo a los nobles donde se les daban los rudimentos del arte militar. J. R. HALE, *Military Academies on the Venetian Terraferma in the Early Seventeenth Century*, en IDEM, *Renaissance War Studies* cit., pp. 285-307.

los proyectos ligados a la constitución del colegio imperial, fuertemente deseado por Olivares, el poderoso ministro de Felipe IV previó la creación de una serie de academias en imitación del modelo veneciano y de las escuelas que por entonces estaban cobrando fuerza en el interior de Francia por deseo del cardenal Richelieu ([18]). Se trataba de instituir una serie de colegios en las principales ciudades castellanas, Madrid (donde en las ideas del *valido* debieron de ver la luz al menos dos colegios), Sevilla, Granada, Valladolid y Pamplona, con la añadidura de otros centros en Lisboa y en Aragón para la preparación de las élites locales ([19]). Hasta que de repente notables parecieron las dificultades para hallar el personal docente necesario con las excepciones representadas por las clases de Teología, Derecho y Medicina -para la puesta en marcha de los cursos relativos a la historia, a la matemática, a la geometría y a otras disciplinas prácticas, tanto que el conde- duque tuvo que recurrir, para completar los cuerpos docentes, al empleo de los jesuitas del Colegio Imperial para asegurar así la puesta en marcha de la enseñanza de estas disciplinas consideradas indispensables.

El recurso a los padres de la Compañía de Jesús no representaba además una novedad en el panorama de la enseñanza académica impartida con fines militares a los jóvenes cadetes. Ya durante los decenios anteriores los jesuitas habían desempeñado un papel clave en la ocupación de las cátedras de muchas disciplinas técnicas fuertemente vinculadas al desarrollo de la guerra moderna, sobre todo los exponentes del orden se habían recortado un rol de primer plano en la impartición de lecciones de matemática en los ya citados colegios de artillería que se formaron durante el siglo decimosexto en el interior de la península Ibérica, pero también se habían distinguido por la difusión de numerosas publicaciones de historia militar y su propagación en el interior de los colegios nobiliarios. Múltiples habían sido los textos que los jesuitas habían dedicado, a partir sobre todo de la segunda mitad del XVI, en

---

[18] De hecho, tras los años Veinte y Treinta, aparece con fuerza el desarrollo de la tratadística militar transalpina con la edición de las obras del duque de Rohan en1636, entre las cuales *Le parfait capitain y e*l *Traité de la guerre*, a las que hacía de contrapeso la creación de estas escuelas para la educación de los nobles. Pero las tentativas del cardenal estaban destinadas a fracasar frente a las obstinadas resistencias de la aristocracia, poco convencida de la utilidad de estas academias, y de hecho el experimento naufragó en los meses sucesivos a la muerte del cardenal. Sólo con el ascenso de Louvois a la dirección del ministerio de la guerra, y en particular a partir de los años Setenta, se volverá a hablar en Francia de una serie de academias para preparar a los cadetes al servicio de las armas (A. CORVISIER, *Louvois*, Paris, 1983, pp. 337-341).

[19] Sobre estos proyectos del conde - duque remito a las páginas de J. F. BALTAR RODRÍGUEZ, *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía Hispánica (Siglos XVI-XVII)*, Madrid, 1998, pp. 423-428.

abierta contraposición a la edición de numerosos folletos que tuvo lugar en los países protestantes durante los decenios centrales de la Reforma, al desarrollo de la instrucción militar, dando así comienzo a una fuerte ofensiva para poder de tal modo anular así las ventajas conseguidas por los reformados en el campo de la preparación de las élites. Mencionamos, entre otros, los textos de Edmond Auger (*La Pédagogue d'armes pour instruire un Prince chrestien*, 1568), y de Antonio Possevino (*El soldado cristiano*, 1569, pero también, y sobre todo, la *Bibliotheca selecta*, 1593, en la que el libro V estaba dedicado a los militares y a todos aquellos sacerdotes destinados en el futuro a desempeñar el papel de capellanes militares). Antonio Possevino, por la redacción de sus textos, hizo un amplio recurso a sus experiencias personales cuando seguía a los ejércitos católicos empeñados contra los reformados, como también a la cadena de relaciones y amistades que lo ponía en contacto con los muchos correligionarios activos en Francia y en Polonia, dos territorios donde la lucha contra los protestantes parecía particularmente fuerte, e incluso en Rusia, pero la verdadera novedad de sus escritos residía en el abierto elogio de la historia militar vista como fundamental en la formación de los hombres formados en armas contra los herejes y los turcos. En el interior de este escenario de fuerte tensión y de conflicto abierto, gran difusión tuvieron también los textos de Francisco Antonio (*Avisos para soldados*, 1590) y de Thomas Sailly (*Guidon et practique spirituelle du soldat chrétien*, 1590), fundador de la *missio castrensis* en Flandes y consejero de Alejandro Farnesio y de Ambrosio Spinola ([20]).

En el proyecto del conde-duque la creación de estos estudios reales en Madrid, como también en las otras ciudades de la península, entre 1623 y 1628 dedicados exclusivamente a la formación de los jóvenes nobles, preveía la enseñanza de 17 disciplinas ligadas a la futura formación de un militar, en la que la Historia tenía un papel preponderante con las lecturas obligatorias de Polibio y de Vegezio. El primer profesor llamado a ocupar la cátedra de historia militar en el colegio madrileño fue el jesuita flamenco Herman Hugo, personaje además dotado de una sólida experiencia

---

[20] Sobre esto véase la voz de J. ESCALERA, *Enseñanza militar*, en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, vol. II, pp. 1246-1248; y G. BRUNELLI, *Soldados del Papa. Política militar y nobleza en el Estado de la Iglesia (1560-1644)*, Roma, 2003, pp. 101-132. Una amplia bibliografía sobre el problema de la presencia de los capellanes militares en el ejército y sobre la difusión de textos dirigidos a los militares viene determinada por el reciente ensayo de E. GARCÍA HERNÁN, *Capellanes militares y Reforma Católica*, en E. GARCÍA HERNÁN y D. MAFFI (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa*

en el campo de las armas, dado que apenas había completado la redacción de su *Obsidio Brendani*, una relación del asedio se concluyó en el año 1625 con el triunfo del Ejército hispánico, y que durante los años sucesivos habría dado a luz su *De Militia equestri antiqua et nova* (Madrid, 1630, un libro destinado a tener un enorme éxito, tanto que todavía en el decimoctavo siglo circulaba en el circuito europeo y en 1733 se ejecutó una traducción en alemán por deseo del joven príncipe Federico de Prusia). La presencia de estos personajes, salidos de las filas de la compañía para educar a las filas de jóvenes patricios destinados más adelante a los vértices de mando de los ejércitos del rey católico, no se detuvo con el fin del experimento promovido con su caída en 1643, sino que sería continuada todavía durante los decenios que prosiguieron hasta prácticamente el final de la edad de los Habsburgo ([21]). Una actividad que no se encontró limitada a la publicación de sólo obras de carácter historiográfico y erudito sobre la formación de un soldado cristiano, pero que tendría su culmen con la compilación de una serie de tratados matemáticos y sobre las fortificaciones, con los jesuitas que se habrían puesto a la vanguardia en el estudio de la artillería y de las nuevas técnicas obsidionales ([22]).

El más allá de las academias, o al menos de los primeros pasos inciertos hechos para buscar crear unos centros con los que formar y forjar la nueva clase militar, de la traducción y difusión de los textos clásicos de la Antigüedad Griega y Latina, la primera Edad Moderna vino marcada también por la fuerte producción de libros de memoriales militares, en los que tendrían un rol no secundario las publicaciones relativas a la historia de las recientes campañas. Habíamos mencionado velozmente cómo en muchas partes se continuó imponiendo que el soldado español aprendiese su arte directamente en el campo, en las filas de los *tercios viejos* en Italia y en Flandes, más que a través de una formación escolástica, pero esta visión parece hasta demasiado simplista y contrasta con la necesidad, o mejor dicho con la fuerte exigencia, sentida por generaciones enteras de veteranos de dejar memorias escritas o análisis detallados de los acontecimientos experimentados precisamente

---

moderna (1500-1700), 2 vols., Madrid, 2006, pp. 709-742.

[21] Baste pensar en los proyectos de 1678 para la creación de una serie de escuelas técnicas militares en Barcelona, Cádiz y San Sebastián y en la institución de una academia en Bruselas en 1671 en las que los jesuitas desempeñan todavía un rol clave: F. R. DE LA FLOR, *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico (1580-1680)*, Madrid, 2002, p. 207.

[22] ESCALERA, *Enseñanza militar* cit., pp. 1246-1248.

con el fin precipuo de instruir a los jóvenes reclutas: una confirmación de cómo las experiencias maduradas en el campo serían consideradas de importancia vital para la formación de las nuevas generaciones de soldados y de cómo existiría un público de lectores en potencia muy activo y dispuesto a recibir las enseñanzas del pasado. Además de la invención de la imprenta con caracteres móviles, la otra gran revolución del siglo XV con la pólvora, favoreció, gracias a la notable contracción de los costes, la difusión de las ideas y de estos tratados: los libros de y para los militares estaban entre los más difundidos del mercado librero. Habíamos ya mencionado rápidamente cómo Venecia se puso a la vanguardia entre los años 1492 y 1570 en la impresión de estos manuales, pero también la España de los Habsburgo, con sus estribaciones italianas y en los Países Bajos, llegó a ser muy pronto un centro no indiferente para la producción de textos de cultura militar. Entre los años 1560 y 1620 se publicaron toda clase de manuales eruditos, tanto que el *Siglo de Oro* de las artes y de las letras se puede definir también la edad de oro de todos los escritores profesionales ligados al oficio de las armas. Un primado que comenzará a encontrarse menos solo con el inicio del nuevo siglo, pero destinado a conocer una segunda juventud en el período comprendido entre 1640 y 1660, no por azar marcado, a causa de la rebelión de Cataluña y de la secesión de Portugal, por el retorno de la guerra en su peninsular después de más de un siglo de paz y que contribuyó a un rápido retorno del interés por el tema ([23]).

No es posible aquí dar un cuadro exhaustivo de esta producción, sobre esto remitimos al texto de Antonio Espino López para un cuadro completo y para una relación completa de los libros editados en la península Ibérica, pero nos limitaremos a señalar algunas de las obras históricas realizadas por españoles que conocerían mayor difusión y no sólo en el interior de los dominios de los reyes católicos.

En estos textos se buscaba resaltar las victorias conseguidas por los Ejércitos hispánicos, proveer datos esenciales para el conocimiento de las campañas militares, a través de la reconstrucción de una batalla o simplemente con la biografía de un personaje con una clara valencia propedéutica, y suministrar un modelo para

---

[23] Fundamental para el conocimiento y el desarrollo de una literatura militar en la España de los Habsburgo es sin ninguna duda el texto de A. ESPINO LÓPEZ, *Guerra y cultura en la época moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII. Libros, autores y lectores*, Madrid, 2001.

las futuras generaciones de históricos. Una práctica que tuvo su comienzo desde los años del reinado de Carlos V, cuando sus éxitos en los campos de batalla de media Europa atrajeron la atención de una serie de memorialistas. El *Comentario de la guerra de Alemania* de don Luis de Ávila y Zúñiga (1548) fue el primero de estos trabajos, escrito a vuelapluma durante los meses sucesivos a las victorias contra los reformados, El emperador es comparado con Julio César a causa de su conquista de Alemania. En su texto, al mismo tiempo, el autor se detiene a menudo, con una cierta minuciosidad, en la descripción de las batallas de Ingolstadt y Mülhberg con amplia reconstrucción de las fases bélicas y de la organización del ejército imperial. Editado no por azar en Venecia, centro propulsor de gran parte de las publicaciones con carácter militar en la primera mitad del siglo XVI, tuvo un éxito enorme, tanto que se sacaron muchas nuevas ediciones en castellano.

Sobre la estela del texto de don Luís durante los años sucesivos otros volúmenes mencionaron las hazañas del César y de los otros condotieros españoles de los decenios anteriores. A las guerras en Alemania está otra vez dedicado el texto de Diego Núñez de Alba, *Diálogos de la vida del soldado, en que se cuenta la conjuración y pacificación de Alemania* (Salamanca, 1552), una especie de manual híbrido, donde por una parte se describe la guerra alemana del emperador y por otra se detiene detalladamente en la organización de su ejército. O todavía el apologético Pérez del Pulgar, con su *Crónica llamada de las dos conquistas del Reino de Nápoles* (Zaragoza, 1555), narraciones de la doble conquista del reino italiano por parte de Alfonso de Aragón en la primera mitad del siglo XV y del Gran Capitán, en el que se daba gran atención a la disciplina de las tropas para poder conseguir un éxito y al papel de la artillería en el campo de batalla.

Pero en estos años será sobre todo la necesidad de tener que hacer frente a la constante amenaza representada por la ofensiva otomana en el Mediterráneo y al peligro de las incursiones bárbaras contra el litoral de la península la que atraiga la atención de cronistas y memorialistas. Ya en el año 1543, claro signo de la importancia dada a la lucha contra el infiel, se traducía al español el texto de Paolo Giovio (*Comentario de las cosas de los turcos*, Barcelona), en el que el autor, describiendo las costumbres del enemigo, declaraba explícitamente querer servir a la causa del emperador con la pluma en lugar de la espada. Mencionamos otra vez a Pedro de Salazar con su *Historia de la guerra hecha contra la ciudad de África*

(Nápoles, 1552) donde por primera vez se describe una operación de desembarco al mínimo detalle. El texto se presenta como un verdadero manual para las operaciones allende el mar, sobre todo en las guerras contra los infieles, y para el uso de la artillería, con la reconstrucción de la jornada de Túnez (1535), de la ofensiva turca en el Mediterráneo con los asaltos a Trípoli y a Malta, las incursiones en el sur italiano en Hungría. Señalamos todavía sobre este tema la edición en la onda del éxito en las operaciones para el socorro de Malta del texto de P. Gentile (*El suceso de la guerra de la potentísima armada del Gran Tyrano turco otomano Solyman, venida sobre la isla de Malta*, Barcelona, 1566) con dedicatoria particular a don Diego Hurtado de Mendoza.

Será la guerra de Flandes la que dé vida a una nueva serie de estudios basados en el largo conflicto septentrional. La intensidad del enfrentamiento, el largo empleo de hombres y medios, las nuevas técnicas desarrolladas en el campo de la poliorcética, los notables éxitos conseguidos en campo abierto, pero también los fracasos por no conseguir poner punto y aparte a la revuelta, la internacionalización del conflicto, con la entrada en campo de Inglaterra y de Francia, llevaron a una serie de publicaciones de alto nivel destinadas a la educación de los jóvenes reclutas. Ya en el año 1569 Antonio de Ulloa daba a luz su *Comentario de la guerra de Flandes* (Venecia), un texto base para comprender los primeros acontecimientos y la reconquista realizada por el duque de Alba, destinado a convertirse en una especie de auténtico best seller con traducciones casi simultáneas en 1570 en italiano, francés y alemán.

Más meditadas sin ninguna duda las obras de Bernardino de Mendoza (*Comentario sobre los sucesos de Flandes*, Madrid, 1592), de Francisco de Verdugo (*Comentario de la guerra de Frisia*, Nápoles, 1610, pero una edición italiana había ya visto la luz unos años antes, en 1605) y de Diego de Villalobos y Benavides (*Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos*, Madrid, 1612). El primero dedicaba su trabajo al joven príncipe Felipe, y el fin pedagógico venía reforzado por el autor por su convicción de que la Historia fuese maestra de vida, porque permitía evitar la repetición de los errores cometidos en el pasado, además muy fuertes parecían las páginas dedicadas a la figura del duque de Alba. Verdugo era el clásico veterano de las campañas septentrionales y su trabajo debía servir para justificar su proceder durante los años entre 1581 y 1594, cuando había desempeñado el papel de

gobernador de Frisia, sometido a fuertes críticas durante los años anteriores. Nos encontramos frente a una obra que describe al mínimo detalle los horrores de la guerra y en la que, al lado de los clásicos informes de batallas y asedios, el autor no desdeñaba igualmente dejar espacio a las emboscadas, a las traiciones, a las sorpresas, justificándolas como completamente lícitas para poder conseguir la victoria. Diego de Villalobos en el análisis de los sucesos transcurridos en Flandes entre los años 1594 y 1598, o bien durante el gobierno del conde de Fuentes y las luchas contra Francia, lo mismo que Bernardino de Mendoza, ratificaba el rol clave de la Historia para el aprendizaje del arte militar reivindicando en su texto un rol pedagógico para todos aquellos que tenían que iniciarse en el oficio de las armas.

Sobre la estela de estos textos, de la lucha contra la herejía y la defensa de los intereses castellanos, se inserta también el libro de Antonio de Herrera (*Los cincos libros de Antonio de Herrera de la Historia de Portugal y conquista de las Islas Azores*, 1591), dedicado a otra de las grandes empresas del reinado de Felipe II: la anexión de Portugal y la conquista de las islas Azores por parte del marqués de Santa Cruz.

Con la reanudación de las hostilidades con Holanda después de que en 1621 los textos dedicados al conflicto en los Países Bajos recuperaran el impulso, para justificar por una parte la renovación de la guerra y por otra parte para explicar a los nuevos comandantes en el campo los errores cometidos en el pasado. Entre todas la primera auténtica obra con carácter informativo y en la que se afirma explícitamente que todos los escritores de textos dedicados a la historia militar debían por fuerza ser, en virtud de las experiencias maduradas en el campo, veteranos, fue la de don Carlos Coloma (*Las guerras de los Estados Bajos desde 1598 hasta 1599*, Amberes, 1624, reimpresa en Barcelona en 1627). Para el prestigioso general, veterano de las guerras en los Países Bajos y en Italia, donde desempeñaba el rol de capitán general de la caballería de Milán y más adelante de castellano de esta ciudad, la Historia tenía una función netamente propedéutica y servía para adiestrar las nuevas generaciones en los riesgos y en los peligros de las campañas. Sobre la misma longitud de onda se inserta también el trabajo de Antonio Carnero (*Historia de las guerras civiles que ha habido en los estados de Flandes desde el año de 1559 hasta el año de 1609*, Bruselas, 1625), ya contador del Ejército de Flandes, que reproducía una descripción cuidadosa de los combates y de

los asedios sostenidos, deteniéndose en particular en la explicación de la organización de los ejércitos españoles y holandeses en lucha. Se trata de obras que tuvieron una gran difusión en las bibliotecas privadas, demostrando cómo la historia de la guerra atraía la atención de un gran público, y no sólo de exponentes de las Fuerzas Armadas de la Monarquía.

La crisis que se inició durante los años cuarenta, con la secesión de Portugal y de Cataluña, si por una parte provocó una intensificación en las publicaciones de carácter militar en el interior de la península Ibérica, por otra dijo sí a que la proliferación de los textos de Historia, hasta unos decenios antes bastante consistente como habíamos subrayado, se hiciese menos evidente y de ahí a un poco se agotase casi por completo. Probablemente la serie de derrotas en el campo favoreció el abandono de la reconstrucción histórica de las guerras y de las batallas de la era de Felipe IV y la historiografía de los acontecimientos bélicos de estos años se dejó casi completamente en manos de extranjeros. Un abandono que estaba destinado a continuar todavía durante el reinado de Carlos II: la serie de escritores soldado, tan prolífica en el siglo anterior y en los primeros decenios del siglo XVII, que describían para las nuevas generaciones de militares sus experiencias en el campo de batalla ahora se interrumpía y sería reanudada sólo con la nueva dinastía.

CUARTA CONFERENCIA

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ESCUELA ESPECIAL MILITAR DE SAINT-CYR

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ESCUELA ESPECIAL MILITAR DE SAINT-CYR

Por Thierry Noulens*

Del hecho mismo de su especificidad, la historia militar puede conocer unas derivas que causan un perjuicio a la imagen que uno se hace de ella en el Ejército francés. Esta situación lleva numerosos oficiales a considerar la Historia como un pasatiempo o una disciplina secundaria que no sirve mucho, a la cual es menester preferir enseñanzas más "serias" o más "rentables". La historia militar es a menudo bajo las órdenes de disciplinas o actividades que le son extranjeras: tradición, memoria, conmemoración, hagiografía de tal o tal personalidad, etc.

Este espíritu era el de los oficiales del Ejército de Napoleón III, es lo que constata el general Lewal en 1892:

> "La historia, una de las bases de la estrategia, le hace casi tanto perjuicio como la novela, desviándola de la vía racional, técnica, positiva, para echarla en el empirismo. [...] Sola y mal entendida [la Historia] lleva a la rutina bajo el apellido de tradición, matando a la vez el razonamiento y el cálculo" ([24]).

Al concebir la Historia de tal manera, uno se impide cualquier conocimiento serio de los asuntos históricos y toda reflexión pertinente que les toca. Ahora bien son los conocimientos de los asuntos y las lecciones que se puede sacar que constituyen la meta del estudio de la historia militar tal como se enseña en Saint-Cyr Coëtquidan.

---

[24] 1 LEWAL (GENERAL) introduction a la partie positive de la stratégie. París, L. Baudoin 1892, 99 p.in 8º, pp.8-13

El ángulo bajo el cual se enfoca la enseñanza de esta disciplina allí –es decir pensamiento militar y conducta de las operaciones– es el que más conviene a las necesidades de los oficiales: corresponde al corazón del oficio.

Aplicada a la formación inicial de los oficiales del Ejército la meta con anterioridad indicada puede declinar se de manera siguiente:

Se trata de:

1. Hacer entender a los alumnos que la Historia no se repite nunca pero que se puede sacar de ella unos datos que nuca cambian, los invariantes, y mostrarles las consecuencias de estos dos hechos:

   - De la Historia no se puede sacar recetas:

     - Porque la realidad es muy complicada y mudable, y que los acontecimientos resultan a menudo de varias causas.

     - Porque, además, es muy difícil establecer los asuntos: las fuentes y los puntos de vista de los protagonistas o de los testigos divergen en la mayoría de las veces, estos últimos tienen una visión muy parcelar y subjetiva de los acontecimientos (véase Fabrice del Dongo en Waterloo en La Chartreuse de Parme de Sendhal).

   - Tras la apariencia de los cambios se comprueba que:

     - Algunas causas producen siempre los mismos efectos, porque el hombre, que hace la Historia, sigue siendo el mismo.

     - Por otra parte, existen permanencias, príncipes validos en todas las épocas y todos los lugares que se necesita adaptar, con inteligencia, a la situación, lo que necesita el dominio de unos conocimientos técnicos y tácticos, y de procesos elementales (único nivel donde la utilización de recetas técnicas se justifica).

2. Hacerles pensar sobre la aplicación de los principios a las circunstancias y los problemas que este proceso siempre alzó:¿Tenemos que proceder aprovechando esquemas (orgánicos y doctrinales) o podemos liberarnos de aquellos?

3. Proporcionarles el conocimiento imprescindible a la alimentación de su propia reflexión y las claves de comprensión que les permitirán ampliar el ámbito de su cultura histórica.

Esta fue la línea general de la enseñanza de la historia militar en Saint-Cyr desde el fin del siglo. XIX. Hubo periodos donde se quitó aquella línea y se hizo lo que llamamos "historia batalla". A veces la enseñanza se convirtió en una serie de conferencias donde el profesor hacía una descripción cronológica de los conflictos sin sacar lo que acabamos de describir.

Sin embargo, cuando Bonaparte creó la Escuela Especial Militar, dijo:

> "Den a los alumnos de la Escuela Especial Militar únicamente libros de historia... los hombres no tienen que leer otra cosa."

Pero durante el reinado de Napoleón hasta la derrota de 1870, hubo un periodo de adormecimiento intelectual en el Ejército francés. Porque pensamos que nuestra fuerza militar heredera del Ejército napoleónico era la mejora del mundo, así que no era menester cambiar los reglamentos de empleo ni tampoco estudiar porque sola la experiencia y el tacto hacía falta para mandar en el campo de batalla. El despertar fue muy brutal como lo escribió el general Trochu:

> "Durante 40 años, hasta el tuero de 1870 nuestra gran Escuela Militar tenía que seguir la indesarraigable rutina, maniobrando como ninguna tropa, pero indiferente al gran y amanezando trabajo que se estaba operando alrededor de nosotros y hundida en la contemplación de la leyenda, en la aplicación obstinada de métodos envejecidos de la tradición» ([25]).

Después de la guerra franco-alemana, el general Hanrion, comandante de la Escuela, reformó totalmente la enseñanza académica. Antes de su mando se enseñaba la historia general y la historia militar. Él decidió suprimir la enseñanza de la primera, que ya estaba enseñada durante la escolaritad secundaria en el liceo, y

---

[25] TROCHU (général) : L'Armée française en 1879, Paris, J. Hetzel, n.d. 350 p. Cité par TITEUX Eugène : Saint-Cyr et l'Ecole Spéciale Militaire en France jusqu'en 1897. Paris, Société de propagation des livres d'art, 1914 – 1945, 837 p., p. 427.

dar una meta profesional a la enseñanza de la historia militar es decir emplearla para enseñar la táctica.

Este método de enseñanza de la Táctica a través del método histórico había hecho sus pruebas en Alemania donde ya se empleaba. La obra considerable de Hans Delbrück (*Historia del arte de la guerra*, publicada entre los años 1900 y 1920) era considerada por el alto mando como una obra de referencia para la reflexión estratégica de la época. Los alemanes veían en la Historia un campo de estudio de primer orden, así el general Von Peucker escribió presentando los ejes de enseñanza de las Escuelas Militares alemanas:

> «Cuanto más experiencia de la guerra falta a un ejército, más importa tener recursos en la historia de la guerra como instrucción y base de esta instrucción.»

El método histórico fue recuperado en Francia por cierto número de escritores militares como los generales Colin o Camon. Foch, entonces profesor de historia militar y de táctica general en la Escuela Superior de Guerra de 1895 a 1905, piensa que la Historia es «el estudio más útil». Él fundamenta por tanto su reflexión en unos casos concretos que estudia a fin de desmontar los mecanismos, estudiar el funcionamiento y redescubrir la realidad.

En esta lógica se situó la enseñanza de la historia militar entre el fin del siglo XIX y 1962. Al final de la guerra de Algeria, en efecto, la enseñanza de la Historia pierde parte de su importancia frente a la emergencia de la enseñanza de otras materias como el Derecho, la Economía o la Sociología. Con la reforma del año 1982, por la que la escolaridad de la escuela pasa a tres años, este fenómeno se acentúa todavía más para llegar a la situación actual en la que la historia militar no es más que una materia secundaria que ocupa cada vez menos espacio en el tiempo de los alumnos.

Sin embargo, los objetivos presentados anteriormente permanecen igual. A fin de alcanzarlos, se fijaron tres objetivos pedagógicos.

1. Permitir a los alumnos retroceder, para tener una vista en perspectiva. Eso requiere hacerles estudiar durante un periodo lo suficientemente amplio, haciendo

destacar las grandes evoluciones. Elevándose así por encima de las contingencias, podrán identificar un determinado número de estudios tales como:

- Los principios del empleo de las fuerzas: economía de las fuerzas, concentración de los esfuerzos, libertad de acción y seguridad: eficacia inmediata y a largo plazo.

- Los factores de éxito: sorpresa, rapidez.

- Los problemas con los que se enfrentan siempre los ejércitos: ¿en qué medida la modulación es compatible con la cohesión? ¿La especialización de las unidades con la cooperación general militar? ¿La especialización de los materiales con la simplicidad de su puesta en marcha?

2. Permitirles tener la visión más completa posible de los acontecimientos que estudian, multiplicando los puntos de vista:

   - Mediante la utilización de documentos (biblioteca y centro de documentación), de soportes audiovisuales (mediateca), de objetos (recursos del museo, de la sala de evolución de armamentos), utilización del terreno.

   - Mediante el recurso a los interventores completando la visión del historiador, es decir no solamente a los profesores de Sociología, de Derecho o de Geografía sino también a los instructores de Táctica o de Topografía, el todo completado por el testimonio de actores o de testigos de los acontecimientos.

3. Desarrollar su espíritu crítico y estimular su curiosidad haciendo de actores de su propia formación:

   - Permitirles completar los conocimientos dispensados en lecciones magistrales mediante la lectura de algunas obras de referencia.

   - Enseñarles a llevar a cabo las investigaciones, solos o en equipo, a fin de que se den cuenta de que para un mismo acontecimiento, las fuentes y estudios diferentes, y la visión que se tiene de un acontecimiento no es jamás la misma que aquella que tienen los demás. De ahí la necesidad de comparar, de dar prueba de espíritu crítico y de discernimiento.

- Inducirles a ponerse en el lugar de los actores de los acontecimientos, a fin de que se den cuenta de que la guerra está hecha de detalles y de imprevistos que requieren una capacidad de adaptación permanente, y que el respeto de los principios de acción no trae siempre el éxito pero su violación conduce generalmente al fracaso.

Los objetivos, presentados anteriormente, no necesitan más que se respete una progresión lógica. El primer objetivo requiere que se presenten a los alumnos amplios periodos; el segundo necesita que el trabajo, que se les solicita, se apoye en unos acontecimientos que se estén efectuando en un marco de espacio-tiempo limitado; el tercer objetivo, que requiere un conocimiento particularmente preciso de los acontecimientos, impone que los trabajos de los alumnos se apoyen en unos hechos todavía más a tiro.

Para que la enseñanza de la historia militar permita a los alumnos alcanzar estos objetivos, es necesario pues comprender tres aspectos.

Una lección magistral que permita lograr el primer objetivo

Se trata de suministrar a los alumnos los útiles necesarios para la comprensión de los mecanismos que subtienden los acontecimientos: cronología, puntos de referencia, clave de comprensión.

Teniendo en cuenta las fuentes disponibles, el programa ideal debería cubrir un periodo que se extienda desde la Antigüedad Greco-Romana hasta el fin de la guerra fría.

Un mínimo consistiría en comenzar el curso a finales de la edad media (periodo durante el cual reaparezcan los ejércitos permanentes, articulados según unos esquemas que recuerden aquellos de la Antigüedad). Para cubrir este periodo son necesarias 24 horas, examen incluido. Desgraciadamente este volumen raramente se respeta y se resume en un curso magistral de 18 horas Que no permite comenzarlo antes de finales del reino de Luis XIV.

Unos trabajos dirigidos que permitan alcanzar el segundo objetivo

Estos trabajos vienen en apoyo del curso magistral y deben efectuarse en alternancia con el último. Presentan el interés por no acantonar a los alumnos en generalidades y por evitarles las aproximaciones. Les dan la posibilidad de trabajar eficazmente, a partir de datos precisos, y de aportar así su contribución al conocimiento de la historia de las operaciones militares con los descubrimientos que hacen. Lo ideal sería poder hacer que los alumnos realicen unas exposiciones individuales presentadas en pequeñas clases, pero unas obligaciones ligadas a la organización de la enseñanza académica hace que estas exposiciones sean realizadas por grupos de cinco o seis alumnos ante un anfiteatro de cerca de 70 de sus camaradas.

Unos trabajos prácticos (estudios tácticas reseñas históricas)
que permitan alcanzar el tercer objetivo

Estos trabajos deben imperativamente ser programados al final del ciclo, es decir en los meses que siguen a las últimas sesiones de trabajos diarios. En efecto, para que los alumnos pudieran plenamente sacar partido de los «estudios tácticos-históricos», es necesario que los conocimientos adquiridos con ocasión de los cursos militares y los trabajos diarios estén todavía presentes en su espíritu. Inaugurados en septiembre de 2003, con ocasión de la reforma de la escolaridad de la Escuela Especial Militar, los «estudios tácticos-históricos» han sido concebidos por el curso de historia militar de la Dirección General de la Enseñanza y de la Investigación y por el curso de Táctica de la Dirección General de la Formación Militar.

Se apoyan en los combates que la II División Blindada, mandada por el general Leclerc, ha librado, en la región del Mans y de Alençon, el 10 y 11 de agosto de 1944, y ambicionan aportar una nueva dimensión a la enseñanza de la Historia Militar y de la Táctica, poniendo en evidencia los lazos que unen estas dos materias.

Se trata a la vez de mostrar a los alumnos la complementariedad existente entre el estudio de los documentos y el del terreno, y de hacerles comprender la dificultad que presenta la aplicación de los principios elementales de la táctica, en unas circunstancias que son siempre particulares. Los «estudios táctico-históricos» concurren, en efecto, a demostrar que el no respeto de estas últimas llevan ineluctablemente al fracaso y que a menudo son los detalles, con demasiada frecuencia considerados como simples anécdotas los que hacen la Historia.

Es importante añadir que los «estudios táctico-históricos» tienen, además, vocación de enriquecer los contenidos respectivos de las enseñanzas dispensadas en la Dirección General de la Formación Militar, por los instructores de táctica, de armamento, topografía y, eventualmente, de ética así como en la Dirección General de la Enseñanza y de la Investigación, por los profesores de Historia Militar y de Geografía. Contribuyen así a finalizar las investigaciones del laboratorio de historia del centro de investigación de las Escuelas de Saint-Cyr Coëtquidan, en las que constituyen uno de los ejes de trabajo.

La fase preparatoria permite dar a los alumnos las claves de comprensión de los combates y hacerles adquirir los útiles necesarios para su reflexión táctica:

- Presentación y ambientación:
  - Presentación general.
  - Exposición sobre las operaciones militares en Normandía, en el año 1944.
- Iniciación al razonamiento táctico del nivel sección:
  - Presentación del «cajón de las herramientas tácticas»: método de razonamiento táctico y elaboración de las órdenes nivel sección.
  - Aplicación bajo la forma de un ejercicio táctico en sala en grupo pequeño.
- Presentación de los materiales utilizados por los franceses, los americanos y los alemanes:
  - Armamentos ligeros de época del museo.
  - Transportes y vehículos blindados del museo de los blindados de Saumur.

Los alumnos pasan luego un día sobre el terreno, durante el cual participan en el ejercicio según las siguientes modalidades.

Durante una primera media jornada, los alumnos siguen el itinerario tomado por uno de los agrupamientos tácticos de la II División Blindada, el 10 de agosto de 1944. Se detienen en los lugares de los combates librados por esta unidad, bien organizada y

bien equipada, pero todavía indispuesta en la práctica del combate general, frente a un adversario (IX División Acorazada alemana) faltando ciertos recursos, pero entrenada, experimentada y beneficiándose de un terreno propicio para la defensiva.

Sobre cada lugar de combate «posición», los alumnos, que están repartidos en pequeños grupos, trabajan en un caso concreto particular. Después de haber adquirido conocimiento de la situación en la que se encontraba la pequeña unidad escogida para el estudio, deben elaborar las órdenes del nivel grupo de combate o sección, o llevar a cabo una reflexión sobre ciertos aspectos del caso propuesto, apoyándose en el método de razonamiento táctico.

Después una presentación de los hechos -tal y como se desarrollan– les es hecha por el Curso de Historia Militar, que concluye mostrando cómo el combate estudiado se integra en la progresión del subagrupamiento táctico escogido, así como en el conjunto de las operaciones.

La otra mitad de la jornada se desarrolla en un compartimiento de terreno de grandes dimensiones, Prestándose muy particularmente a un estudio topográfico, táctico e histórico, más aún cuando el 11 de agosto un conjunto de combates, ricos en enseñanzas, se desarrollaron allí.

Los alumnos pasan por cuatro talleres, correspondientes a los emplazamientos de observación y de combate de una parte de las pequeñas unidades francesas y alemanas, que se enfrentan en este sector. Se efectúan allí trabajos individuales de topografía (panorama, croquis de puntos de referencia, planes de fuegos), a continuación de los cuales, los docentes del Departamento Historia-Geografía y del Curso de Táctica, les exponen el desarrollo de los combates, insistiendo en las particularidades del terreno y la influencia que han tenido sobre estos últimos.

Terminan su jornada con una sesión que se desarrolla sobre el lugar de una de las principales intervenciones del 11 de agosto de 1944. Ésta permite a los alumnos evaluar los progresos efectuados por uno de los subagrupamientos –en los que han estudiado las acciones de la víspera–después de una jornada de combate, y comprender los problemas planteados por un terreno muy diferente del que se recorrió el 10 de agosto. Esta sesión se desarrolla según unas modalidades idénticas al trabajo efectuado sobre las diferentes posiciones de la media jornada

«táctica y dinámica», con la diferencia de que cada uno de los tres casos concretos es estudiado por dos grupos trabajando, por separado, y que un taller de topografía, dedicado al punto de posición está igualmente activo sobre esta posición. A su regreso del terreno, en los días que siguen, una última sesión en sala les permite volver a situar la importancia de estos combates en el desarrollo de la batalla de Normandía y de la campaña de Francia de 1944.

Todos los alumnos siguen los cursos presentados anteriormente. En el curso de su cuarto semestre, algunos de ellos (entre 10 y 15 sobre una promoción de 180) escogen la Historia como superior que es la materia en la que deberán redactar su informe de escolaridad. Siguen un seminario de profundización en Historia Militar y en Historia de las Relaciones Internacionales en el curso del cual estudian un tema de Historia Moderna (guerra y sociedad en los siglos XVII y XVIII.) y tres temas de historia contemporánea: la guerra de Algeria, adaptación del Ejército francés al conflicto, el informe militar en el curso de la Primera Guerra Mundial y diplomacia y acciones militares en el siglo XX.

En el mes de febrero, cada alumno establece en conexión con el jefe del Departamento de Historia un tema de informe de Historia Militar o de Historia de las Relaciones Internacionales. Sus trabajos de investigación se ponen bajo la dirección de un docente investigador del Departamento. En el mes de septiembre, se traslada al extranjero por tres meses a fin de realizar sus investigaciones y redactar su informe que presenta y defiende a su regreso a Francia. En el extranjero un tutor designado por el organismo que le recibe le ayuda en sus investigaciones. Los alumnos son enviados a unos países en los que existen unos depósitos de archivos o unas fuentes que pueden consultar: España, Gran-Bretaña, Alemania, Austria, Polonia, Italia, Bélgica, Suiza, Grecia, Turquía, Estados-Unidos, Canadá, Méjico, Perú, Australia, África del Sur, etc.

Conclusiones

De estas consideraciones sobre la enseñanza de la historia resulta que el programa dispensado a los alumnos de la Escuela Especial Militar constituye un conjunto en el que no se puede retirar ningún elemento sin comprometer la coherencia. Su escolaridad en Coëtquidan constituye el único periodo de su carrera durante el cual

tienen la posibilidad de ser formados en una disciplina, que, contrariamente a las ideas recibidas, no permite la improvisación. En efecto, los desarrollos precedentes han demostrado suficientemente que el estudio de la historia militar necesitaba poseer unos conocimientos y unos métodos, que son difíciles de adquirir fuera del medio favorable que constituyen las Escuelas de formación inicial. Gracias a esta formación, los oficiales salidos de la Escuela Especial Militar podrán abordar la enseñanza militar superior con un mínimo de conocimiento en historia militar que les permitirá abordar la enseñanza operativa y estratégica que les será dispensada.

QUINTA CONFERENCIA

LA ENSEÑANZA MILITAR EN EL ATENEO MILITAR DE MADRID (1871-1874)

LA ENSEÑANZA MILITAR
EN EL ATENEO MILITAR DE MADRID (1871-1874)

Por Guillermo Calleja Leal*

Antecedentes

El Casino Militar de Barcelona

Desde muy antiguo los militares españoles siempre han sentido un gran interés en reunirse para mejorar su formación; y de ahí la constante presencia de jefes y oficiales en las Sociedades Económicas de Amigos del País, en el siglo XVIII. Además, incluso antes de la propia fundación del Ateneo del Ejército y la Armada, más conocido como Ateneo Militar, hallamos un antecedente efímero y cercano: el Casino Militar de Barcelona.

En la primavera del año 1845, las condiciones de la Ciudad Condal para el establecimiento de un centro cultural militar resultaban inmejorables, gracias al decidido apoyo del capitán general de Cataluña, don Manuel Gutiérrez de la Concha, futuro marqués del Duero, y del general don Ramón María Narváez, el *Espadón de Loja*, a la sazón presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra desde el año anterior, quien ya había dado no pocas muestras de su enorme interés por la ilustración del Ejército.

Al poco tiempo de tomar el mando de la Capitanía General, De la Concha dispuso el establecimiento de unas academias prácticas para su guarnición militar, donde se impartieran clases de Táctica, Ordenanzas Militares, Matemática, Tiro de Pistola, Gimnasia (novedosa en España como deporte) y Escuela de Instrucción Primaria para la tropa. Los resultados satisficieron a De la Concha y así lo comunicó a Isabel II:

> “En las Academias de Matemáticas, en las clases de Esgrima y de Gimnástica han acreditado el más laudable celo y un deseo ardiente de aprender y de distinguirse rivalizando la tropa y oficiales con laudable estímulo.”

Animado por el enorme interés que los militares habían mostrado por la instrucción, Concha propuso al Gobierno la creación de un casino militar al que podrían asociarse los oficiales del Ejército y los de la Armada. Tal como figuraba en el *“Reglamento del Casino Militar de Barcelona”*, su propuesta consistía en fundar un Centro:

> “donde la comunicación frecuente y modo fraternal del trato de las clases entre sí produjese, sin lastimar en nada los fueros de la subordinación gradual, el comercio y comunicación de ideas que lleva a la instrucción más fácil y rápidamente, que el estudio aislado y las lecturas.”

Por otra parte, los propios Estatutos garantizaban un férreo control por parte de las autoridades militares, al punto de que la Junta Directiva no podía reunirse sin estar presente su presidente, que era el capitán general, o bien un representante suyo.

La Reina autorizó la creación del Casino de Barcelona (25 de julio de 1845) y su ubicación en la planta principal del antiguo convento de la Merced, que entonces iba a ser transformado para acuartelamiento. Tras la rehabilitación del edificio, aquel Centro dispuso de salones comunes, salas de billar y de esgrima, biblioteca y comedores; y además, dos salones exclusivos: el de los generales y el de los jefes.

Pero entre todas aquellas dependencias que De la Concha creía necesarias, centró su atención en la biblioteca, para la que creó un primer fondo básico compuesto con 151 obras, 65 escritas en castellano y las 86 restantes en francés. Entre las primeras se encontraban las escasas obras técnicas escritas por militares españoles, varias de Literatura, Historia General, Historia Militar y Geografía; y también dos tratados de Táctica traducidos de Jomini y Jaquinot. Y entre la colección de libros franceses, la mayoría de ellos trataba sobre las campañas de Napoleón, porque el Ejército francés y las campañas napoleónicas ejercían una poderosa fascinación a los militares ilustrados de aquella época; aunque asimismo había traducciones al francés de algunos tratadistas militares que no eran precisamente franceses, como el mencionado Jomini, Müller y Okoneff.

Pero sucedió que cuando el Casino de Barcelona iba a ser inaugurado, todo aquel magnífico proyecto se vino abajo por el cese del general don Manuel Gutiérrez de la Concha, quien fue relevado en el mando por el general don Manuel Bretón, conde de la Riva y de Picamoixons (24 de agosto de 1846). Entre sus primeras medidas, Bretón dispuso instalar la Capitanía General de Cataluña en el antiguo convento de la Merced y que las salas y salones que habían sido ricamente decorados para el Casino pasaran a ser la vivienda de los capitanes generales.

Por otra parte, el presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, el general Narváez, accediendo a los ruegos de Bretón, ordenó que la biblioteca del Casino quedara en el Estado Mayor.

Tras este intento fallido del Casino Militar de Barcelona y antes de la *Gloriosa* del 68, algunos militares como Puig y Salazar intentaron crear centros culturales en los que se estimulara el estudio en las clases militares.

La guerra franco-prusiana
y el nacimiento del movimiento intelectual militar español

Unos años más tarde, al inicio de la década de los años setenta, surgió en España un importante movimiento intelectual militar caracterizado por tres actividades: una literatura militar en auge, con una prolífera y valiosa bibliografía de carácter técnico; una extraordinaria prensa periódica militar; y sobre todo, la fundación del Ateneo del Ejército y la Armada. Como veremos después, dicha Institución, más conocida como Ateneo Militar, desarrolló una actividad muy intensa y ejemplar, pese a su corta duración de tres años (1871-1874), porque sentó las bases de un movimiento intelectual militar que englobó la formación profesional castrense y que luego se extendería por toda España en torno a centros sociales que canalizarán las inquietudes profesionales y culturales de una buena parte de la oficialidad.

Los orígenes de este importante movimiento intelectual castrense se remontan al año 1870. Aquel año fue cuando el Ejército de Prusia aplastó al de Francia, cuya resistencia sólo consiguió demorar unas semanas el hundimiento total y la proclamación simbólica del Imperio alemán en Versalles, en enero de 1871, como una institución supranacional europea. Prusia había logrado convertir toda una

constelación de Estados alemanes en una unidad política, un Estado federal de múltiples soberanos bajo la autoridad imperial de Guillermo I.

El Ejército prusiano constituía una formidable maquinaria militar, por su armamento y por su Estado Mayor, de ahí que no es de extrañar que su victoria creara un movimiento de profesionalización militar que se generalizó en Europa. En cuanto a los militares españoles, al relacionarse con los demás ejércitos y sobre todo con los europeos, a través de viajes de instrucción, traducciones de libros y noticias vertidas en la prensa, entendieron que no podían permanecer al margen de los avances militares prusianos.

El Ejército de Prusia se había impuesto en Europa esencialmente por las innovaciones realizadas por su Estado Mayor, tanto en organización como en táctica. Primero había derrotado a Austria (1866) con el genial Helmuth Moltke; y luego humilló a Francia (1870-1871), demostrando su superioridad frente a las viejas tácticas militares napoleónicas y su excelente aprovechamiento de las nuevas tecnologías, como el fusil de aguja, el telégrafo eléctrico y el ferrocarril.

Si bien el Ejército prusiano disponía de un magnífico material bélico, no menos cierto es que su enorme poder se basaba una instrucción sólida y férrea, (heredera de la de Federico II, *el Rey Sargento*), que le daba una unidad que carecía el francés. Además, sus mandos y oficiales nunca dejaban de estudiar y ensayar reformas para luego llevarlas a la práctica. Así por ejemplo, tras la campaña contra Austria, los prusianos realizaron grandes avances en artillería que provocaron el asombro general, mediante reformas técnicas y tácticas, cuyo estudio condujo a una innovación de gran relevancia: la creación de la artillería de reserva.

Por otra parte, además de los mencionados contactos de nuestros militares con sus colegas de otros países, que les facilitaban informaciones sobre la reciente guerra franco-prusiana, las noticias también llegaban a España a través las revistas españolas que traducían todo cuanto se publicaba en la prensa extranjera.

Una vez incorporados nuestros jefes y oficiales al pujante movimiento intelectual militar europeo, la redacción de *El Correo Militar* intentó divulgar los adelantos militares experimentados en la guerra franco-prusiana. Por entonces, este influyente diario madrileño había emprendido una campaña de ataques muy duros contra el

Gobierno, acusándolo de mantener una pasividad inaudita a diferencia de los gobiernos de otros países. Entre sus acusaciones figuraban: no haber creado ninguna comisión para el necesario estudio de la guerra; ningún centro oficial había mostrado el menor interés por traducir la extensa bibliografía existente al respecto; y aunque el embajador español en Berlín había ofrecido al Ministerio de la Guerra, a través del de Estado, un catálogo mensual de las publicaciones y memorias técnicas del Ejército alemán, con el fin de que las Direcciones Generales de las distintas Armas solicitaran libros, su iniciativa apenas había despertado interés.

Era cierto, el Ministerio de la Guerra era insensible a esta problemática y su pasmosa pasividad causaba no poca preocupación en el seno del Ejército. Es más, cuando por fin el Estado Mayor mostró en 1872 un cierto interés por la guerra franco-prusiana, nombrando una comisión para traducir la memoria de la contienda titulada *La guerra germano-francesa de 1870-1871*, redactada por la prestigiosa Sección de Historia del Gran Estado Mayor de Prusia, tan sólo se tradujo un único tomo. Aunque, por lo general, la apatía ministerial existente contrastaba con las iniciativas particulares. Aquel mismo año 1872 se publicaron en España dos obras muy importantes: *Los fallos estratégicos de los franceses en la última guerra* de Vickede y *El arte militar en el siglo XIX* de Wilhelm Rüstow. Ambas fueron traducidas, respectivamente, por dos ateneístas militares ilustres: don Arturo Cotarelo y don Eduardo López Carrafa.

En aquellos turbulentos años del Sexenio Revolucionario (1868-1874) se publicaron en España numerosos libros, artículos de prensa y folletos sobre la abolición de las quintas, tema polémico y escandaloso en extremo que enlazaba con la necesidad de la creación de los ejércitos permanentes y la propia reorganización castrense.

Hubo asimismo algunas obras en las que, ya sea por iniciativa oficial o bien particular, se quiso recoger los avances técnicos de los ejércitos extranjeros. Baste recordar aquí la Comisión formada por jefes y oficiales de la Administración Militar, que a instancias de su director general, don Joaquín Jovellar, realizó un viaje por varios países centroeuropeos (1870), cuyos resultados fueron luego publicados en una memoria titulada *Organización administrativa de varios Ejércitos de Europa comparada con la de España*; y también el viaje de instrucción de don Francisco

Elorza y don Augusto Plasencia, quienes publicaron *Noticias varias sobre la artillería de diferentes naciones* (Madrid, 1871).

Tampoco debemos olvidar varias obras de relevante importancia que reflejan hasta qué punto la capacidad militar del recién instaurado Imperio alemán atrajo poderosamente la atención e impresionó a nuestros militares intelectuales. Podríamos citar las obras de tres insignes ateneístas militares: *Noticias referentes a la organización y fuerza del Ejército de la Confederación de la Alemania del Norte en general y de las tropas de Ingenieros en particular, con un apéndice que trata del nuevo Imperio alemán*, del coronel don Emilio Bernáldez (1871); *La guerra entre Francia y Alemania en 1870-1871*, del capitán de Infantería don Cándido Varona (Madrid, 1871); y *Cartas escritas con motivo de la guerra franco-alemana*, de don Emilio Prieto (Madrid, 1872).

Entre los numerosos estudios técnicos realizados por artilleros, ingenieros y miembros del Estado Mayor, podríamos asimismo citar, entre otros: *Nociones de Artillería*, obra colosal del brigadier don Cándido Barrios (Madrid, 1870-1871, dos tomos); *La guerra y la geología*, del coronel de Ingenieros don Ángel Rodríguez de Quijano y Arroquía (Madrid, 1871), estudio muy interesante traducido al francés y libro de texto en las Escuelas Superiores de París y Turín; y el *Proyecto de organización de una Brigada de telegrafía de campaña*, del capitán de Ingenieros don José de la Fuente.

Digna de mención es la magnífica obra del general don José Almirante, *Guía del oficial de campaña*; y sobre todo, su monumental *Diccionario militar etimológico, histórico y tecnológico* (Madrid, 1869), una de las obras más indispensables de la historiografía militar del siglo XIX y lectura obligada para cualquier estudioso de historia militar.

Almirante gozó de un enorme prestigio como intelectual en su época y su pensamiento es de un enorme interés. Por todo ello, no puede resultarnos extraño el que don Luis Vidart continuamente intentara convencerle para que se hiciera socio del Ateneo Militar de Madrid cuando aún era coronel, dándose además la circunstancia de que ambos compartían la misma idea de que el arte de la guerra debía considerarse como ciencia. Para él, el estudio de la historia militar exigía el

necesario conocimiento de muchos factores, entre otros: las causas que han provocado una guerra, cómo eran los ejércitos y los campos de batalla, las operaciones que han conducido al desenlace de una contienda, etc.; como asimismo el estudio combinado de las distintas Armas. De ahí que arremetiera con dureza contra todos cuantos en su época cultivaban el estudio de la historia militar interesándose sólo por los uniformes, las condecoraciones, los emblemas y el bello romanticismo que desprendían las batallas.

Por último, sólo añadir que el general Almirante se anticipó a su tiempo al intentar llevar la historia militar a los centros en los que se discutía el método científico; e incluso abrigó la idea de impartir un curso de historia militar en la Universidad Central de Madrid, muy similar al que ya existía en algunas prestigiosas universidades extranjeras.

La prensa militar

La prensa militar tuvo un gran desarrollo. Entre sus publicaciones más señeras podrían citarse las siguientes: *El Correo Militar*, antes mencionado; *Revista del Ateneo Militar*; *Las Academias de Regimiento*, revista mensual fundada en el año 1870 por don Serafín Olave, comandante y brillante diputado federalista, y que cerró en el año 1872; *La Fuerza Pública*, diario fundado por el célebre ateneísta militar don Francisco Villamartín, y cuyos años de fundación y cierre fueron los mismos años que el anterior; *El Propagador del Arte Militar*, diario semanal fundado por don Eduardo de Mariátegui, comandante de Ingenieros, que sólo tuvo 18 números en 1872; *Memorial Científico del Ejército y de la Armada*, excelente revista dirigida por el ateneísta militar don Miguel Ángel Espina, de la que por desgracia sólo se publicaron cinco únicos números en 1871; la *Revista Militar Contemporánea*, fundada en 1872 por don Cándido Barrios, artillero de la Armada y ateneísta militar de pro; etc.

Mas no queremos ni podemos extendernos más al tratar el movimiento literario militar español y la prensa militar, porque aquí no es el tema en cuestión. Tan sólo hemos pretendido describir muy someramente el momento en que surge el Ateneo Militar de Madrid, que es el término de la guerra franco-prusiana. Una guerra que influyó de forma decisiva en el movimiento intelectual militar y que guarda una

estrecha relación con la fundación del Ateneo Militar, al que pertenecen o simpatizan todos sus socios, quienes abarcan todas las tendencias políticas.

Fundación del Ateneo Militar

El periodo comprendido entre la revolución de *La Gloriosa* de 1868 y el pronunciamiento del general don Arsenio Martínez Campos, que proclama Rey a Alfonso XII de Borbón en 1874, estuvo caracterizado por una fuerte inestabilidad en lo referente al Ejército. De ahí que en sólo seis años hubiera ¡29 ministros de la Guerra! Además, todo ello se vio complicado en aquel mismo año 1868 por el estallido de la guerra de los Diez Años o Revolución de Yara, que fue la primera y la más duradera de las tres guerras independentistas que se libraron en Cuba ([26]).

Hacia el año 1871, en aquella época de incertidumbre, la revolución liderada por el general don Juan Prim y Prats, conde de Reus y marqués de Los Castillejos, se cuestionaba en todos los cuarteles y la moral castrense estaba por el suelo, pues los militares que habían apoyado la revolución creían que ésta se había vuelto contra ellos, por los ataques que recibían de cierta prensa de izquierdas y los debates del Congreso por la incumplida promesa de la abolición de las quintas. Además, con los movimientos anarquistas existentes en Europa y en España, se había iniciado la consolidación del antimilitarismo, cuestionándose la necesidad o no de un ejército permanente.

Pero pese a este ambiente tan contrario, un sector minoritario del Ejército tenía un enorme interés por la formación y mayor profesionalización de los mandos militares. Creía que urgía la necesaria la cohesión en un colectivo desunido por la política, y sobre todo, exigía que se pusiera término a la práctica desastrosa de los ascensos indiscriminados y de las recompensas injustas que minaban la moral militar.

Tras el triunfo de *La Gloriosa* había surgido en Madrid un buen número de sociedades, como el Club Revolucionario de la calle de la Yedra, el Club del Congreso de la calle del Lobo, el Casino Republicano de la Calle Mayor, la Tertulia Progresista y otras. Pero al margen de tales asociaciones, tan dadas a las reuniones

---

[26] La Guerra de los Diez Años, la Guerra Larga o Revolución de Yara (1868-78); la Guerra Chiquita, del Camagüey o de Calixto García (1879-80); y la Guerra del 95 ó del 98 (1895-98).

políticas y que en muchos casos resultaban esperpénticas, una media docena de intelectuales militares vio con claridad y comprendió que era el momento oportuno para fundar un Ateneo Militar que, basándose en contenidos intelectuales, fuera capaz de promover un cambio profundo en el ámbito castrense, para que los militares modificaran sus actitudes y comportamientos, y sobre todo, abandonaran para siempre la política y se centraran sólo en los asuntos profesionales propios de la milicia. Su modelo ideal era el ya prestigioso Ateneo Científico y Literario de Madrid, y precisamente su influencia sería tal, que la futura institución se llamaría Ateneo Científico del Ejército y de la Armada, aunque fuera conocido como "Ateneo Militar".

En definitiva, se trataba de crear un centro cultural generador de ideas, como un núcleo activo regeneracionista dentro de un Ejército rutinario y desmoralizado. Pero en realidad no era un grupo de presión militar contra el Gobierno que pretendiera defender unos intereses comunes; pues precisamente para eso, un año después de su fundación nacerá la Asociación Mutua del Ejército y de la Armada.

El capitán don Nicolás Estévanez, muy apreciado en los ambientes intelectuales castrenses, se había distinguido en la guerra de África (1859-1860) antes de ser miembro fundador del Ateneo Militar (1871), fue miembro del Directorio Republicano (1872) y ministro de la Guerra (1873) ([27]). Pero lo que aquí nos importa es que en el año 1868 publicó *La milicia, tipos y costumbres militares*, un libro que se convirtió en un verdadero *best seller* alcanzando su tercera edición en 1870. Su cuento titulado *El aplicado* comienza de esta crítica brutal que reclama a gritos la regeneración del abatido espíritu del Ejército:

> "Cuando un oficial joven se incorpora a un cuerpo, los antiguos le preguntan si tiene parientes generales o buenas relaciones en Madrid.
>
> Si el oficial novel dice que no cuenta con más protección que su derecho, no estudie usted, le responden, no estudie usted, porque es inútil. Usted no ascenderá aunque invente otra pólvora.

---

[27] Al caer la I República, don Nicolás Estévanez marchó exiliado a Portugal y luego a los Estados Unidos, Méjico y París, donde murió en 1914.

> Pero si el joven oficial manifiesta que tiene protectores, no estudie usted, le replican; no estudie usted, porque de todas las maneras usted será pronto general."

En el año 1870, el teniente don Eugenio de la Iglesia escribió en *El Correo Militar* sus reflexiones sobre la urgente necesidad de crear un Ateneo Militar en Madrid para la regeneración del Ejército:

> "La inmediata creación en Madrid de un Ateneo Militar, donde confundidas las diferentes jerarquías de la milicia, se llegase a conseguir esa unión y compañerismo que hoy por desgracia no existe entre nosotros; donde reunidos grandes elementos de instrucción, se hiciese ésta fácil y agradable y, finalmente, donde por medio de conferencias públicas para discutir sobre todos los ramos de la difícil ciencia de la guerra, se hiciese conocer y apreciar debidamente las notabilidades del Ejército."

Poco después, tras una serie de reuniones, el mencionado pequeño grupo de militares decidió que había llegado el momento de fundar el Ateneo Militar. Entre ellos estuvieron: el capitán don Miguel A. Espina, director de *El Correo Militar*; algunos del consejo de redacción del mismo diario, como el comandante don José Campos y los capitanes don Arturo Cotarelo y don Melchor Pardo; el teniente don Emilio Prieto, director de *El Memorial de Caballería*; y el inquieto comandante don Luis Vidart. Así pues, el capitán de Infantería don Eduardo López Carrafa publicó en *El Correo Militar* un artículo (26 de marzo de 1871) que constituía un verdadero manifiesto colectivo a modo de declaración de intenciones y punto de enganche dirigido a sus compañeros de Armas, a los generales y a los jefes y oficiales de Mar y de Tierra, con las siguientes ideas:

1. Durante siglos, toda iniciativa del Ejército o de la Armada siempre había partido desde arriba, lo que había conducido a la apatía general ante los problemas. Por eso el Ateneo Militar tenía que fundarse por iniciativa privada y no oficial.

2. El Ateneo Militar debería servir de estímulo para la regeneración y europeización del Ejército y de la Armada.

3. Se ocuparía sólo de la formación profesional castrense. Por tanto, la necesidad de unidad entre los militares que había manifestado el teniente de la Iglesia fue cuidadosa e intencionadamente omitida.

4. Una vez fundado el Ateneo Militar, se crearían centros similares en todas las capitales de distrito, para así mejorar la formación profesional del Ejército y de la Armada, y mejorar las relaciones con la sociedad civil.

5. En la redacción del periódico habría una lista abierta para quien quisiera inscribirse en el proyecto; y luego, una vez recogidas 50 firmas, se procedería a la fundación del Ateneo del Ejército y la Armada.

Un mes después se celebró la primera reunión ateneísta (23 de abril de 1871), en los locales prestados por la Fundación Instituto Homeopático en el Hospital de San José. Desde entonces se fueron formando distintas comisiones para la redacción de los reglamentos y estatutos, participando algunos militares que habían destacado o destacarían después en el tratado militar o la literatura castrense, como: el comandante don Francisco Villamartín, el capitán don Nicolás Estévanez, el entonces teniente don Federico de Madariaga, el coronel don Antonio Vallecillo, don Eduardo de Mariategui, el coronel Pérez de Rozas y los capitanes Gómez de Avellaneda y Fernández Pascual, entre otros ([28]). Poco después se formó la I Junta Directiva (14 de mayo de 1871), presidida por el general don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, el mismo que años antes había intentado promocionar la fundación del Casino de Barcelona.

Una vez redactados los reglamentos y estatutos, el 16 de julio de 1871 tuvo lugar la sesión inaugural del Ateneo de Madrid en su sede, ubicada no lejos de la Puerta del Sol y de la plaza de Isabel II, y concretamente en el número 2 de la céntrica plaza de Santa Catalina de los Donados, paralela a la calle Arenal, que es la pequeña plaza donde está la tan castiza iglesia del Santo Niño del Remedio. Aquella célebre sesión inaugural contó con la presencia de varios miembros del Cuerpo Diplomático, representantes de las cinco Reales Academias, de la Universidad Central, del

[28] Don Antonio Vallecillo era uno de los mejores jurisconsultos de entonces y el polígrafo don Eduardo de Mariategui poseía una de las mejores bibliotecas de tema militar.

Ateneo de Madrid ([29]) y de la Prensa, ex ministros, senadores y diputados, y oficiales generales del Ejército y de la Armada. Entre estos últimos asistieron: los directores generales de las Armas, el capitán general de Castilla la Nueva, el gobernador militar de la provincia de Madrid, el vicepresidente del Almirantazgo, el vicario general castrense, su auditor y el intendente militar del Distrito.

El éxito de la convocatoria para la fundación del Ateneo Militar fue arrollador entre la guarnición militar de Madrid, pues pasó de 50 a 249 socios en los cuatro meses escasos que transcurrieron desde el manifiesto del capitán López Carrafa y sus amigos (26 de marzo) a su inauguración (16 de julio) ([30]).

Pero pese a que la fundación del Ateneo Militar obedecía a una iniciativa privada de un grupo de socios fundadores, éstos siempre quisieron vincular a las más altas autoridades militares. Por eso nombrarán copresidentes honorarios a los ministros de Guerra y Marina; y como socios honorarios a los directores de todas las Armas y Cuerpos, al capitán general de Castilla la Nueva y a una serie de capitanes generales como: don José Gutiérrez de la Concha, marqués de La Habana; su hermano don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero; don Baldomero Espartero, marqués de la Victoria; don Manuel Pavía y Lacy, marqués de Novaliches; y don Francisco Serrano Domínguez, duque de la Torre y conde de Santovenia; entre otros ([31]).

Por otra parte, aunque los principales protagonistas de la convocatoria para la fundación eran de ideas avanzadas, no por ello podría calificarse al Ateneo Militar como un “club de ideología liberal”. El Ateneo Militar nunca fue un club político de

---

[29] El Ateneo Científico y Literario de Madrid estaba presidido por don Antonio Cánovas del Castillo.

[30] Don Pablo González-Pola de la Granja, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas del CEU-Universidad Cardenal Herrera, (CEU-UCH), es el mejor conocedor del Ateneo de Madrid y de su sucesor, el Centro del Ejército y la Armada. Sus estudios e investigaciones las reunió en su magnífica Tesis Doctoral, que defendió brillantemente la Universidad Complutense de Madrid, en 2001, y que lleva por título “La configuración de la mentalidad militar contemporánea y el movimiento intelectual castrense: el siglo crítico”. Dicha tesis fue publicada como tal en la UCM (2002). También puede consultarse su obra *La configuración militar contemporánea (1868-1909)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2003. No existe una monografía completa del Ateneo Militar a diferencia del Centro del Ejército y la Armada (desde su fundación en 1881 hasta al menos 1902), cuyo autor fue el doctor don Joaquín Coll y Astrell: *Monografía histórica del Centro del Ejército y de la Armada*. Madrid, 1902.

[31] No existe una monografía completa del Ateneo Militar a diferencia de su sucesor, el Centro del Ejército y la Armada (desde 1881 hasta al menos 1902), cuyo autor fue el doctor don Joaquín Coll.

una ideología concreta, sino que estuvo abierto a todos los militares interesados, sea cual fuere su ideología; por tanto, allí se mezclaron liberales tan distinguidos como don Nicolás Estévanez, don Fernando Pierda, don José Navarrete, don Francisco Villamartín o don José López Domínguez, con muy ilustres conservadores como don Fernando y don Rafael Primo de Rivera, don Antonio López de Letona o el Marqués de La Habana.

Los hombres del Ateneo Militar

Muchos fueron los militares que tuvieron una participación brillante y relevante en la fundación, la organización y las actividades del Ateneo Militar. Por ello, aquí vamos a tratar sólo a cuatro de ellos y someramente: don Eduardo López Garrafa (quien se había firmado el manifiesto), don Luis Vidart, don Francisco Villamartín y don Arturo Cotarelo.

Eduardo López Carrafa

El comandante de Infantería don Eduardo López Carrafa había demostrado tener inquietudes intelectuales muy tempranas, pues siendo cadete (1856-1859) había participado en el movimiento literario que había en el Colegio de Infantería. Además, había fundado la Sociedad Literaria junto con Cotarelo y varios compañeros, e incluso editado un diario ([32]).

En el año 1859 abandonó el Colegio de Infantería; y un año después ascendió a teniente por sus méritos militares contraídos en África, concretamente en las célebres batallas de Los Castillejos (1 de enero de 1860) y Tetuán (4 de febrero de 1860), sirviendo a las órdenes del general don Antonio Ros de Olano.

La preparación de la revolución de 1868, conocida como *La Gloriosa* o *La Septembrina*, comenzó en agosto de 1866 ([33]). El movimiento revolucionario,

---

[32] Según Vidart, el diario de López Carrafa, joven cadete del Colegio de Infantería, se llamaba *El Bombo*; mientras que para A. Espina era *La Bomba*.

[33] Cuarenta y cinco dirigentes progresistas y demócratas (Prim, Sagasta, Ruiz Zorrilla, Cautelar, Pi y Margall, etc.) se reunieron en Ostende. Allí acordaron unir sus esfuerzos para el trounfo de un movimiento revolucionario que acabara con la monarquía de Isabel II y el régimen político de 1845, y estableciera un régimen liberal democrático. Las características precisas, sobre todo la opción monarquía o república, las definirían unas Cortes constituyentes elegidas por sufragio *universal* masculino y directo. Serrano, jefe de la Unión Liberal a la muerte de O´Donnell, decidió la adhesión

liderado por el general Prim, no cesó en sus actividades conspirativas hasta que la revolución se inició en septiembre de 1868 con el pronunciamiento de la flota surta en Cádiz. Pronto sumaron fuerzas militares y también las juntas revolucionarias, extendiéndose el movimiento con gran rapidez por toda España, hasta que por fin se dio el encuentro militar de Alcolea, entre las tropas sublevadas y las fieles a la Reina, que supuso el triunfo de las primeras, la salida de ella hacia Francia y el inicio del período conocido como el *Sexenio Democrático*.

Antes del pronunciamiento de Cádiz, el entonces teniente López Carrafa confraternizó con el pueblo malagueño en la noche del 21 de marzo de 1868 y lo arengó en varios puntos del vecindario, sobre todo ante el monumento erigido al liberal don José María de Torrijos. Por tal acción, la Junta Revolucionaria de Málaga le recompensía después con el empleo de capitán (9 de octubre de 1868).

Pero tal ascenso no agradó al entonces capitán López Carrafa, pues le parecía muy poco para sus grandes "servicios a la libertad"; por lo que en noviembre pidió el empleo de comandante en recompensa por su comportamiento en los años 1860, 1866 y 1868. Además, en su instancia de solicitud adjuntó una carta de su padre, el teniente don Marcelino López, escrita (8 de mayo de 1848) poco antes de ser fusilado por su participación en la sublevación contra el gobierno de Narváez en el centro de Madrid ([34]). Aunque el gobierno de Serrano dio la callada por respuesta a la petición de López Carrafa, Prim, ministro de la Guerra, ratificó su ascenso a capitán en diciembre.

López Carrafa participó con don Nicolás Estévanez, también ilustre republicano e íntimo amigo suyo, en la insurrección republicana de Béjar, lo que le costó a ambos la huida a Portugal. Allí permaneció exiliado López Carrafa hasta que pudo acogerse a la amnistía promulgada por el gobierno de Prim para delitos políticos (9 de agosto

---

del partido al Pacto de Ostende. El nuevo socio aseguraba el apoyo militar al movimiento revolucionario y, en buena parte, su triunfo efectivo; asunto importante tras las anteriores experiencias fallidas; y a la vez, se diluía el carácter radical de la revolución. Para Prim (liberal progresista), alma de la operación, todo eran ventajas: se robustecían su posición de árbitro entre los aliados y las posibilidades del éxito inicial del movimiento.

[34] El teniente don Marcelino López se había sumado a la sublevación del comandante Buceta en Madrid (07-05-1848) contra el gobierno del general Narváez, duque de Valencia. En Cataluña se produjo el levantamiento de Ametller y Belleza; y en Sevilla, el de los comandantes Portal y Gutiérrez.

de 1870). Poco después, cuando a los 31 años de edad acababa de solicitar su readmisión en el Ejército, publicó en *El Correo Militar* (26 de marzo de 1871) su famoso artículo que dio paso a la fundación del Ateneo del Ejército y de la Armada, más conocido como Ateneo Militar.

Fue uno de cuantos participaron en la redacción del reglamento y de los estatutos y uno de los secretarios de la I Junta Directiva, en mayo de 1871. Luego, en 1872, siendo el director del *Boletín militar y naval* ([35]), tradujo *El arte militar en el siglo XIX* de Wilhelm Rüstow para que fuera el primer tomo de una colección que quería editar titulada *Biblioteca Militar Española*, con la idea de vender cada libro al precio módico de 12 reales y la revista gratis a todos los suscritores. Pero aquel mismo año fue destinado a Cataluña a las órdenes del general don Juan Contreras ([36]), por lo que tuvo que abandonar su colaboración en el Ateneo Militar y su proyecto editorial.

Proclamada la Primera República (11 de febrero de 1873), el capitán López Carrafa se convirtió en uno de tantos militares que por su trayectoria más o menos liberal se verían recompensados con una carrera de ascensos meteórica. Tal situación creó una indignación general en el ámbito castrense y el deseo de que todas las hojas de servicio fueran revisadas. Los militares conservadores porque se veían postergados por otros cuyo único mérito era servir a la causa liberal; y los liberales, porque no se veían lo bastante recompensados, tal como le había ocurrido al propio López Carrafa en el año 1868. Precisamente la gran desunión existente en el Ejército y en la Armada fue uno de los motivos que había animado la fundación del Ateneo Militar.

Así pues, unos días después de instaurarse la República, la fortuna sonrió al capitán López Contreras al ascender directamente a teniente coronel a propuesta del general Contreras. Además, por si fuera poco, el presidente don Estanislao Figueras le nombró oficial primero de la Secretaría del Ministerio de la Guerra; y desempeñando dicho cargo, muy poco después colaboró con su gran amigo Estévanez, entonces gobernador civil de Madrid, en la neutralización de un intento

---

[35] El *Boletín militar y naval* era una revista trimestral de noticias literarias, profesionales y oficiales.

[36] El general don Juan Contreras y Martínez fue un excelente militar. Siendo capitán se distinguió en la batalla de Alcolea (1868) y luego, como coronel, en la batalla de Treviño (1875).

revolucionario producido en la cercanía de la plaza de toros (27 de febrero de 1873). Por dicha acción fue recompensado con el empleo de coronel.

Habían pasado sólo cuatro meses desde que Prim había ratificado su ascenso a capitán y ya era coronel; y además, desempeñaba un cargo de responsabilidad en el Ministerio de la Guerra. Pero su carrera meteórica no terminó ahí, pues su amigo Estévanez recibió la cartera de dicho Ministerio y le nombró Secretario General, logrando con dicho cargo su tan ansiado ascenso a comandante con fecha de 3 de diciembre de 1868, tal como consta en su hoja de servicios que se conserva en el Archivo General Militar de Segovia.

Cuando Estévanez convocó la Comisión de Reorganización del Ejército para el estudio de las reformas militares, López Carrafa colaboró en la misma; pero ni su alto cargo ni tampoco su nuevo cometido le hicieron olvidar a su querido Ateneo Militar, al que favoreció cuanto pudo y recompensó a todos cuantos convirtieron la idea de su fundación en una realidad. Aunque, por desgracia, su importante apoyo duró muy poco al dimitir en julio de 1873, quedando de reemplazo hasta su temprana muerte en el año 1879.

La aportación organizativa de don Eduardo López Carrafa al Ateneo Militar fue enorme y mucho más que como intelectual, que lo fue. Pero sobre todo quisiéramos destacar su espíritu ateneísta, ya que aun siendo un hombre fiel y entregado por entero al Partido Republicano, siempre aceptó con agrado el carácter apolítico del Ateneo Militar y el que primara la instrucción profesional castrense entre sus miembros.

Luis Vidart y Schuch

Si don Eduardo López Carrafa puede considerarse como el gran organizador del Ateneo Militar, el artillero don Luis Vidart Schuch fue el ideólogo por excelencia y por ello ocupa un lugar importante en su historia. Además, desarrolló una impresionante actividad intelectual al margen de su carrera castrense, que fue corta y poco brillante.

Por otra parte, si un militar intelectual es aquel que se considera militar por encima de todo y su calidad intelectual queda refrendada por las necesidades de su

profesión, Vidart es un buen ejemplo del intelectual militar, que es aquel militar profesional cuyas orientaciones son esencialmente académicas y no castrenses, pudiendo incluso abandonar la milicia por la docencia universitaria.

Siendo cadete del Colegio de Artillería, demostró tener inquietudes intelectuales (1849-1853), como años después López Carrafa en el Colegio de Infantería. En aquellos años, el Colegio de Artillería tenía como órgano oficial al diario *El Fotogénico*, en el que Vidart escribió sus primeros artículos y colaboró junto a don José Navarrete y don Serafín Olave ([37]).

Participó en el pronunciamiento de Vicálvaro (30 de julio de 1854) - *La Vicalvarada* -, donde logró su ascenso a capitán. Dos años después, durante la revolución de 1856 protagonizada por la milicia de Madrid y que puso término al Bienio Progresista del Ministerio del general Espartero, duque de la Victoria (19 de julio de 1854/14 de julio de 1856), se unió a la guarnición de Madrid, que estaba al mando de los generales O´Donnell, Serrano y Concha.

Vidart, arrastrado por el entusiasmo que sentía por la filosofía alemana, publicó un folleto titulado *El panteísmo germano-francés* (1864). Luego, abandonó el servicio militar activo en situación de supernumerario (junio 1865/abril 1871) trabajando en la Compañía de Ferrocarriles del Mediodía, mientras se dedicaba a formarse intelectualmente y a publicar. Aunque se reincorporó al Ejército en dos momentos excepcionales: cuando Prim intentó destronar a la reina doña Isabel II (22 de junio de 1866), lo que le llevó a unirse de inmediato a las tropas gubernamentales de la guarnición de Madrid ([38]); y durante los cuatro meses en los que viajó en comisión

---

[37] Años después Navarrete será un brillante diputado republicano y Olave pasará al Arma de Infantería.

[38] El general don Juan Prim y Prats, huido y condenado a muerte tras su último pronunciamiento en Villarejo de Salvanés, se encargó desde el exilio de la organización militar del movimiento revolucionario. Los partidarios de derrocar a la Corona designaron a don Ricardo Muñoz como responsable de agitar a los barrios obreros y pobres de Madrid, para acompañar el golpe con una reacción popular (Sagasta estaba entre los civiles). Se fijó la fecha para la sublevación (26-06-1866), nombrándose al mando de la misma a los generales don Blas Pierrad y don Juan Contreras, mientras Prim entraba por la frontera francesa para hacer una proclama en Guipúzcoa. La primera unidad que tenía que sublevarse era el Cuartel de Artillería de San Gil (situado en Madrid, en la actual Plaza de España), que junto a unidades de Infantería debía tomar el Palacio Real y secuestrar a la Reina. Como el gobierno del general O´Donnell estaba informado de ciertos movimientos militares en el Cuartel de San Gil, sus tropas se sublevaron al mando del capitán don Baltasar Hidalgo de Quintana

de servicios por Francia y Alemania, para informar sobre la guerra franco-prusiana (1870-1871).

En su condición de supernumerario y por tanto ajeno al servicio militar activo, Vidart pudo conocer a fondo el movimiento intelectual alemán que don Julián Sánz del Río había introducido en España a través del krausismo ([39]) y que se desarrolló durante los años 1854-1868. Tal fue así que asistió puntualmente a todas las clases de don Francisco Giner de los Ríos ([40]), quien le aceptó como discípulo y le distinguió con su amistad. Allí, en la Universidad Central, pudo rodearse de toda una pléyade de condiscípulos ilustres: don Gumersindo de Azcárate, don Augusto González de Linares, don Federico de Castro, don Manuel Sales y Ferré, don Nicolás Salmerón, don Fernando de Castro y otros.

Gracias a Vidart y sus compañeros, el krausismo tuvo una enorme influencia en el Ateneo Militar en tres aspectos muy importantes:

1. Si el krausismo tuvo en España un fuerte carácter de regeneración moral, se puso un especial empeño de forma análoga en que el Ateneo Militar fuera esencialmente regeneracionista para el Ejército.

2. Según Vidart, la lucha del krausismo por la libertad se empleó en el Ateneo Militar ([41]) contra un amplio sector de militares: los que se aprovechaban de las armas para sus ambiciones personales; los contrarios a la Ciencia y defensores de la idea de que la ignorancia y la milicia deberían marchar siempre juntas; los militares que hacían gala de su ignorancia; y los que seguían el modelo de “líder

---

cuatro días antes de la fecha acordada (22-06-1866). La Revolución fue aplastada. Entre sargentos y soldados del San Gil, 66 militares fueron fusilados.

[39] Don Julián Sanz del Río (Torrearévalo, 1814 - Madrid, 1869). Filósofo introductor del krausismo en España. Catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Central, fue expedientado en 1865 y repuesto en 1868. Entre otras obras destacamos dos: *Lecciones sobre el sistema de filosofía analítica de K. Ch. F. Krause* y *El ideal de la Humanidad para la vida*.

[40] Don Francisco Giner de los Ríos (Ronda, 1839 - Madrid, 1915). Pedagogo, discípulo del filósofo Sanz del Río y continuador del krausismo, fundó la Institución Libre de Enseñanza (I.L.E.). Escribió diversas obras sobre temas jurídicos, pedagógicos y filosóficos.

[41] VIDART, Luis: *Discurso pronunciado en el segundo aniversario de la fundación del Ateneo de Madrid.* Madrid, 1873.

heroico” menospreciando al militar organizador o “tecnólogo” y acusando de antimilitar al estudioso.

3. El movimiento krausista puso de moda la afición por asociarse para adquirir formación intelectual, lo cual promovió y desarrolló Vidart en el Ateneo Militar y posteriormente lo hará el Centro del Ejército y la Armada.

Siendo Vidart supernumerario, publicó *La filosofía española* (Madrid, 1866), una obra clásica en su especialidad. Al año siguiente ingresó en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla (22 de marzo de 1867) y lo hizo de la mano de su camarada y buen amigo don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, capitán de Artillería ([42]). Vidart quedó muy impresionado por el funcionamiento de tan prestigiosa academia, en la sus miembros presentaban memorias que leían y discutían; como también por sus concursos públicos, sus excelentes publicaciones y su magnífica biblioteca. Pero Vidart brillaría muchísimo más en el Ateneo Científico y Literario de Madrid ([43]), y en el Ateneo Militar.

Según don Rafael María Labra, principal biógrafo del Ateneo de Madrid, en 1864 había 2.678 ateneístas y si en el año 1879 se pasó a 4.290 fue por la afiliación de muchos militares y marinos. Por ello, Vidart estuvo rodeado de compañeros militares que compartían con él sus inquietudes intelectuales; colaboró con sus amigos krausistas en muchas actividades; y formó parte del claustro de profesores que iniciaron las cátedras del Ateneo tras la revolución de 1868, junto a su maestro Giner de los Ríos, González Linares, Silvela, Fabie, Moret y muchos otros.

En el año 1871 abandonó la docencia en el Ateneo de Madrid por varios motivos: en abril se reincorporó al servicio activo en el Ejército; el 14 de mayo entró en la I Junta

---

[42] Por deferencia, la solemne recepción en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla fue presidida por el Capitán General.

[43] Ignoramos cuándo ingresó como socio en el Ateneo de Madrid, pero al menos sabemos varias cosas: que era socio en la etapa más liberal progresista de tan prestigiosa institución (1859-1865); que en 1866 era el socio más antiguo en 1866 y desempeñaba el cargo de Secretario de la Sección de Ciencias Morales y Políticas; y que seguía siendo socio en 1867, cuando el Ministerio del general Narváez (10-07-1866/23-04-1868) ejerció la mayor represión que había sufrido dicha institución a lo largo de su historia.

Directiva del Ateneo Militar, como García Carrafa; y al año siguiente dejó de nuevo el servicio activo militar, aunque esta vez por haber recibido acta de diputado por los distritos de Balmaseda (Vizcaya) y Albocacer (Castellón).

A partir de sus iniciales planteamientos filosóficos, Vidart sintió un gran interés por todo relacionado con el hombre y su obra, lo que le llevó con frecuencia a escribir biografías de militares insignes para neutralizar el tópico que existía sobre la escasa cultura de los militares. Precisamente en 1871 publicó *Letras, armas y otros varios* (Madrid, 1871), una de sus mejores obras y que constituye una magnífica recopilación de biografías de escritores militares. Y años después escribirá la biografía de don Francisco Villamartín (Madrid, 1877) y la de don Vicente de los Ríos (Madrid, 1889).

En el año 1873, Vidart recibió el empleo de teniente coronel de Caballería por sus méritos y estudios científico-militares y dos de sus obras: *Ejército permanente* y el mencionado *Letras, armas y otros varios*. Es decir, fue recompensado por su brillante trayectoria como intelectual militar.

Se incorporó a la docencia del Ateneo de Madrid en el curso 1873-1874 con el tema "La ciencia de la guerra en relación con el estado actual de las demás ciencias"; y luego disertaría sobre otros temas en cursos sucesivos: "Estudios sobre la ciencia militar" (1874-1875) ([44]), "Introducción al estudio de la historia militar en España" (1875-1876) ([45]) y "Organización del Ejército alemán, en el curso 1877-1878".

En 1874 desapareció el Ateneo Militar y Vidal aquel mismo año contrajo matrimonio con la hija de un rico aristócrata, decidiendo entonces poner fin a su corta carrera militar como oficial retirado del servicio activo con el empleo de teniente coronel de Caballería y comandante de Artillería, para dedicarse en cuerpo y alma al Ateneo Científico y Literario de Madrid.

---

[44] Vidart cultivó, fomentó y escribió sobre Historia Militar en su anterior etapa del Ateneo Militar.

[45] A finales de 1875 y durante 1876, el Ateneo de Madrid pasó una crisis tan profunda que casi estuvo a punto de desaparecer; pero la institución logró salvarse gracias a los esfuerzos de Amador de los Ríos, Moreno Nieto, Shaw, Vicuña, Vidart y otros.

Integrado de pleno en el movimiento krausista, Vidart siguió a sus amigos Giner de los Ríos y Azcárate en la fundación de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), de la que fue uno de los primeros accionistas como también lo fueron los generales de la Gándara y Pieltain. Pero conviene destacar que su participación en la ILE fue la causa principal por la que dicha institución mantuvo excelentes relaciones con los dos centros culturales militares en cuya fundación intervino: el Ateneo Militar y su sucesor el Centro del Ejército y de la Armada.

Don Luis Vidart y don Marcelino Menéndez Pelayo mantuvieron una relación muy cordial y de sincera amistad, lo que no impidió que ambos, junto con don Gumersindo de Azcárate, mantuvieran una correspondencia en la que polemizaron sobre la Ciencia: Azcárate y Vidart como defensores del krausismo y Menéndez Pelayo como enemigo.

En el año 1894, Vidart ingresó en la Real Academia de la Historia y su discurso de ingreso se tituló “La utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la historia de España”, que fue contestado por el marino y célebre historiador y tratadista naval don Cesáreo Fernández Duro. Además, con su entrada en tan señera institución académica, se propuso fomentar el interés por la historia militar.

Como quedó antes reseñado, el artillero Vidart fue un intelectual militar y no un militar intelectual. Pero tal condición no fue óbice para que mantuviera su compromiso con las Fuerzas Armadas durante toda su vida, como sus propios hechos lo demuestran:

1. Fue autor de cientos de artículos de prensa, libros de ensayo, folletos y numerosas conferencias sobre temas militares.

2. Al igual que la gran mayoría de los diputados militares, sus principales intervenciones en el Parlamento fueron sobre asuntos castrenses.

3. Influyó sobre los militares de su época, a través de su labor docente en el Ateneo Militar y después en el Centro del Ejército y la Armada.

Uno de los asuntos militares que más le preocupó fue el problema de las quintas, que pese a que los revolucionarios del 68 habían prometido su abolición, la situación política de España no lo permitía en absoluto. Si los políticos del Partido Radical

propusieron la creación de un Ejército formado sólo por voluntarios, él en su libro *Ejército permanente y armamento nacional* (Madrid, 1871) abogó por un modelo mixto en el que los voluntarios profesionales, en caso de necesidad, se complementaran con una reserva bien organizada e instruida.

La figura de Vidart es inmensa y en muchos aspectos se adelantó a su época. Por ejemplo, en *Ejército permanente y armamento nacional* defendió el reconocimiento de la objeción de conciencia para todo aquel que tuviera una verdadera vocación pacifista, que debería ser debidamente probada y sometida a disposiciones legislativas.

Otra idea moderna que Vidart defendió y que nos parece muy importante es la del carácter apolítico que debía tener el Ejército, pese a defenderla tal desde su escaño del Congreso; y el que las dos instituciones culturales militares a las que perteneció y colaboró en su fundación (el Ateneo Militar y el Centro del Ejército y la Armada) fueran también apolíticas y abiertas a la cooperación entre militares y civiles, lo cual es un claro antecedente del actual Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN). Además, siguiendo la tradición de los militares de talante liberal, mantuvo que el Ejército no debería dejarse arrastrar por carlistas, alfonsinos y republicanos, puesto que su obligación consistía en apoyar la legalidad vigente, mantener la subordinación y disciplina y probar que las tropas buenas no eran las del absolutismo y que “las bayonetas están más limpias al sol de la libertad”. Al igual que intentó que los militares confiaran en Amadeo I de Saboya y en el general Serrano.

Vidart reflexionó mucho sobre la ciencia de la guerra ([46]) y en muchos de sus escritos intentó que la Sociedad Civil diera a los estudios militares el tratamiento de

---

[46] En su obra *“Las reformas militares”*, Vidart abordó el concepto disuasorio de la fuerza al plantear que la ciencia de la guerra se divide en dos partes bien diferenciadas: la que persigue evitar la guerra mediante la organización de los Ejércitos, para defender el orden en el interior y mantener el respeto en el exterior; y la que tiene por objeto vencer en la guerra cuando es inevitable.

ciencia ([47]). Para él, la ciencia de la guerra podría tener las cuatro divisiones siguientes:

1. La Filosofía de la guerra.

2. La política de la guerra.

3. La teoría del arte de la guerra, que comprende los estudios sobre estrategia, táctica, logística y otros conceptos.

4. La historia de la guerra, que trata de la guerra como hecho transitorio dentro de las condiciones generales del tiempo y del espacio ([48]).

Por último, sólo añadir que don Luis Vidart fue uno de los principales referentes del movimiento intelectual castrense que animó al Ateneo Militar, al Ateneo de Madrid y al Centro del Ejército y la Armada. Además, su fuerte personalidad le convirtió en un hombre polémico entre sus colegas militares y muy dado a las controversias. Falleció el 9 de septiembre de 1897 y sus compañeros del Arma de Artillería le dedicaron un recuerdo entrañable en el *Memorial de Artillería* (edición de 1897):

> "Estas líneas bastan para desvirtuar algunas aseveraciones necrológicas en que se traslucen conatos de poner en pugna las ideas del finado con las del Cuerpo de Artillería y con otras de un orden más elevado.
>
> Nosotros vimos y todo el mundo pudo ver en ambos actos fúnebres (*se refiere al entierro y al funeral*) figurar muy ostensiblemente el ros de Artillería, cuyo uniforme le sirvió de mortaja por mandato expreso."

Arturo Cotarelo y Valenzuela

Don Arturo Cotarelo, capitán del Cuerpo de Inválidos, participó desde el principio en la constitución del Ateneo Militar, pues perteneció a la llamada "Comisión iniciadora" y luego estuvo en la I Junta General del Ateneo Militar, presidida por el marqués del

---

[47] Obsesionado por la Ciencia Militar, Vidart escribió una carta a Menéndez Pelayo (30-06-1879) rogándole que incluyera la Ciencia Militar en el grupo de las Ciencias Morales y Políticas.

[48] *Revista del Ateneo Militar*. T. I, 1872, p. 159.

Duero y que se reunió por vez primera el 14 de mayo de 1871. Cotarelo, ocupó en esta Junta el puesto de bibliotecario.

Siendo cadete participó en el movimiento literario del Colegio de Infantería (1856-1859) junto con su amigo íntimo don Eduardo López Carrafa; y como la mayoría de los tenientes de su época recibió su bautismo de fuego en la Campaña de Marruecos (1859-1861), distinguiéndose en las célebres batallas de Wad-Ras y Tetuán (1860). Pero combatiendo en Marruecos, algo le ocurrió que le produjo una fuerte sordera, por lo que unos años después se le recompensó con el ascenso a capitán y a la vez ingresó en el Cuerpo de Inválidos 31 de enero de 1867). Dentro de este Cuerpo llegaría a teniente coronel, graduado de coronel ([49]).

Su obra fue muy prolífera, mereciéndose destacar sus magníficos artículos de *El Correo Militar* ([50]), sus ensayos y sus traducciones de obras militares alemanas. Por otra parte, creemos también oportuno destacar que fue un germanófilo furibundo. Para él, el Ejército prusiano era perfecto en la carrera de las armas, de ideas elevadas e imbricado en el seno de la Sociedad Civil. Admirador de Guillermo II y defensor a ultranza del militarismo prusiano, creyó que la grandeza de Prusia se debía a que su Ejército no se imponía al país, sino que por el contrario constituía su brazo fuerte, se le exigían conocimientos profesionales y en él estaban todas las clases sociales sin excepción ([51]).

Cotarelo publicó una excelente biografía de Lazare Carnot (*Carnot*, Madrid, 1870) brillante militar y político francés (1753-1823) que fue miembro del Directorio y ministro de la Guerra de Napoleón. Poco después, en el año 1871, al fundarse el Ateneo Militar, apoyó con decisión la formación intelectual de los militares y obtuvo el reconocimiento a su labor formativa entre sus compañeros de armas. Años después, en 1878, el comandante Cotarelo envió tres de sus obras a la Junta Consultiva de Guerra para obtener el ascenso a teniente coronel, que en su

---

[49] Al inicio de la década de los 90, Cotarelo sufrió continuos y serios apuros económicos y acumuló numerosas deudas debido a su escaso sueldo y a su familia numerosa. Entre 1887 y 1892 tuvo retenciones en la paga por vía judicial y por la elevada cifra de 28.226 pesetas, correspondiente a cinco acreedores y con un interés de entre 2% y el 2,5%.

[50] Cotarelo fue redactor de *El Correo Militar* desde su fundación.

[51] *Revista de España*. T. XLIX, marzo-abril, 1876, p. 230.

dictamen se lo concedió en premio a su trabajo y a su esfuerzo en pro de la necesaria regeneración militar.

Apasionado de la historia militar, la consideró de una enorme utilidad y dio clases y conferencias para difundir su conocimiento en el Ateneo Militar, procurando además como bibliotecario que dicha institución dispusiera de un buen fondo de libros de dicha materia. En su obra *Academias de guerra* (Madrid, 1881) manifestó:

> "Una clase de historia militar, bien dirigida, tiene tanta importancia como atractivo, y ayuda de un modo poderosos al desarrollo de las facultades intelectuales."

Dos años después, publicó *Bocetos militares* (Madrid, 1883), su último libro.

Además de las obras reseñadas, Cotarelo publicó un número ingente de artículos sobre la profesión castrense y temas de actualidad en *El Correo Militar.* Pero su labor de divulgación como traductor de obras francesas y alemanas quizás sea su mayor mérito. Sobre todo, dos obras colosales: *Historia de la campaña de 1815. Ligny. Waterloo*, de Vaulabelle, en 1869; y *Sistema del ataque de la infantería prusiana durante la última guerra*, del duque Guillermo de Wurtemberg, en el año 1874.

Francisco Villamartín

Don Francisco Villamartín fue otro de los fundadores del Ateneo Militar, pues también estuvo en las primeras discusiones que mantuvo el grupo inicial y en la primera reunión que acordó la Comisión que elaboraría el primer reglamento y los estatutos; pero aunque resultó elegido para formar parte de ella, se excusó por sus numerosas ocupaciones. Pese a todo, continuó asistiendo a las posteriores reuniones fundacionales.

Su participación en la fundación del Ateneo Militar resultó decisiva por su enorme prestigio. Para los militares intelectuales españoles, Villamartín no sólo era el mejor tratadista militar español, sino que estaba a la altura de los mejores pensadores militares extranjeros, siendo con todo merecimiento su obra *Nociones del arte militar* (Madrid, 1862) muy comentada y con grandes elogios en todos los ambientes cultos

del Ejército. Otras obras suyas fueron: *Napoleón III y la Academia de las Ciencias* (Madrid, 1864) e *Historia de la Orden Militar de San Fernando* (Madrid, 1865).

Pero lo cierto es que Villamartín, muy decepcionado de la profesión castrense, por la que tanto había luchado y tanto sinsabor le había ocasionado, no llegaría a colaborar con el Ateneo Militar porque falleció un año después de su fundación.

No vamos a tratar aquí con detalle su vida y su obra, que son bien conocidas, tan sólo veremos someramente su relación con el Ateneo Militar por su ascendencia sobre los protagonistas de su fundación.

La trayectoria profesional de Villamartín como militar vino marcada por su destino de ayudante del general don Manuel Pavía y Lacy, marqués de Novaliches. Pese a sus ideas avanzadas, se distinguió combatiendo junto a su general y las tropas gubernamentales en la pequeña batalla de Alcolea (1868). Aunque Novaliches le ascendió en el mismo campo de batalla, al vencer el general Serrano no reconoció por tanto su ascenso y quedó de reemplazo con el empleo de comandante. Luego, sin destino, con media paga, muy endeudado por la mala venta de sus obras y la escasa ayuda que le brindó el Gobierno, su profundo resentimiento agravado por la pérdida de su única hija le hizo abandonar su relativismo político para pasarse al republicanismo en sus artículos del diario *La Discusión* (1870) y malvivió hasta su muerte (16 de julio de 1872) ([52]).

A través del pensamiento y la obra de Villamartín podemos comprobar cómo le dio rango de ciencia a sus estudios militares, al realizarlos con una visión que estaba más allá del ámbito castrense. En *Nociones del arte militar* (su principal obra), aclara que su objetivo fue hacer un estudio de las relaciones del arte militar con la política y las ciencias; y explica que no puede analizarse una guerra como si se tratara de un hecho fortuito, sino de forma interdisciplinar y siendo concebida como el resultado de

---

[52] Unos días después del fallecimiento de Villamartín, el Ateneo Militar le dedicó un emotivo homenaje y el joven teniente don Federico de Madariaga pronunció un emotivo panegírico. El Centro del Ejército y la Armada le homenajeó en 1888, con motivo del 40º aniversario de su muerte; y también en 1926 recibió en Madrid un gran homenaje, presidido por Alfonso XIII, que contó con la participación del Centro del Ejército y la Armada en la persona del ya entonces general don Federico de Madariaga.

numerosos factores como la educación, la política, la economía, las ciencias, etc. Precisamente, tal pensamiento interdisciplinar hizo que los fundadores del Ateneo Militar abrieran sus cátedras a los profesores universitarios y a los intelectuales civiles, para que unieran sus estudios, investigaciones y reflexiones a las de los militares, y se incorporaran los estudios militares a otras disciplinas. Esta concepción de la necesidad de estudiar el arte de la guerra y la defensa de forma interdisciplinar es algo análogo a lo que hizo don Luis Vidart al explicar ciencia militar en el Ateneo Científico y Literario de Madrid; como también es un claro antecedente del CESEDEN.

Villamartín dedicó *Nociones del arte militar* al general don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, al que explica su pretensión de hacer:

> "Un curso completo de arte militar, pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con la presencia de las cualidades físicas y morales de nuestro soldado, el carácter general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad."

Algunas otras figuras señeras del Ateneo Militar

En la primavera del año 1871, el antes mencionado capitán don Nicolás Estévanez participó con sus amigos López Carrafa y Villamartín en las discusiones previas a la fundación del Ateneo Militar; aunque sin sospechar que dos años después sería ministro de la Guerra. De espíritu rebelde y muy duro en sus protestas contra la arbitrariedad crónica de la burocracia y el caciquismo, muchos años después será quien traerá desde París la bomba que el anarquista Mateo Morral lanzará el 31 de mayo de 1906 en la calle Mayor de Madrid a la comitiva regia nupcial.

El general don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, fue uno de los socios fundadores del Ateneo Militar y el presidente de su I Junta Directiva. Su elección se debió a que se creyó que dicho cargo tendría que corresponder al mejor tratadista militar del momento, que eran Villamartín y él; pero Concha le aventajaba en prestigio y debió asimismo pesar su mayor experiencia en la gestión de una institución cultural militar, al haber presidido antes el Casino de Barcelona como vimos. Prueba de su amor profundo al Ateneo Militar fue su donación de 1.000

reales y un porcentaje de dos de sus obras: *Táctica de Caballería* y *Táctica de División*. Pese a ser uno de los mayores defensores de las Instituciones liberales, en 1874 colaboró con don Antonio Cánovas del Castillo en la Restauración; y tal circunstancia fue recordada aquel mismo año por el general Serrano, al disponer los honores de su muerte.

El almirante don Juan Bautista Topete y Carballo, uno de los mejores marinos de su época, se había distinguido en la guerra de España contra Chile y Perú, participando en los bombardeos de Valparaíso y El Callao (1866) a las órdenes del almirante don Casto Méndez Núñez. Hombre de *La Gloriosa* (1868) ([53]), fue nombrado vicepresidente del Ateneo Militar en un claro intento de atraer a los marinos a la institución, ya que éstos, debido a su escaso número en Madrid, siempre recelaban a integrarse con los militares de Tierra por su fundado temor a perder su identidad propia. Aunque en el Ateneo siempre hubo pocos marinos, Topete no fue el único que hubo en la Junta Directiva del Ateneo Militar, ya que entre otros marinos ilustres estuvo el intendente don Ignacio Negrín y también el entonces capitán de fragata don Cesáreo Fernández Duro, uno de los tratadistas más prolíferos e importantes de nuestra Armada.

Otro ateneísta ilustre fue el coronel de Infantería don Antonio Vallecillo y Luján, quien estuvo al frente de la mesa de edad que presidió todas las sesiones preparatorias para la fundación del Ateneo Militar. Hombre culto y de un enorme prestigio en el ámbito castrense, fue el autor de su monumental obra titulada *Legislación militar de España antigua y moderna* ([54]); por lo que no es de extrañar que su apoyo a la institución estuviera en el campo legislativo militar.

El Ateneo Militar contó también con la valiosa colaboración de la prensa militar y, sobre todo, *El Correo Militar* con su director don Miguel A. Espina, miembros de su

---

[53] Topete luchó después contra los carlistas en la guerra civil. Fue Ministro de Marina y ascendió a Vicealmirante en 1881.

[54] *Legislación militar de España antigua y moderna* es una ingente recopilación legislativa que se remonta a *Las Siete Partidas* de Alfonso X *el Sabio*. Le fue encargada en 1853 por el general Lara, ministro de la Guerra, para llenar el vacío producido por el incendio de 1846 en el Archivo del Ministerio.

redacción y colaboradores como López Carrafa, Cotarelo y Pardo, entre otros; y tuvo a don Emilio Prieto, director de *El Memorial de Caballería.*

El capitán don Miguel A. Espina, siempre preocupado por la formación técnica del Ejército, promovió desde su periódico la edición de obras militares (españolas y extranjeras) y una recopilación legislativa militar en fascículos; y también publicó numerosos artículos de temas castrenses. Tenemos que destacar que el capitán Espina propuso en el Ateneo Militar la idea regeneracionista de que el Ejército contribuyera a la educación nacional, de forma que todo soldado instruyera a su propia familia, con el fin de que la instrucción parta del Pueblo hacia la Milicia y luego vuelva de ésta al Pueblo. Y tampoco podemos olvidar que su periódico fue precisamente el que tuvo el honor de publicar el manifiesto firmado por López Carrafa, para el proyecto de la fundación del Ateneo Militar ([55]).

Don Emilio Prieto, teniente de Caballería y periodista, fue ilustre miembro de la primera Junta Directiva del Ateneo Militar ([56]). En el año 1869 envió una instancia al general Serrano solicitándole su ascenso a capitán, en recompensa por sus servicios prestados a la revolución, adjuntando además el aval de los generales don Juan Contreras y don José Laguno; pero Serrano denegó por escrito su petición aduciendo que:

> "Sus servicios a la revolución no han pasado de deseos."

---

[55] El capitán Espina marchó al Ejército de Filipinas en 1884 y en el Casino de Manila puso en práctica sus experiencias del Ateneo Militar. Allí publicó varios libros y el principal de ellos fue *La civilización y la espada* (Manila, 1886). El capitán don Melchor Pardo, que asimismo fue miembro de la primera Junta Directiva del Ateneo Militar, le relevó en la dirección de *El Correo Militar* desde 1874 hasta 1892.

[56] Partidario del periodismo profesional, a lo largo de su vida fundó tres diarios: *Memoria de Caballería*, *La Correspondencia Militar* y *El Ideal*, los dos primeros militares y el último civil de tendencia liberal. De ellos tres, *La Correspondencia Militar* fue el más influyente durante más de treinta años y estuvo en todas las salas de banderas de los regimientos. Dichas salas eran las dependencias donde solían reunirse los jefes y oficiales cuando estaban libres de servicio.

Aun siendo de ideas avanzadas, tal negativa le radicalizará aún más, por lo que participará en la insurrección del general don Manuel Villacampa del Castillo (la última del siglo, 19 de septiembre de 1886), y marchará luego con Ruiz Zorrilla al exilio.

Objetivos del Ateneo Militar

Los miembros del Ateneo Militar se marcaron tres objetivos principales que a su vez estaban interrelacionados:

1. Promover la instrucción de los socios y de todos cuantos accedieran a los medios de comunicación del Ateneo Militar.

2. Procurar la unión fraternal de los miembros de la Milicia, excepto las clases (suboficiales y tropa), intentando evitar que existieran diferencias entre Ejércitos, Armas y Cuerpos, o las de tipo personal.

3. Neutralizar la politización de los militares.

Si Giner de los Ríos pretendía que el Ateneo Científico y Literario de Madrid fuera lo que llamaba “la gran universidad libre de España”, era por los males que aquejaban entonces la Universidad estatal y algo análogo debieron pensar los socios fundadores del Ateneo Militar respecto a la situación en que se hallaba el Ejército. Por ello no debe extrañarnos que don Luis Vidart, en el primer número de la *Revista del Ateneo Militar*, insistiera en que el Ateneo Militar tenía que seguir el modelo del Ateneo de Madrid ([57]); y también insistió en numerosas ocasiones que el Ateneo Militar tenía que ser un foro de discusión e intercambio de ideas, más que un “centro docente” en el sentido riguroso de la palabra.

Pero además, conviene también destacar que Vidart y todos sus compañeros ateneístas se impusieron la obligación regeneracionista de promover la instrucción del Ejército en un doble objetivo: la adaptación a las nuevas normas de la guerra moderna que Prusia había impuesto en toda Europa; y la búsqueda de una mayor integración social del militar.

---

[57] *Revista del Ateneo Militar*. 1872, T. I.

Como podemos comprobar, nuestro actual CESEDEN y el Ateneo de Madrid guardan muchas similitudes y analogías. Sin duda, nuestro CESEDEN constituye también un verdadero foro de encuentro y abierto a militares y civiles, en el que militares, profesionales, profesores universitarios y estudiantes de muy distinta procedencia, formación y condición, pueden expresarse, colaborar, estudiar, trabajar en equipos de forma interdisciplinar y compartir conocimientos y experiencias. Todo ello es muy importante, como también el que el Ateneo de Madrid tuviera un carácter estrictamente apolítico, ya que todo ello nos permite establecer que fue un claro antecedente del CESEDEN.

Formación profesional

En el discurso inaugural del Ateneo Militar, el general Manuel Gutiérrez de la Concha, propuso una teoría de la instrucción del militar basada en estos cuatro puntos:

1. La guerra franco-prusiana había demostrado sobradamente que la amplitud de los frentes plantea en todo momento serios problemas de comunicación con el mando superior; y también, que la toma de decisiones acertadas por iniciativa propia resulta de una relevancia enorme, justo cuando se producen cambios rápidos en los combates.

2. Para la toma de decisiones, los jefes y los oficiales deben poseer conocimientos suficientes de topografía, algo hasta entonces exclusivo del Cuerpo de Estado Mayor al encargarse del levantamiento de planos ([58]).

3. El estudio en los militares de todos los campos de conocimiento (incluido el de la historia militar) siempre levanta la moral, concreta la idea del deber y conduce a la más absoluta abnegación.

---

[58] Según el mariscal Bugeaud, Francia había perdido muchas batallas por el desconocimiento del terreno.

4. Todas las clases sociales (el científico, el industrial, el comerciante, el jornalero, etc.) tienen que estar integradas en el Ejército, sin distinción alguna. Todas ellas deben permanecer estrechamente unidas en el honor de servir a la Patria.

En definitiva, el marqués del Duero abogaba por una oficialidad muy instruida y capaz de demostrar su superioridad moral; y también por la completa desaparición del llamado "ejército aristocrático", caracterizado por la diferencia abismal existente entre los mandos y la tropa ([59]).

El carácter apolítico del Ateneo Militar no pudo evitar la polémica sobre la revisión de las hojas de servicio y sus efectos en el mismo

En cuanto al logro de una mayor integración social del militar, se quiso que el Ejército y el Pueblo estuvieran completamente identificados con intereses comunes. Para los iniciadores del Ateneo Militar la instrucción sería un elemento de integración social y, por tanto, un claro precedente de lo que hoy conocemos como *Cultura de Defensa*. Precisamente, la aplicación de los métodos científicos al arte de la guerra, aliando las Armas con las Ciencias, constituía una forma eficaz de integración social como se había hecho con éxito en Alemania.

El ilustre general don Federico de Madariaga, siendo entonces un joven teniente, resultó elegido para pronunciar el discurso conmemorativo del primer aniversario del Ateneo de Madrid ante Amadeo I de Saboya. En aquella memorable noche del 23 de abril de 1872, defendió que resultaba necesario el reconocimiento público de la ciencia militar, para así poder demostrar, entre otras cosas, la necesidad de que existieran ejércitos permanentes frente a quienes querían sustituirlos por milicias provinciales.

Baste recordar que en aquella época se habían producido movimientos anarquistas en Europa y existía la polémica general sobre la necesidad de que hubiera o no

---

[59] En lo que respecta a la función educadora del Ejército, Manso de Zúñiga publicó años antes su famoso artículo "Educación intelectual que debe de darse al Ejército" (1860), en el que propuso crear una escuela permanente de instrucción y civilización para dar clases a quienes tienen menos recursos económicos.

ejércitos, tal como si el pacifismo fuera incompatible con la Defensa Nacional. Tal planteamiento, que se repetiría en el siglo XX en los países occidentales durante la época de la guerra fría, hizo que los ateneístas militares creyeran necesaria la presencia de intelectuales civiles que colaboraran en las actividades de las cátedras del Ateneo Militar. Pero si bien sólo fueron muy pocos los que colaboraron, esta feliz iniciativa tendrá un gran éxito nueve años después en el Centro del Ejército y de la Armada, su sucesor. Se trataba de un problema de información y especialmente de comunicación en las relaciones Ejército-sociedad civil que había que superar, como supo explicarlo en 1872 don Manuel Becerra, ilustre ateneísta militar, en su artículo "Organización de la fuerza armada, en sus relaciones con la civilización" ([60]).

Pero si el Ateneo Militar como Institución perseguía la interrelación entre el Ejército y la Sociedad Civil, otro de sus objetivos consistía en contribuir a la superación de la división existente entre los militares por dos problemas:

1. La politización existe entre los propios militares.

2. El favoritismo y la injusticia en la concesión de recompensas y ascensos.

El Ateneo Militar nació en unos momentos muy críticos para el Ejército debido a su creciente división interna. Por una parte se debía a que los programas de los distintos políticos suscitaban simpatías y rechazos por parte de los militares; y por otra parte, esta división también la generaban las diferencias que había entre las Armas Generales y Cuerpos Facultativos. Desde los tiempos de la guerra de la Independencia, la politización existente en el Ejército ya era un mal endémico y muy generalizado; al punto de que el general Fernández de Córdova, ministro de la Guerra, se vio obligado a ordenar la separación del servicio a todos los militares que se habían negado a reconocer la Constitución y la dinastía que había sido votada por las Cortes Constituyentes.

Sin embargo, en los años 1871 y 1872 lo que más preocupaba y dividía a los militares era la concesión de recompensas y ascensos injustificados, como forma de pago de lealtades y favores. La situación era tan escandalosa que el 13 de julio de

---

[60] *Revista del Ateneo*. T. I, 1982.

1871, el general Contreras interpeló al general Serrano, presidente del Consejo de Ministros, para que justificase los 129 ascensos concedidos desde el mes de noviembre del año anterior hasta entonces. A lo que el duque de la Torre replicó que el estado turbulento que se había vivido, provocado por las continuas revoluciones, no había permitido la concesión de recompensas y ascensos de forma justa e imparcial para todos.

Aquel malestar generó un movimiento de militares empeñados en la necesaria y urgente revisión de las hojas de servicios; y además, el influyente diario *El Correo Militar* abrió una consulta sobre tan espinoso asunto y recibió unas 7.000 firmas de jefes y oficiales que solicitaron tal revisión.

Aunque el Ateneo Militar como institución tenía un carácter apolítico, el problema suscitado por la concesión de recompensas y ascensos, que tanto dividía a los militares, tuvo por fuerza que ser tratado. Así, don Luis Vidart, en su discurso con motivo de la celebración del segundo aniversario de su fundación, manifestó de forma acusatoria:

> “Los ascensos en la milicia española sólo se consiguen en las antesalas donde se adula a los poderes llamados conservadores, o en los clubs donde se adula igualmente a los poderes llamados revolucionarios, de todos modos por medios injustos y bajamente indecorosos.”

La formidable polémica que suscitó en el seno del Ateneo Militar la revisión de las hojas de servicio tuvo efectos muy negativos para la institución, ya que dicho incidente dividió a sus socios y originó fuertes ataques de la prensa civil.

La Junta de Gobierno del Ateneo Militar, presidida por el general Serrano, se vio forzada a intervenir mediante la programación de conferencias que recogieran los criterios de los socios. Así, el capitán don Eduardo López Carrafa defendió con ardor la necesaria revisión de las hojas de servicio el 29 de agosto de 1872, lo que provocó que numerosas voces se alzaran contra el Ateneo Militar acusándolo de ser un centro politizado, contrario a la unión de los militares y fomentador de la indisciplina castrense. Pero como era de esperar, López Carrafa fue duramente contestado el 5 de septiembre por el coronel de Caballería don Fernando de Sotomayor.

Finalmente, la Junta de Gobierno emitió un comunicado defendiendo el derecho de expresión de sus socios e hizo especial hincapié en que la opinión sobre la revisión de las hojas de servicio era un asunto personal de cada socio y no a nivel institucional. Pero tal comunicado no fue suficiente para poner término a una grave crisis que supondría el principio del fin del Ateneo Militar.

El desencadenante fue el 30 de agosto, al día siguiente de la conferencia de López Carrafa, por la carta que el general don Rafael Primo de Rivera envió al general Serrano, presidente del Ateneo, en la que solicitó su baja como socio por varios motivos: todo aquel asunto destruía la disciplina castrense; también dividía al Ejército; y no sólo desprestigiaba a los gobiernos habidos, sino también a todos los generales en jefe y comandantes de tropa que habían hecho propuestas de recompensas y ascensos por acciones de guerra; y había sido utilizado por la Prensa como arma de partido político, tomando parte el Ateneo Militar en la polémica y no quedando al margen.

El duque de la Torre respondió por carta al general aceptando su baja, aunque insistiendo en que la responsabilidad era sólo de los conferenciantes y no institucional. Y en cuanto a López Carrafa, al verse aludido, escribió una carta a Primo de Rivera contestándole lo que consideraba inexactitudes y la publicó en el diario *El Imparcial* (7 de septiembre de 1872).

Los miembros fundadores del Ateneo Militar siempre quisieron que dicha institución fuera apolítica y fomentaron la formación intelectual con el propósito de que los militares suavizaran sus ideas, no intervinieran en la política y que estuvieran centrados en lo profesional.

El artículo primero del Estatuto provisional del Ateneo Militar decía:

> “El Ateneo es una sociedad científico-militar, cuyo objetivo único y exclusivo es la adquisición, aumento y propaganda de todos los conocimientos que se relacionan con la profesión de las armas: en su consecuencia, es ajeno a su instituto todo acto que tenga tendencia política o religiosa.”

Pero una vez aprobado este artículo, no se hizo referencia alguna a que el Ateneo Militar fuera o no ajeno a los asuntos políticos y religiosos.

Según don Pablo González-Pola de La Granja, que es el mejor conocedor del Ateneo Militar, el cambio realizado en dicho artículo primero del Estatuto debió ser uno de los temas más discutidos. Tuvo que serlo y él mismo nos dice que el general J. Guillén Buzaran, cartagenero de ideas políticas muy conservadoras y miembro de la Academia Sevillana de las Buenas Letras, publicó un artículo en la *Revista de España* titulado "El Ateneo del Ejército y de la Armada" (17 de septiembre de 1871) ([61]) en el que manifestó que el artículo primero del Reglamento provisional era improcedente e impracticable, pues vedaba las discusiones políticas y religiosas en la institución, a no ser que se quisiera convertir el Ateneo Militar en una academia oficial y esencialmente didáctica.

En realidad, como lo explica muy bien González-Pola, Guillén Buzaran pretendía instrumentalizar políticamente el Ateneo Militar y por eso escogió el tema de las recompensas y ascensos precipitados e injustos. Como militar muy conservador, para él la revolución de *La Gloriosa* del 68 era la gran responsable de la desastrosa situación política en aquellos tres años que habían pasado, como asimismo de la desmoralización del Ejército. Por tanto, resultaba necesario para el Ejército el afrontar la situación y la revisión de las hojas de servicio, para así denunciar los abusos políticos, las corruptelas, el nepotismo y demás irregularidades e injusticias que se habían cometido y que tanto habían afectado al Ejército.

En definitiva, aunque el Ateneo Militar tuviera un carácter apolítico, según lo establecido en el artículo primero de su Estatuto, cualquier socio estaba en su derecho si trataba un tema o asunto militar para atacar o defender la situación política o al mismo gobierno de turno, responsabilizándose de forma personal. Pero esta libertad de expresión nada tenía que ver con la idea de convertir el Ateneo Militar en un movimiento de presión al gobierno de turno, tal como lo sí lo fue la Asociación Mutua del Ejército y la Armada.

Pese a su corta vida, desde 1871 hasta 1874, en el Ateneo Militar se hicieron grandes esfuerzos para que no cayera en el corporativismo reivindicativo. Por ello, en marzo de 1873, la Junta Directiva decidió potenciar la unidad de todos los

---

[61] *Revista de España*. T. XXII, 1871, p. 544. El artículo está firmado con fecha de 17-09-1871.

militares y la defensa de la legalidad vigente, pasando a un segundo plano lo relativo a la instrucción. Pero tales directrices no deben de extrañarnos si tenemos porque la indisciplina era entonces el mayor problema del Ejército en todos los frentes de la guerra carlista.

Funcionamiento y medios del Ateneo Militar

El Ateneo Militar ofreció los siguientes servicios:

Conferencias periódicas

Las conferencias fueron concebidas como enseñanzas públicas y gratuitas; y los conferenciantes, que recibían el tratamiento de "profesores" del Ateneo Militar, eran todos de reconocida capacidad y aptitud. Además, ser profesor de esta institución proporcionaba un enorme prestigio como intelectual y científico, no sólo en el ámbito castrense, sino también en la sociedad civil.

Al principio se programaron tres conferencias semanales, aunque luego se creyó oportuno que fueran dos. Por otra parte, muchas de las lecciones que se impartían en las cátedras eran ciclos de varias conferencias que se impartían en días diferentes y con una temática muy variada. Por ejemplo:

- Sobre historia militar: *"Adelantos de la Artillería desde su origen hasta nuestros días"*, impartida por el capitán artillero Verdes Montenegro.

- Sobre problemas militares de actualidad: *"Las causas de la actual decadencia de la caballería española"*, a cargo del comandante Maturana; o *"Ideas sobre leyes de ascensos en el Ejército"*, del capitán de Infantería don Melchor Pardo.

- Sobre las relaciones Ejército-sociedad civil: *"Instrucción del pueblo y del Ejército"*, pronunciada por el comandante García del Canto.

Todas las conferencias tuvieron una gran difusión, ya que no sólo fueron publicadas en la *Revista del Ateneo Militar*, sino también como folletos o separatas en la imprenta de *El Correo Militar* y en revistas técnicas como: *El Memorial de Artillería*, *El Memorial de Ingenieros*, la *Revista Técnica de Caballería* o la *Revista de Marina*.

Clases preparatorias de ingreso en las distintas academias militares

Estas clases preparatorias para el examen de ingreso en las distintas academias militares se impartían a los hijos, hermanos y huérfanos de militares socios para formar a futuras generaciones de militares. No obstante, también se admitía a todos los sargentos, cabos y soldados interesados en la carrera superior, cuyos jefes certificaran que su conducta era intachable.

Dichas clases eran gratuitas y dadas por socios voluntarios, comprendiendo las siguientes asignaturas: Aritmética, Geometría, Física y Química, Historia Universal y de España e Idiomas (francés, inglés y alemán). Sus resultados no pudieron ser mejores ([62]).

Concurso anual sobre temas propuestos

Sólo se convocó en 1873 con dos temas a elegir:

> "¿Qué conocimientos deben de reunir al ascender a oficiales los de las diversas armas e institutos del Ejército?" y "¿Qué organización más conveniente debe darse a los estudios militares dentro del espíritu de la libertad de enseñanza?."

Tertulias

Cada una de las tres secciones del Ateneo Militar ([63]) proponía un tema determinado de interés general para una tertulia que podía durar uno o varios días. A veces la tertulia servía para comentar la publicación de un pequeño ensayo sobre un tema de actualidad; por ejemplo: *Abolición de las quintas y organización del Ejército* (Madrid, 1869) de don José Guzmán.

Biblioteca y salas de lectura

---

[62] En un examen de ingreso en la Academia de Infantería, los 11 alumnos presentados fueron aprobados; pero sólo 8 de ellos pudieron ocupar las 8 únicas plazas vacantes de cadete convocadas.

[63] Al igual que el Ateneo Científico y Literario de Madrid, el Ateneo Militar estaba organizada en tres secciones y todo socio debía de decidirse por una de ellas: 1ª Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; 2ª Sección de Artes de guerra en sus distintos ramos y aplicaciones; y 3ª Sección de Literatura militar, idiomas y otros temas (como la Historia Militar).

De acuerdo con los Estatutos del Ateneo Militar ([64]), cada socio admitido tenía que entregar una obra de valía y utilidad a la biblioteca o entregar 10 pesetas para su compra. Así se recaudaron 454 obras para la biblioteca, que unidas a las 67 donaciones de la Universidad Central de Madrid, las 14 de la Sociedad Económica Matritense, otras 14 del Depósito de Guerra y las 3 del Ateneo Científico y Literario de Madrid, crearon un fondo de 929 obras en total a finales del año 1871. La temática de casi la mitad de todo este fondo era militar; y en su mayoría, se trataban de libros técnicos seguidos por libros de Literatura, Historia Militar, Administración y Legislación Militar.

Por otra parte, las salas de lectura del Ateneo Militar disponían de una colección excelente de revistas y periódicos nacionales y extranjeros.

La mayoría de las revistas españolas de tema militar eran técnicas y no faltaba ninguna de dicha clase: *El Memorial de Artillería*, *El Memorial de Infantería*, *El Memorial de Caballería* y *El Memorial de Ingenieros*; el *Boletín Oficial de la Guardia Civil* y la *Guía del Carabinero*; etc. En cuanto a las revistas extranjeras, estaban las principales de de Francia, Inglaterra Suiza, Portugal, Italia y Alemania ([65]).

También hay que destacar que el Ateneo Militar, tratándose de un centro cultural militar apolítico, tuvo que suscribirse a los diarios de todas las ideologías para satisfacer a sus socios: liberales como *El Imparcial* y conservadores como *La Época*, carlistas como *La Esperanza* y alfonsinos como *El Tiempo*, constitucionales unionistas como *La Política* y constitucionales progresistas como *La Iberia*, republicanos federalistas como *La Igualdad*, o anticlericales como *El Universal*.

La Revista del Ateneo Militar

A finales de 1872, la *Revista del Ateneo Militar* contaba con 959 suscriptores: 229 de Madrid, 467 de provincias y 263 en Ultramar. Se publicó con carácter quincenal desde el 1 de marzo de 1872 hasta el 1 de enero de 1874, que fue cuando el

---

[64] *Ateneo del Ejército y la Armada, Estatutos y Reglamentos de esta Sociedad.* Madrid, 1972. Art. 12º, cap. III.

[65] *Spectateur Militaire, Revue Britannique, Revue Militaire Suisse, Revista Militar Portugueza, Army Navy Gazette, Gazzetta Militaire* y *Allgemeine Militär Zeitung.*

Gobierno ordenó que fuera clausurada; y si bien al principio tan sólo publicaba conferencias, luego a mediados de 1873 pasó a publicar dos conferencias y artículos que trataban de los avances que estaban haciendo los ejércitos modernos. Precisamente es a mediados de 1873 cuando puede apreciarse la decadencia del Ateneo a través de la escasez de conferencias y de artículos de los socios, y sobre todo, por la inclusión de publicidad.

Una vez vistos los servicios que ofrecía el Ateneo Militar, también hay que destacar que dispuso de magníficas instalaciones formativas: gabinete de Física, de topografía y geodesia; laboratorio de química; gimnasio; sala de armas; escuela de equitación; y galería de tiro de pistola y carabina.

decadencia y fin del Ateneo Militar

La fundación del Ateneo fue un éxito en el verano de 1871, siendo su acogida fue excelente en las Armas Generales:

- Infantería: 27 regimientos de línea y 11 de cazadores; varios centros de Armas, como la Escuela de Tiro; y los Depósitos de Bandera de Barcelona y Cádiz.
- Caballería: todos los cuerpos de Coraceros, Carabineros, Lanceros, Húsares y Cazadores; y algunos centros como la Academia de Caballería y las Remontas de Granada y Córdoba, entre otros.

Sin embargo, llama la atención el que la respuesta fue muy inferior en los Cuerpos Facultativos:

- Artillería: sólo 2 regimientos: el tercero de a pie y el quinto montado.
- Ingenieros: un único regimiento: el segundo.
- Estado Mayor: ningún regimiento.

En cuanto a la Armada, la participación de los marinos fue muy discreta. Tal circunstancia puede explicarse por su pequeño número en relación con los militares de Infantería existentes en Madrid y cuya superioridad numérica era aplastante; lo cual, lógicamente despertaba el temor de los marinos a ser en cierto modo absorbidos o dominados en el Ateneo Militar por los militares socios de Infantería:

- Infantería de Marina: un solo regimiento.
- Los jefes y los oficiales de los departamentos de Cádiz y Cartagena.
- Los jefes y oficiales de la Escuela Naval Militar.
- Y hay que añadir varias comandancias de la Guardia Civil y de Carabineros ([66]).

Tratándose de una Institución cultural militar que buscaba sobre todo la instrucción militar, pudiera parecer extraño que los Cuerpos Facultativos no participaran en el Ateneo Militar; es decir, que se abstuviera la parte más técnica del Ejército. ¿Fue porque dichos Cuerpos tenían un exceso celo por mantener sus propias peculiaridades? Quizás hubo algo de ello, pero no fue la causa primordial. En realidad no participaron debido a que desde antes de su fundación siempre hubo un gran temor a que esta Institución militar terminara arrastrada muy a su pesar a tomar parte en la política.

Por otra parte, puede comprobarse que desde abril de 1872 se produjo una fuerte baja de socios, que se incrementaría en otoño tras la dimisión del general don Rafael Primo de Rivera. Según el doctor Coll y Astrell, el Ateneo Militar tuvo aquella dimisión masiva de socios en abril de 1872 por el levantamiento carlista y ése fue el argumento empleado por la Junta Directiva cada vez que solicitaba con desesperación ayuda económica al Gobierno de turno para sobrevivir. Pero aunque la revuelta carlista tuvo cierta repercusión, el motivo esencial fue la mencionada polémica enorme que estalló por el espinoso asunto de la revisión de las hojas de servicios. Es decir, la politización del Ateneo Militar por parte de algunos socios fue lo que en definitiva provocó aquel importante número de bajas y por tanto de las cuotas; y todo ello, unido a la ayuda insuficiente por parte del Gobierno, acarreó la inevitable desaparición del Ateneo Militar hacia el 10 de agosto de 1874 por falta de medios económicos.

Dos años después, hacia 1876 y coincidiendo con el final de la tercera guerra carlista, hubo un gran interés por la preparación profesional del Ejército y de la Armada. Así lo asegurará el capitán francés De Serignan, autor de *L´Armée*

---

[66] *Revista del Ateneo Militar*. T. I, 1872, pp. 29 y 30.

Espagnole (París, 1883) ([67]), quien viajó a España a principios de los años ochenta para estudiar nuestro Ejército, al asegurar que se trataba de un Ejército que trabajaba y de una oficialidad dispuesta a no quedarse rezagada con respecto a sus colegas europeos.

En aquella época, hacia el 1880, esta preocupación por la preparación intelectual y profesional de nuestras Fuerzas Armadas quedará muy bien reflejada en la fundación de clubes de oficiales, revistas militares y campañas a favor de la reforma del reclutamiento y de la instrucción militar.

Precisamente en junio de 1881 resurgió de nuevo la idea de fundar en Madrid un nuevo centro cultural castrense, entre las personalidades más relevantes del movimiento intelectual español, entre las que figuraban numerosos socios del antiguo Ateneo Militar: don Luis Vidart, don Francisco Barado, los hermanos don Juan y don Federico de Madariaga, el ilustre marino don Cesáreo Fernández Duro, el gran explorador y geógrafo don Emilio Bonelli, Muñiz y Terrones, don Jacinto Hermua, don Cándido Varona, don Eduardo Reylen y muchos otros. De dicha iniciativa nació el Centro del Ejército y la Armada, cuya primera Junta General se celebró el 26 de junio de 1881, pero en este caso el principal objetivo no fue la instrucción de los jefes y oficiales, porque la situación había cambiado; ya que el corporativismo castrense de entonces necesitaba articularse de una forma mucho más organizada y esta nueva institución quiso ir más allá que el Ateneo Militar, promoviendo la creación de círculos culturales militares por toda la geografía nacional, incluso en los lugares más apartados.

Por último, sólo destacar que hoy cobran actualidad muchos aspectos del Ateneo Militar y que, como vimos, nos trasladan a nuestro CESEDEN. Y es que el espíritu regeneracionista de aquel entrañable Ateneo Militar tenía muchos aspectos que se adelantaron a su época y hoy serían de una modernidad ejemplar. Nos referimos, muy especialmente al haber concebido al Estamento Militar y a la sociedad civil como elementos indisolubles en una unidad, entendiendo que la Patria es patrimonio de todos y la defensa es una obligación y un derecho que nos compete a todos. Es

---

[67] DE SERIGNAN: *L`Armée espagnole*. París, 1883, pp. 165-166.

decir, Ejército y Sociedad Civil son como las dos caras de una sola y única moneda. Pero para ello resultaba entonces indispensable el resolver un problema de información y sobre todo de comunicación en las relaciones entre ambas partes, lo cual se logrará con éxito nueve años después con el Centro del Ejército y de la Armada, sucesor del Ateneo Militar.

Queremos terminar con don Manuel Becerra, ilustre ateneísta militar, quien en 1872, en uno de sus lúcidos artículos "Organización de la fuerza armada. En sus relaciones con la civilización", insistía en dicha idea y abogaba por el que se hiciera un esfuerzo por ambas partes:

> "El Ejército y el país es preciso que se convenzan mutuamente, el primero, de que sin una patria rica, próspera, libre, inteligente, no hay Ejército, y la bandera que sostengan los militares, a pesar de su heroísmo, no llegará a la altura que le corresponde; y el segundo, que sin un Ejército que defienda la patria, sin un Ejército que sostenga su bandera, y que esté mandado por jefes inteligentes, ni la honra de la patria, ni la integridad del país, ni la seguridad individual, ni la libertad, ni la propiedad, ni nada estará jamás asegurado" ([68]).

[68] *Revista del Ateneo Militar*. T. I, 1872, p. 294.

SEXTA CONFERENCIA

LA ENSEÑANZA MILITAR EN LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA (1893-1936) Y EN LA ESCUELA DE ESTADO MAYOR (1940-1964)

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA (1893– 936) Y EN LA ESCUELA DE ESTADO MAYOR (1940 -1964)

Por Miguel Alonso Baquer*

Al referirme con un solo título al binomio de centros de enseñanza del Ejército de Tierra denominados *Escuela Superior de Guerra* y *Escuela de Estado Mayor* evoco una pedagogía que tuvo cerca de 70 años de vigencia, los transcurridos entre los años 1893 y 1964 interrumpidos por la Guerra Civil española.

El año 1893 es la fecha del desenlace del reformismo militar propio de la Regencia de María Cristina de Habsburgo, muy bien representado por los ministros Manuel Cassola y José López Domínguez. Este último es el fundador de la Escuela Superior de Guerra. El año 1964 es la fecha tanto de la fundación del *Centro Superior de Estudios para la Defensa Nacional* (CESEDEN) como de la inclusión orgánica, bajo la dirección de la *Escuela Superior del Ejército*, de la *Escuela de Estado Mayor*, ambas abiertas en 1940.

Conviene distinguir, entre 1964 y el año 2000, la última etapa de lo que siguió denominándose "Escuela de Estado Mayor" para llamarse «Escuela de Guerra del Ejército», en la misma sede que fue Escuela Superior de Guerra. Y de lo que ahora está siendo «*Escuela Superior de las Fuerzas Armadas*» ésta en la misma sede del Paseo de la Castellana que venía ocupando desde el año 1940 la entonces recién fundada Escuela Superior del Ejército. Retengamos, pues, estos tres hitos históricos, el de 1893, el 1940 y el de 1964 porque los tres son ineludibles para la comprensión de una lúcida tarea didáctica al servicio del conocimiento de nuestra historia militar.

La enseñanza de la historia militar alcanzó su más alto grado de perfeccionamiento en el seno de la Escuela Superior de Guerra entre 1893 y 1936 sólo con una breve distorsión que duró dos años (1929-1931) cuando se pretendió, al declarar a extinguir al Cuerpo de Estado Mayor, consolidar un *Centro Superior de Estudios Militares* con dos ramas, la *militar*, que en realidad continuaba la tradición de la

mixtura de miembros del Estado Mayor corporizados y de simplemente diplomados para el Servicio de Estado Mayor y la *industrial* de hecho, un anticipo de lo que sería la *Escuela Politécnica del Ejército de Tierra*.

Debe tomarse en cuenta el significado de la decisión más significativa, la del año 1940, que es cuando nace en el edificio que había sido Colegio Nacional de Sordomudos, la *Escuela Superior del Ejército* y se reabre en el edificio que había sido Escuela Superior de Guerra la también nueva en su denominación, *Escuela de Estado Mayor*. Porque toda la tradición didáctica a favor de la enseñanza oficial de la historia militar quedó transferida en exclusiva desde la Escuela Superior de Guerra a la Escuela de Estado Mayor.

El punto de inflexión lo debemos situar en el año 1940. Un centro celebra los cursos de coroneles para el acceso al generalato o Estado Mayor General y otro centro convoca los cursos de jefes y oficiales para la obtención del diploma de Estado Mayor, Estado Mayor particular.

La asunción por el profesorado de la Escuela de Estado de Mayor de la enseñanza de la historia militar con el máximo rigor no excluía que esta disciplina figurara también en todas y cada una de las Academias Militares de las Armas. Excluía su enseñanza en las Escuelas de Aplicación y de Tiro. Se daba como generalmente suficiente lo exigido de Historia Universal y de España, -y de Geografía Universal y de España- en los programas de ingreso. Y se pretendía, más en Infantería y en Caballería que en Artillería e Ingenieros, que el conocimiento de las campañas de los grandes capitanes de la historia siguiera incorporado a la cultura de los futuros militares de carrera. El rigor, en las referencias a la historia militar, había sido cosa del *Depósito de la Guerra*, una dependencia del Cuerpo de Estado Mayor que admitía dos dedicaciones, una a la Geodesia, Topografía y Geografía Militar y otra al estudio y al relato de campañas militares.

En definitiva, era el Cuerpo de Estado Mayor, sea para sus miembros de plantilla corporizados, sea para los meramente diplomados que hubo desde el año 1893, el que asumía la calidad de la enseñanza de la historia de aplicación militar, del arte de la guerra, de las ideas estratégicas o como se fuera queriendo denominar esta tarea.

Antecedentes didácticos del siglo XIX

La *Escuela Superior del Ejército*, la de los años cuarenta del siglo XX nunca incluyó en sus planes de estudios nada que tuviera que ver con la historia militar. La anterior *Escuela Superior de Guerra* retuvo la asignatura hasta el año 1936 como una de las disciplinas más relevantes. De aquí que el depósito bibliográfico (testimonial y documental) donde se nos da fe de la inquietud de los militares para la correcta interpretación del pretérito castrense fuera su biblioteca, no por azar inmediata a la magnífica biblioteca del Cuerpo de Ingenieros Militares que pronto, enriquecida con otros fondos, pasaría a denominarse *Biblioteca Central Militar*. Es la que algo más tarde quedaría integrada en el Servicio Histórico Militar de la calle Mártires de Alcalá. Estaban ambas en el entorno tanto del Palacio de Liria (o de los duques de Alba) como del más antiguo Colegio Imperial de los últimos Austrias (o Seminario de Nobles de los primeros Borbones).

Precisaré, pues, los nombres de algunos militares que a partir del denominado por Eugenio D'Ors *Fin de Siglo* han venido aportando sus textos, sus recuerdos, sus testimonios, sus memorias, sus tratados y sus libros al *Museo Literario* de la biblioteca central y a la propia biblioteca de la Escuela de Estado Mayor. Nos interesará más lo depositado con fines didácticos para así mejor poder medir la envergadura de la labor realizada por la Escuela Superior de Guerra.

En el índice de autores sobresalientes aparecen tres tipos de plumas a quienes considerar ineludibles. Su cita en tres relaciones marca una evolución realmente dada. Son los africanistas hispanos de comienzos del siglo XX, los profesores de táctica inspirados en las experiencias europeas inmediatas a su personal actividad profesional y los tratadistas militares mejor acreditados como generalistas desde los años centrales del mismo siglo XX.

Para percibir el grado de influencia de cada nombre habría que incluir la lista selectiva y abreviada de sus maestros que, naturalmente incluye autores extranjeros de relieve. No faltan viejas glorias de nuestra literatura militar del Siglo de Oro; pero conviene adelantar que se trata, sobre todo, de los grandes tratadistas de los siglos XVIII y XIX, todos ellos verdaderos practicantes del estudio de las campañas tanto de las continentales o europeas como de las ultramarinas. El modelo lo ofrecían los

centros franceses, alemanes, ingleses e italianos. Ninguno más presente que la Escuela Superior de Guerra de París fundada en 1876 para la enmienda del desastre de 1870, el de la guerra franco-prusiana. Naturalmente que se aceptaban ejemplos tomados de los excelentes historiadores de las campañas de la Revolución Francesa y del Imperio napoleónico, con especial atención a nuestra guerra de la Independencia.

Estas enseñanzas venían siendo incorporadas a los planes de estudio de las academias o escuelas consiguientes al balance victorioso en las guerras carlistas, en particular, la primera de ellas (1833–1841).

En el *Plan de 1850* de la *Escuela Especial de Estado Mayor*, con sede en Madrid, consiguiente a la clausura del *Colegio General de todas las Armas* que en el Alcázar de Toledo venía dirigiendo el general Venegas para jóvenes cadetes, figuraron la geografía militar y la historia militar. El Plan establecía hasta cuatro años de aprendizaje.

En el *Plan de 1870*, Reglamento del 8 de mayo de la ya constituida en *Academia de Estado Mayor*, se rectifica la denominación y se llama de otra manera a las asignaturas. Ahora se dice, Elementos de la Historia Universal y Nociones de Historia de España. Estamos en pleno sexenio revolucionario con el general Prim a punto de ser asesinado.

En el *Plan de 1882* –en realidad una reforma interna propuesta a la Junta Facultativa de la *Academia de Estado Mayor* por el capitán profesor Gómez Jordana-, aparece un grupo didáctico formado con materias tan diversas como estas tres, Geodesia, Geografía e Historia General. Se trata de una reafirmación del espíritu de Cuerpo.

Ocurría todo esto cuando la creación de la Academia General Militar por el general Arsenio Martínez de Campos había programado, no sólo la superación de los programas de ingreso que incluían Geografía Militar y también Historia Militar para los cadetes de Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros, Estado Mayor y Administración Militar.

Lo más decisivo viene cuando para el logro de “la mejor consideración de los análisis geográficos e históricos sobre las campañas de operaciones” –lo dice

textualmente el Reglamento de la *Academia de Aplicación de Estado Mayor* de 26 de junio de 1886, en el *Plan de 1886*, el asunto toma un carácter fundamental y específico. Porque en el *Plan de 1893*, que es ya Plan de Estudios de la *Escuela Superior de Guerra*, una vez clausurada a los diez años de funcionamiento la *Academia General Militar*, se cierra también la Academia de Aplicación de Estado Mayor. Quien quiera, por separado, ser miembro del Cuerpo de Estado Mayor o estar disponible para el Servicio de Estado Mayor, deberá ingresar por oposición con plazas limitadas a partir de un ejercicio ya acreditado del destino de oficial en una de las cuatro Armas combatientes.

En el año 1886 se estudiaba en las aulas abiertas en el centro de la capital de España de aquella *Academia de Aplicación de Estado Mayor*. tanto Geografía Estratégica (*sic*) como Historia Universal y de España (*sic)*. Y eran materias de libre elección de aquellos jóvenes cadetes: la Historia General (*sic*) y la Geografía Histórico-Política (*sic*). A instancias de los grandes geógrafos deterministas del momento (Ratzel, etc.) se estaba abriendo paso lo que sería llamado hacia el año 1940 por el gran historiador catalán Jaime Vicens Vives, *Geopolítica del Estado y del Imperio*.

Del binomio de grandes tratadistas, -el suizo al servicio de Napoleón, Jomini y el prusiano al servicio del Zar Alejandro de Rusia, Clausewitz, los dos grandes autodidactas- nuestros profesores del Cuerpo de Estado Mayor habían ido conociendo, a través del gran humanista italiano Nicolás Marselli éste al servicio de la Casa de Saboya, el modelo de análisis de los notables esquemas del francés Vidal Lablache, éste al servicio de la República Francesa –la Tercera- y de las síntesis del alemán Karl Haushofer, que tanto entusiasmaron en los años veinte a Rudolf Hess y a Adolfo Hitler.

Todo estaba decidido a partir del año 1893. La clase primera del segundo año de la *Escuela Superior de Guerra* se denominaba *Historia Militar y crítica de algunas campañas modernas*. Ya no se trataba de un saber (o de una sabiduría) sobre lo ciertamente útil de los conocimientos generales de geografía e historia propias del cadete joven que pudiera ser compartido con los universitarios al servicio de las profesiones liberales. Se trata de la crítica, con ideas profesionales, de las campañas militares más recientes. La selección de lo que luego se estudiará con

carácter obligatorio en las aulas ocupadas por tenientes y capitanes alumnos de la Escuela Superior de Guerra, pasa a ser una tarea importante y significativa por la que se calificará a los mejores de cada promoción de concurrentes.

Esta orientación fue, sin duda, la que luego se ha venido practicando a lo largo de casi todo el siglo XX por la propia Escuela Superior de Guerra hasta 1936, por la Escuela de Estado Mayor hasta 1964 y seguramente es la que se ha transmitido (con menos atención y energía) desde la Escuela de Estado Mayor a la Escuela de Guerra del Ejército a finales del siglo XX. Desde una geografía de aplicación militar, convertida, a su vez, en información de carácter estratégico, -básicamente un análisis de los recursos al alcance de las grandes potencias- y desligada de la Geodesia, la Topografía y la Cartografía, la Historia de aplicación militar pasaba a ser noticia sobre los cambios orgánicos acaecidos en el Ministerio correspondiente, de la Guerra, del Ejército o de Defensa. O quedaba subsumida en el fenómeno de la relación, a lo largo de los tiempos modernos, Fuerzas Armadas-Sociedad Civil, como una ciencia histórica de hecho subordinada a las ciencias sociales.

Ahora bien, entre los años 1893 y 1936, las humanidades fueron objeto preferente de tres tipos de personalidades de prestigio con capacidad para ser integrados en la enseñanza de la historia militar. Son los militares letrados.

Tres tipos de militares letrados

Fruto de una actitud claramente abierta hacia la formación del cuadro del Cuerpo y del Servicio de Estado Mayor fue la aparición sucesiva de tres tipos de militares letrados no precisamente antiguos alumnos de la Escuela Superior de Guerra pero sí bien recibidos sus libros en las aulas y en la biblioteca del Centro. Son los africanistas, los profesores de táctica y los moralistas del siglo XX que mejor fueron valorados en el Ejército. La incidencia del tercer tipo tuvo su privilegiado escenario en la Escuela de Estado Mayor desde los añoscuarenta.

Africanistas, es decir escritores bien orientados sobre la acción del Ejército en los territorios de Marruecos, Sáhara Occidental y golfo de Guinea fueron Dámaso Berenguer Fusté, Francisco Gómez-Jordana y Souza, Nazario Cebreiros Lucas, Emilio Mola Vidal, Manuel Goded Llopis, José Díaz de Villegas y Tomás García

Figueras. Nótese la ausencia de quienes se ocuparon de historiar los episodios de las guerras de Cuba y Filipinas y de la Gran Guerra.

Profesores de Táctica, es decir, escritores que utilizan a la historia de las últimas campañas para legitimar la vigencia de una doctrina de empleo de las Armas y Servicios fueron José Villalba Riquelme, Ricardo Burguete Lama, Casto Barbasán y Lomas, Aureliano Álvarez-Coque. Epifanio Gascueña, Enrique Ruiz Fornells y Vicente Rojo Lluich. Nótese la presencia de quienes, por ser todavía jóvenes, fueron requeridos por la Segunda República para el mando de unidades en la Guerra Civil.

Moralistas, es decir, escritores preocupados por servirse de los ejemplos históricos para dar cohesión a las instituciones militares en plena crisis de identidad fueron Joaquín Fanjul Sedeño, Alfredo Kindelán Duany, Carlos Martínez de Campos, Jorge Vigón Suero-Díaz, Manuel Díez-Alegría, Juan Cano Hevia y José María Gárate Córdoba. Nótese la omisión de quienes se esmeraron por documentar los episodios de la Guerra Civil a través de su impresionante huella documental como Martínez Bande.

Si tuviéramos que reducir a un periodo corto el más elevado interés por la evolución de las técnicas, las tácticas, las doctrinas e incluso las estrategias yo señalaría el quinquenio 1929-1934. Coincide con el momento en que está ya ganada la batalla a favor de la existencia de cursos de coroneles previos al ingreso en el Estado Mayor General aunque todavía no se los exija al Ministerio con la formación de un profesorado con dedicación exclusiva ni con la creación de un centro de enseñanza con sede propia para este menester.

Por ejemplo, en el crítico año de 1934, la *Librería del Ejército* ofrecía un *Catálogo de Obras Militares* que se confesaba para ser servicio en sus locales de la Plaza Fermín Galán número 1:

> “A los proveedores del Estado Mayor Central, de la Biblioteca Central Militar, de la Escuela Superior de Guerra y demás regimientos, centros y dependencias militares.”

Nunca, con anterioridad se había echado tan de menos este apoyo documental y literario a la vida intelectual de los militares españoles.

El índice de materias se agrupaba en siete apartados. Tres de ellos tenían mucho que ver con las humanidades:

1. Moral militar, psicología y pedagogía.

2. Ciencia y arte militar, geografía e historia militares.

3. Escuelas, academias e instrucción.

La editorial distinguía lo adecuado, bien para las academias, bien para la Escuela Superior de Guerra.

La oferta distinguía también entre la lectura de novelas históricas, -los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós en cabeza- y el estudio de tratados de autores extranjeros con el énfasis puesto en el inglés Fuller y en el alemán Ernst Jünger. Pero se ofrecían textos de autores españoles en plena actividad (o recientemente desaparecidos): Ahumada, Burguete, Gómez de Arteche, Barbasán, Banús y Comas, Martín Llorente, García Figueras, Vicente Rojo, Villamartín, Almirante, Benavides Moro, Izquierdo Croselles, Jorge Vigón, Marvá y Mayer, San Román, etc.

La *Escuela Superior de Guerra*, con el Cuerpo de Estado Mayor ya declarado a extinguir sin esperanzas de recuperación, requería obras de historia de las últimas campañas y daba por autores recomendados a Grasset, para nuestra guerra de la Independencia, a Foch, para la Gran Guerra, a Santion, para la guerra de Sucesión americana, a Romagny, para la guerra franco-prusiana, a Lüdendorf, también para la Gran Guerra, a Von Bernhardí para la guerra mundial previsible y con el mismo deseo a Petain, Jofre y Tardieu entre los franceses.

No se olvidaba lo que podríamos llamar espíritu militar en la *Colección de Biografías*. Lo ejemplar se concretaba en el año 1934 en estas obras biográficas entonces recién publicadas: Simón Bolivar, San Martín, Mina el Mozo, Zumalacárregui, Napoleón, Espartero, Prim y Serrano. Lo más llamativo, a mi juicio, es la falta de atención al militar académico en el sentido de militar español formado en una academia o escuela militar de España. Se sugerían para la preparación del ingreso por oposición en la Escuela Superior de Guerra, la obra de Aguado Bleyes, *Historia de América*, la de Rafael Altamira, *Historia de la Civilización de América*, y la de Almirante, *Historia Militar de España*.

Con otros fines, -en este caso recreativos- se ofrecían dos obras de Tirso de Molina, *El vergonzoso en palacio* y *El burlador de Sevilla*; dos novelas clásicas castellanas, *El Quijote* y *El Buscón* y tres relatos más bien picarescos: *Las Mocedades del Cid*, *La Celestina* y *El Guzmán de Alfarache*.

En definitiva, el horizonte abierto para la educación humanista, (histórico-literaria) concedía a la Escuela Superior de Guerra en el año 1935 una posición preferente para los estudios estratégicos (sin referencias al africanismo) y una inclinación hacia los valores morales, (sin fijación alguna a los valores del Siglo de Oro o de la Edad Media). Más que reconstruir la historia militar para a partir de ella internarse en la actualidad, lo que importaba era cultivar una modernidad que era la vigente en Europa Occidental.

Retengamos lo esencial del periodo 1929-1934 en términos orgánicos:

- Habíamos tenido *Escuela Superior de Guerra* desde 1893 por Real Decreto de 8 de febrero. Tuvimos *Escuela de Estudios Superiores Militares* desde octubre de 1929, gobernando Miguel Primo de Rivera que por voluntad de Azaña pasó a denominarse *Centro de Estudios Militares Superiores* desde julio de 1931. Bajo su misma autoridad, un Decreto de 21 de julio del mismo 1931, se anunció que habría una Escuela Superior de Guerra (de nuevo) sin la adición de la Rama o Sección Industrial. Y hay que esperar hasta abril de 1940 para que se produzca el desdoblamiento *Escuela Superior del Ejército-Escuela de Estado Mayor* antes aludido.

- Nótese la persistencia del binomio didáctico Escuela de Estado Mayor–Escuela Superior del Ejército (sin lazo orgánico alguno entre sus polos hasta 1964). La Historia del Arte de la Guerra fue, pues, transferida sin graves cambios de contenido desde la antigua “Superior” de Guerra a la nueva de “Estado Mayor” perdiendo ésta la calificación de Escuela Superior por muy «superiores» que se hubieran considerado siempre sus estudios de historia militar.

Tres ciclos didácticos: el teórico, el narrativo y el de aplicación

El legado de una Escuela Superior de Guerra a otra Escuela –la de Estado Mayor- cumplido en el año 1940, podría concretarse en el cuidado de una pedagogía para la

ordenada enseñanza de la historia de las campañas militares en tres ciclos, el teórico, el narrativo y el de aplicación.

Ocurría el cambio cuando la obra del pretérito mejor valorada en el centro era *Idea de un Príncipe Cristiano suscitada en Cien empresas* del gran diplomático murciano Diego Saavedra Fajardo desaparecido en 1648, (Paz de Wesfalia). La valoración venía acompañada de la recomendación de la lectura de dos series de narraciones de viajes ultramarinos debidas al francés Julio Verne y al alemán Karl May porque se pretendía para el nuevo profesorado la apertura de su horizonte hacia lejanos escenarios. Se quería también hacerle reflexionar al nuevo alumnado de postguerra en las obras de novelistas de la periferia, -Palacio Valdés, Blasco Ibáñez y José María Pereda sobre todo- además del canario Benito Pérez Galdós por sentimental e idílica que fuera su orientación literaria.

Al ir redactando la tesis doctoral que titulé *Aportación Militar a la Cartografía española en la España Contemporánea (siglo XIX)* hube de tomar cumplida nota de los sucesivos programas de estudio que habían permitido la especialización de los miembros del Cuerpo de Estado Mayor para asumir las dos tareas básicas del Depósito de la Guerra, luego dos Servicios, el Servicio Geográfico del Ejército y el Servicio Histórico Militar. Subrayé, entonces –década de los años sesenta- mucho más lo geográfico que lo histórico. Pero quedó abierto como horizonte el de la narración correcta de las campañas y de los historiales de las unidades.

Tres dignas tareas de la enseñanza fueron aceptadas como muy convenientes para la moral del militar de carrera:

1. El recorrido, más bien conceptual o doctrinal, por las biografías de los grandes capitanes y de los buenos tratadistas. *Ciclo teórico*.

2. La narración pormenorizada de los acontecimientos bélicos más memorables, vividos por ejércitos de distintas nacionales además de la española. *Ciclo narrativo o histórico*.

3. La visita a los escenarios donde se libraron los más ardorosos combates o se vivieron las gestas de obligado reconocimiento en orden a una conciencia de identidad profesional. *Ciclo de aplicación*.

La primera dirección se venía cumpliendo en una línea evolutiva sin sobresaltos, aunque en algunos momentos acelerada. En unos tiempos (o en unas épocas o periodos) el pensamiento estratégico dominante se agitaba gracias a la impronta de los genios de la guerra sobrevenidos y se producían innovaciones. En otros tiempos –los periodos de estancamiento y decadencia- se imponía el doctrinarismo rutinario. Pero la superación de una guerra suponía siempre una coyuntura propulsora del progreso. Estaba en la necesidad de las cosas. La ayuda de los mejores historiadores civiles en ejercicio era bien recibida tanto en la Escuela Superior de Guerra como en la Escuela de Estado Mayor.

La segunda dirección se venía atendiendo con el apoyo de las doctrinas vigentes para el empleo de las Grandes Unidades. El telón de fondo de las sugerencias eran los acontecimientos bélicos infelizmente padecidos. Un claro desvío de las normas era interpretado como un error culpable. El desastre se identificaba con el olvido de lo preceptivo. O con la falta en el conductor de las operaciones de alguna virtud. La clase de Historia Militar reproducía las clases de Táctica o de Logística. No hacía falta investigar lo verdaderamente ocurrido en los campos de batalla. Bastaba comparar la orden recibida con lo realmente ejecutado. Cada profesor –un narrador escrupuloso de las decisiones del mando- se permitía incidir en un matiz diferente que podría estar unas veces en fallos de información sobre el enemigo y otras en déficit de apoyos logísticos.

La tercera exigencia didáctica –la visita a los escenarios- resultaba atractiva. Las preguntas a las que se daba respuesta al aire libre tenían mucho que ver con la calidad de las armas y de los materiales en presencia. La clave una resistencia admirable o de un asalto coronado por el éxito estaba casi siempre en la moral del combatiente. Pero también radicaba en lo adecuado del despliegue adoptado al inicio de la acción.

Cuando en el mes de octubre de 1976 me incorporé al profesorado, el hecho de que estuviera vacante la plaza de profesor principal me dio la oportunidad de satisfacer en solitario la redacción de un nuevo programa de redactor único. De hecho, para el *Plan de 1976* de la Escuela de Estado Mayor, me tomé en serio las experiencias didácticas más recientes que tenían por entusiasta impulsor al recientemente ascendido a teniente coronel de Caballería, Rafael Casas de la Vega.

Casas de la Vega había formalizado para el primer trimestre del segundo año, todo un Ciclo teórico. En su oferta de definiciones y de conceptos, era muy fiel a los *Principios del Arte de la Guerra* donde el mariscal de Francia, Ferdinand Foch resumía sus enseñanzas de la Escuela Superior de Guerra de París. Aparecían subrayadas las aportaciones de Renato Flavio Vegecio (siglo IV) y de Nicolás Maquiavelo (siglo XVI). El binomio Jomini-Clausewitz (siglo XIX) culminaba la síntesis de lo más válido.

Para el Ciclo histórico, Casas de la Vega se centraba en la guerra de la Independencia, en la Primera Guerra Mundial, en el problema de Marruecos y en la sucesión Guerra Civil española-Segunda Guerra Mundial. Los criterios de Martínez Bande, Salas Larrazábal y Gárate Córdoba suponían una primera aproximación muy instructiva al análisis de los combates.

El recorrido histórico se había decantado en Casas de la Vega claramente hacia el binomio: *Problema de Marruecos-Guerra de España*. Las visitas a los campos de batalla estaban centradas en estos escenarios: en el Alcázar de Toledo, en los alrededores de Brunete, Belchite y Teruel y en los accesos al río Ebro desde la zona de Gandesa hasta Mora de Ebro.

Privaba el realismo y se le daba entrada al entusiasmo para explicar la naturaleza de los combates realmente acaecidos. Se buscaba el reconocimiento de los aciertos tácticos y se valoraba el heroísmo o la capacidad de sufrimiento de las tropas. La comprensión de las ideas estratégicas en juego quedaba insinuada pero era apenas desarrollada. Se trataba del análisis del caso concreto y de la eficacia de los medios acaecida en una topografía peculiar. Una cosa era la teoría estratégica –Ciclo teórico- otra la descripción de una época en orden a las técnicas en presencia –Ciclo histórico- y una tercera, la decisiva, la aplicación del esfuerzo bélico por los mandos de las pequeñas unidades –Ciclo de aplicación-.

Desde siempre, el problema de la enseñanza de la historia militar se refería a dos pretensiones muy distintas, la de las Academias Militares y la de las Escuelas de Guerra. Las Academias Militares querían integrar al cadete (o al guardiamarina posiblemente) en una vocación militar y en una dedicación profesional. Las Escuelas de Guerra querían adoctrinar sobre el mejor modo de hacer las cosas. Una cosa era

adquirir conciencia de identidad profesional y otra moverse de manera competente hacia el modo más correcto de operar, en una ocasión precisa.

La analogía con el otro tipo de estudios históricos –el universitario- permitía percibir por contraste la diferencia. Como es sabido, las Facultades de Derecho, de Medicina, de Filosofía, etc.- y también los Noviciados y Seminarios de la Iglesia– nunca soslayaron la labor de una cátedra que denominaron de Historia del Derecho, de la Medicina, de la Filosofía, del Arte, de la Literatura, de la Iglesia o de las Religiones. Siempre hubo en el punto de partida de una buena formación académica personalizada una sería llamada de atención a favor de la inscripción en una comunidad. No se otorgaba un título profesional a quien no se percibía a sí mismo solidario con una tradición por cargada que estuviera de arcaísmos. Una actividad profesional que no tomaba en cuenta su historial o sus memoriales quedaba carente de un prestigio social para todos conveniente.

La historia que llamamos militar es el balance tanto de la labor de los historiadores como de los profesores especializados en esta esfera de conocimientos que tuvo al hombre de armas por autor o por actor. Cada profesor vive y se alimenta de los hallazgos que el historiador de raza extrae de los testimonios y de los documentos. El profesor no se identifica con el investigador. El equilibrio didáctico siempre presente le suele llevar a corregir con buen sentido las interpretaciones extremas o demasiado apasionadas sobre los acontecimientos relevantes que denominamos históricos aunque no se merezcan ser tenidos por memorables. El profesor debe mostrar el estado de la cuestión con cierta frialdad.

No se trata de explicar con originalidad lo que únicamente sabe quien ha consultado unas fuentes inéditas de lo que está siendo desconocido por la mayoría de las gentes. El profesor de Historia habla de lo que ya es conocido y deja a los hechos y a los sucesos con relevancia histórica en condiciones de ser explicados y comprendidos dentro de un hilo argumental que los aclare.

Fue frecuente entre 1893 y 1936 (Escuela Superior de Guerra) y entre 1940 y 1964 (Escuela de Estado Mayor) que hubiera hombres de condición militar con categoría de jefe o de oficial bien informados por vocación y dedicación de los

acontecimientos con mayor incidencia en la forja de las instituciones militares. Esto es lo más valioso del Balance didáctico de los dos Centros.

No se trató en aquella Escuela Superior de Guerra (en cierto sentido antecedente, entre otras de Marina y Aire, del actual Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN) de que algunas personas tituladas de catedráticos de Universidad o de Instituto de Enseñanza Media requirieran a los alumnos ya profesionales de condición militar sobre el sentido de las historias al uso de España, de Europa o de la Civilización Occidental en su conjunto. Se trató de obtener de los alumnos una comprensión del quehacer a ellos encomendados, -misiones, tareas, cometidos, etc.- a partir de las experiencias bélicas más o menos próximas recogidas en sus archivos y bibliotecas. Y es que la responsabilidad del profesorado de historia militar, transferida a la Escuela de Estado Mayor en 1940, ayudaba a reconocer como propia la realidad pretérita allí donde las notas de una dialéctica de voluntades hostiles habían ganado un cierto protagonismo.

Tres cuestiones deben quedar bien asentadas, la cuestión teórica, la cuestión ciertamente histórica y la cuestión aplicada a nuestra realidad actual. Siempre aparece una lógica interna en la consideración del hecho de armas. La guerra, las operaciones militares, las campañas, las batallas decisivas, los golpes audaces o de suerte, etc. tienen su lenguaje propio y admiten la clasificación por tipos y por modelos.

Cada acuerdo que se logra fundamentar de buena fe tiene la virtud de otorgarle al militar de oficio una conciencia profesional de identidad. Y traerá la grata consecuencia de ser a medio plano valorado también como bueno algo desde las profesiones liberales más atentas al sentido de la Historia Contemporánea. La relación Fuerzas Armadas-Sociedad Civil estará bien fundamentada allí donde se pueda compartir una manera de contemplar el pretérito.

SÉPTIMA CONFERENCIA

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ACADEMIA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ACADEMIA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS

Por María del Pilar Ryan y John W. Hall*

General Bernal, señoras y señores:

Ante todo deseo manifestar mi agradecimiento al teniente general Bernal y a la Comisión Española de Historia Militar. Es un honor para mi estar ante ustedes. Mis superiores en West Point les envían un cordial saludo. Todos nosotros esperamos que esto sea tan sólo el comienzo de una relación fructífera para nuestras respectivas instituciones, que comparten la misión de formar a nuestros cuerpos de oficiales.

Me gustaría comenzar por aclarar que yo no soy la jefa de la Sección de Historia Militar del Departamento de Historia de West Point. En realidad soy jefe de la Sección de Historia Internacional. El Departamento de Historia tiene tres Secciones: Historia Militar, Historia de América, y el resto, que se engloba en la Sección de Historia Internacional. Mi Sección, por tanto, es la responsable del programa del curso de Historia del Mundo que se imparte a los nuevos alumnos que se incorporan a West Point, así como de los cursos optativos de Historia de Europa y los optativos de Historia Internacional e Historia de la Estrategia. Mi formación académica es de historiadora de la Edad Moderna en España, y mi formación profesional es la de oficial de Inteligencia Militar y Estrategia. Como todos ustedes saben, los militares no siempre tenemos en cuenta todas las habilidades de cada uno a la hora de asignar obligaciones, pero en mi caso, ha sido una decisión apropiada. Soy responsable del desarrollo curricular de mi Departamento. Precisamente, durante este último año hemos revisado el modo en que deseamos enseñar a los alumnos sobre su propia civilización y la civilización de otras culturas. También, hemos trazado el borrador de las opcionales a través del Departamento de Historia. Éste ha sido el cambio más importante de nuestro programa de estudio. Nuestro Departamento en West Point se

fundó oficialmente en el año 1979. Esto no quiere decir que en el pasado no se hayan realizado cambios a través de estos 37 años; realmente los ha habido, pero no se realizaron de un modo tan amplio y estratégicamente como ahora. En este momento que se acaban de completar los cambios, todos los miembros del Departamento dirigen sus objetivos para formar graduados en Arte Militar. Entendemos Arte Militar en el sentido tradicional que engloba la palabra Arte en inglés, es decir, filosofía y letras. Este es el sello de la educación militar en West Point. Como el resto de nuestro currículo, a lo largo de los años se han ajustado algunos aspectos, atendiendo tanto el lado académico y como el operativo. En la revisión que hemos realizado, hemos analizado cuál es el sentido de nuestra misión y crearemos un programa que refleje esta misión. Los ajustes realizados previamente fueron intentos positivos para mantenernos académica y militarmente competentes. Esta revisión estratégica que proponemos será más que una reacción para sacar fuerzas hacia fuera. Medirá nuestro programa tomando como patrón la misión única que tenemos encomendada, la de desarrollar líderes con carácter que dedicarán sus vidas al servicio de la nación desde Ejército de Estados Unidos.

Con este fin, otro oficial y yo hemos intentado determinar un punto de arranque para la revisión. ¿Cuáles son los conflictos en el campo de la historia militar, y cuáles son las tensiones que nos surgen cuando tu misión va más allá de lo meramente académico? Cuando una entra en una clase sabiendo que tus cadetes estarán en Irak en menos de un año, ¿qué es lo que debes enseñarles? Y cuando tus antiguos alumnos regresan de Irak sólo para ser enterrados en el cementerio de West Point, ¿qué es lo que desearías haberles enseñado? ¿Les enseñas lo que necesitan saber in sus primeros cinco años de carrera profesional, o en el vigésimo quinto año? ¿Les enseñas la historia del arte operativo de la guerra, o les enseñas el nivel estratégico de la guerra? Si bien muchos cadetes eligen estudiar su historia como asignatura principal, la mayoría de los cadetes aprenderán historia militar durante los dos semestres obligatorios de Historia del Arte Militar. Queda algo de la manera en que mi generación estudió historia militar, a principios de los años ochenta, durante la guerra fría, que siga estando vigente, cuando los tenientes de hoy día se ven obligados a funcionar con independencia dentro de las complejidades de la guerra global contra el terrorismo? No tengo una respuesta que darles a estas preguntas. Lo que si espero es compartir con ustedes hoy nuestra ideas que nos llevaron a

revisar el programa de estudios de la historia militar en West Point. Estas ideas podrán ser rechazadas al final, pero servirán para inducirnos a la introspección, tanto en nuestra condición de oficiales como de miembros del profesorado del Departamento de Historia de la Academia Militar de Estados Unidos.

En Estados Unidos, al menos, la historia militar se ha considerado desde hace años como el pariente pobre de la Historia en sentido amplio. En tanto el padre de la Historia, Tucídides alcanzó su reputación escribiendo acerca de las guerras, la siguiente generación de historiadores militares ha tenido que contar con la aprobación de sus más conspicuos colegas, estos entienden la disciplina "política y moralmente cuestionable» ([69]). En el corazón de la cuestión yace la simple pregunta ¿de qué sirve todo esto? Como Richard H. Kohn sugiere, toda historia útil es una conversación en el presente acerca del pasado para obtener un beneficio en el futuro. No obstante, una importante proporción de alumnos de historia militar estudian la asignatura no para evitar futuros conflictos, sino para combatirlos con éxito. Ciertamente, el estudio serio de la historia militar con fines profesionales se originó en la Kreigsakademie prusiana del siglo XIX –una institución con escasa fama de contribuir a mejorar la condición humana-. Todavía, el Ejército de Estados Unidos y muchos militares de Occidente continúan estudiando la historia militar en el sentido del modelo prusiano y son reticentes a incorporarse a la nueva corriente historiográfica de la "nueva historia militar", que examina todas las dimensiones sociales de los conflictos, prefiriendo sin embargo tratar el desplazamiento del cañón y los efectos del terreno ([70]). Esta conferencia, como ya pueden ver, pretende demostrar que el sentido de la utilidad de la historia militar ha cambiado sustancialmente durante los dos últimos siglos, y muy especialmente en la última década y que los oficiales militares profesionales deben actuar sabiamente dejándose llevar por los historiadores de la "nueva historia militar".

Durante siglos, el estudio de la historia militar era suficiente para alcanzar una educación profesional. Realmente, el autodidactismo era la única educación posible para cualquier aspirante a líder militar, como los *Comentarios* de César, las *Guerras*

---

[69] John A. Lynn, "The Embattled Future of Academic Military History," *The Journal of Military History* 61 (1997): 782.

[70] See Peter Paret, "The New Military History," *Parameters* 31 (1991): 10-19.

del Peloponeso de Tucídides y otros trabajos similares en un *corpus* informal de literatura profesional que se extendía a cada nuevo conflicto. En ausencia de una formación específica, los oficiales se contentaban echando raíces con el estudio de casos históricos para alcanzar fórmulas milagrosas y así lograr el éxito militar. En un sentido más amplio, esto contribuyó a la identificación de los inmutables principios de la guerra, y para la mayor aplicación específica esto supuso la búsqueda de lo que ahora llamamos “lección aprendida” (entre comillas). Por tanto, los trabajos de historia militar suministraron los manuales sobre el “cómo”, que ayudaron a los oficiales a llenar el vacío de su propia inexperiencia.

Semejantes estudios estuvieron a discreción de cada oficial hasta el siglo XIX. Las academias militares de Occidente poco a poco siguieron el modelo prusiano y la historia militar formó parte del currículo profesional para ser oficial profesional. El mismo Clausewitz justificó el objetivo de su instrucción cuando reclamó que el más antiguo de los casos de estudio (o ejemplos históricos) era el menos útil para los estudiantes. La mayoría de los estudiantes podrían objetar que la noción de historia con el paso del tiempo carece de utilidad, lo cual es importante para reconocer el final de la teoría de Clausewitz aplicada a la historia militar. Bien entrado el siglo XX, los oficiales militares podrían aprender su oficio sólo a través de la experiencia y del estudio de la historia militar. Dado que los estudiantes estaban poco dispuestos, o simplemente se sentían incapaces, para comenzar los ejercicios de la guerra fuera de clase, los ejércitos de Occidente prepararon a sus oficiales a través del estudio de la historia militar.

En el fondo de la cuestión, la teoría sobre la historia militar de Clausewitz es su falta de utilidad como herramienta de formación. Antes de la llegada a gran escala de la formación colectiva a comienzos del siglo XX, “ir al campo” significaba ir a la guerra, la mejor de todas las escuelas posibles, aprender a golpe de martillo. La historia militar ofrecía un aprendizaje subsidiario sin derramamiento de sangre o pérdida del tesoro. En esencia, el estudio profesional de la historia militar en el siglo XIX vino a ser lo mismo que la actual “revisión después de la acción” de campañas históricas, que permite a los oficiales aprender de los aciertos y errores de los otros. En las búsqueda de las “lecciones aprendidas” (o en el léxico del revisión después de la acción, “sufrir” y “mejorar”) los dividendos pueden ser considerables, todavía mayores si los estudios son recientes y la importancia incuestionable. En este

sentido, la retirada por parte de Clausewitz de los clásicos temas de estudio tiene sentido: él estaba interesado en formar oficiales para que desarrollaran su misión. En este escenario, el libro de Jena-Auerstedt era más valioso que la obra de Cannae. El valor de un posible caso de estudio podría ser mayor si los estudiantes fueran capaces de caminar de hecho sobre el terreno en que el tuvo lugar la batalla.

La fórmula docente que a lo largo de la historia militar ha dado los mejores frutos, sigue siendo un elemento esencial en la formación de oficiales occidentales in el siglo XXI: la explicación sobre el terreno del desarrollo de una batalla. Se trata de uno del los vestigios más venerables e instructivos del estudio profesional de la historia militar en sus comienzos. Esta fórmula deja patente el valor de la historia militar aplicada como herramienta de formación. Los oficiales, en su recorrido por los accidentes clave del terreno y posiblemente de las fortificaciones donde se desarrolló una batalla concreta, comentan los efectos que la orografía y las decisiones de los jefes militares del bando contrario tuvieron sobre el curso de la batalla. Cualquiera que haya participad en una de estas actividades puede atestiguar que su comprensión de la batalla sometida a estudio crece exponencialmente a lo largo del ejercicio. Además, dependiendo de la disposición del profesor que la dirija, suele tratarse de una actividad muy amena. Tanto, que sólo los alumnos más escépticos se harían la pregunta que plantemos al comienzo de este estudio: ¿para qué todo esto?

Para Clausewitz y sus alumnos, la respuesta es muy simple. Ante la ausencia de equipamientos de simulación con láser tipo *Miles* del Centro Nacional de Formación de Fort Irwin, California, y de sofisticados sistemas de localización, los militares del siglo XIX recurrían a la técnica es la equivalente a la rotación del Centro Nacional de Formación. Sin capacidad de realizar formación de importancia más allá de la instrucción para el desfile, los oficiales de Estado Mayor y los jefes por encima del nivel de jefe de batallón aprendían lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer mediante el estudio de las acciones de otros. Los debates en estos ejercicios sobre el terreno de decisiones críticas, la utilización de la orografía, y otros cuestiones parecidas son más que meros comentarios banales. Esto es, de hacho, lo que se conoce como la explicación sobre el terreno de una batalla.

Pero qué puede enseñar el moderno cuadro de profesores o mandos acerca de las líneas de presión en Gettysburg? Seguramente el cuadro de profesores no pretendía entrenar a aquellos oficiales en el desarrollo de sus obligaciones. ¿Qué mando, después de todo, prepara a su unidad para ir a Irak y decide, antes de su marcha, que sus oficiales visiten Guilford Court House, un lugar de gran importancia en la Revolución Americana? Claramente, el estudio profesional de la historia militar ya no es lo que era antes, por el simple hecho de que la historia militar se considera menos útil para la preparación de los oficiales que el entrenamiento.

Durante siglos, la historia militar se presentó (aparentemente) con un papel indispensable, únicamente fue suplantada por el sofisticado aumento de las maniobras y simuladores que al mismo tiempo avanzaban en el concepto de “lección aprendida” y en la experiencia. Si damos a elegir entre ir en rotación al Centro Nacional de Entrenamiento y al ejercicio práctico de Normandía, cualquier cuerpo de mando elegiría lo primero, y con buen criterio. Por desgracia, el cuadro formativo práctico ha degenerado de una verdadera oportunidad de aprendizaje profesional de un oficial en una agradable diversión, importante de cara a justificar los gastos del Gobierno, pero normalmente valorado como un simple ejercicio que forma parte de las tradiciones de una auténtica parte de la educación formal del oficial.

Esto no quiere decir, de todos modos, que haya sobrevivido únicamente la utilidad pragmática del ejercicio práctico del cuadro de profesores. Además, nadie se queja de que el estudio de la historia militar haya caído con el paso del tiempo. Pero esta conferencia quiere hacer ver que efectivamente la utilidad de la historia militar se ha depreciado con el tiempo y que es necesario acercarse a la disciplina con nuevas aportaciones para optimizar su estudio. Los viejos dogmas pueden desacreditar aún más la disciplina entera. Como hemos dicho antes, los estudiantes de historia militar tradicionalmente usan la disciplina para uno o dos objetivos generales, que son: identificar los permanentes “principios de la guerra” y sacar la “lección aprendida” y su aplicación actual. Sobre el primero, Henri Antoine de Jomini tiene todo salvo los libros cerrados (pretendía pontificar, ya lo sabe todo). Estudiando las hazañas de Napoleón, Jomini pretendía reducirlas a una simple fórmula para lograr el éxito. La siguiente generación de oficiales formalizó un pensamiento lineal y una receta; los principios de Jomini ofrecían una interminable lista de control de cosas para realizar en el campo de batalla.

De un modo parecido, esto continúa influyendo hoy día sobre el “pensamiento militar americano”. Es cierto que esos principios suministran muchos de los criterios por los cuales las unidades son evaluadas cuando son sometidas, tras un ejercicio de entrenamiento, al proceso de la revisión después de los hechos. Fundamentalmente, los principios pretenden asentar un concreto sentido común militar, esto es: concentrar el mayor número de tropas posibles en la zona de combate es bueno, la desunión de los mandos es mala, etcétera. Todos sabemos que los principios de la guerra son un resultado histórico y se convierten en instrumentos de gran utilidad para el análisis de los combates y campañas. Para esto es tan solo una mano de barniz en la educación de un joven oficial. Sin embargo, deberíamos centrarnos en la gran cuestión que antes hemos planteado. Es decir: entrenamiento y evaluación individual basada en los principios de la guerra, o por el contrario, lectura y evaluación de los hechos históricos, en su propio contexto. Un optimista afirmaría que esto es un falso dilema, porque se realizan de hecho ambas cosas y se disfruta de los beneficios de cada ejercicio. Además, pocos oficiales pueden encontrar tiempo para realizar las dos cosas, dejando de lado, (¡oh ironía!), la elección académica. Al menos, las Academias Militares de Estados Unidos pueden demostrar la validez de los principios de la guerra a través del análisis de los hechos históricos. Después de todo, no obstante, esto viene a ser como un ejercicio de redundancia, pues resulta que triunfa el combatiente que toma la iniciativa, actúa con sorpresa, y concentra el mayor número de tropas. Aunque los cadetes en sus recursos de servicio pueden aprender importantes lecciones de esto tipo de análisis, los oficiales más antiguos comprueban que ellos ya lo habían aprendido por experiencia propia.

Más problemático es el estudio de la historia para encontrar la “lección aprendida”. Ésta es una materia peligrosa ya que puede conducir al desencanto ante la disciplina. Algunos han pensado la locura que supone la búsqueda de “lecciones aprendidas”. El programa estratégico Hamlet en Vietnam proporcionó un estupendo (aunque infortunado) modelo de los peligros asociados a la Historia: buscando en los archivos para soluciones que están listas para usarse para los problemas actuales. Usado por el gran efecto en la campaña de la contrainsurgencia de la Malaya Británica (1948-1960), el programa de aislamiento de la población civil en campos fortificados para separarlos de las fuerzas insurgentes pareció especialmente aplicable para la situación en el sur de Vietnam en 1961, cuando el gobierno Diem

reformó su programa similar de Agroville basado en el modelo británico. A primera vista, los dos escenarios parecían similares: los gobiernos de Occidente fueron llevados hacia un anticolonialismo, la insurgencia comunista en las junglas del sureste asiático. Un análisis más profundo, no obstante, nos muestra unas diferencias evidentes. En Malaya los insurgentes eran principalmente de etnia china y no representaban la mayoría de la población, mientras que en el sur de Vietnam, los insurgentes y los habitantes de los pueblos eran los mismos, (de modo que el objetivo de separar la gente de los pueblos de los insurgentes resultaba complicada, si no imposible).

Centrándose en determinadas interpretaciones incorrectas, algunos oficiales son pesimistas en cuanto a la utilidad de la Historia. Un decano anterior de la Academia Militar de Estados Unidos, un científico social, recientemente ha comentado que él "no cree en las analogías históricas". Él se adhirió a esta opinión gracias a innumerables historiadores que se avergonzaban de que alguien dijera "la Historia nos enseña…". La realidad es que verdaderamente la historia no está lista para ofrecernos una "lección aprendida". Parafraseando de modo diferente, la Historia no ofrece respuestas, y solamente el superficialísimo y el más inapropiado uso de la Historia finge que resuelve los problemas. ¿Por qué entonces estudiar historia? En resumidas cuentas, estudiar la historia militar arma a los mandos y a sus cuadros con una red conceptual que les permitirá proponer las preguntas adecuadas para analizar cada situación concreta y sus consecuencias. En el fondo, nosotros estudiamos historia no para obtener respuestas, sino para tratar de encontrar las preguntas adecuadas en cada momento (¿por qué comenzó el Programa Estratégico Hamlet en Malaya?). Todo esto hace que los hombres y mujeres reflexionen y se orienten para encontrar soluciones. Esta es la utilidad real de la historia militar.

Esta forma de abordar la historia no conduce en sí misma hacia una fácil acción o al desarrollo de un curso de acción, y por eso muchos lo encuentran desalentador o (todavía peor) sin utilidad. Por consiguiente, los mandos se vuelven hacia la Historia en casos de emergencia, cuando las coyunturas en las cuales se adiestran y su propia experiencia no proporcionan prontas respuestas rápidas. La actual guerra global Terrorista está repleta de evidencias de este fenómeno. Varios organismos de Estados Unidos históricamente han hecho esto al analizar multitud de interrogantes,

ya sea en el terreno de combate, ya sea en el terreno táctico (es una buena idea levantar construcciones civiles en las cercanías de un ataque), o en el terreno diplomático-estratégico (¿cómo las fuerzas contrainsurgentes han podido negociar con éxito la finalización de hostilidades con los líderes insurgentes?). La historia militar ofrece luces inestimables para estas preguntas y otras disciplinas basadas en la doctrina del adiestramiento las dejan sin respuestas.

Curiosamente, a causa de la naturaleza de estas cuestiones, está la teoría de Clausewitz de que los resultados de los estudios de los hechos históricos no se pueden aplicar a los hechos actuales. Los mandos en Irak no escriben al Centro Militar Histórico del Ejército de Estados Unidos para pedir datos históricos sobre las técnicas para despejar espacios urbanos, sino que preguntan acerca de la activación de la economía una vez que estos espacios han sido despejados. En el primer caso, el estudio de los ejemplos clásicos históricos ofrece muy poco interés. Semejante interés por la proximidad temporal no tiene nada que ver con el segundo. Suministrar toda la información existente: un ejemplo de estudio procedente del Imperio romano, podría ofrecernos tanto o más que un ejemplo del siglo veinte. Los viejos hábitos tardan mucho en arrancarse, y muchos oficiales son rápidos en abandonar los antiguos modelos por modelos irrelevantes. De acuerdo con el anterior director del Instituto de Estudios de Combate del Ejército de Estados Unidos, las referencias a cualquier asunto anterior a la Segunda Guerra Mundial son como una nebulosa en los ojos de los mandos. Irónicamente, el caso de estudio más reciente tiene menos valor porque simplemente refuerza la sabiduría convencional u otras lecciones ya convertidas en doctrina. Por ejemplo, las 100 horas de guerra en la primera guerra del Golfo es claramente menos valiosa en comparación con las actuales operaciones en Irak que el estudio de la revuelta persa de 1.920. Los organismos públicos quieren que los oficiales conozcan la historia militar para resistir a la tentación de ceder ante los deseos de los estudiantes y centrarse en los casos actuales. Hoy día, en general, la conciencia histórica del Ejército de Estados Unidos mira hacia atrás no más lejos de la Segunda Guerra Mundial, lo cual conduce a muchos problemas, formulaciones ahistóricas realizadas por nuestros oficiales (como aquella de que América se encontró a sí misma ocupada en una “nueva imagen” de tipo guerrera, o aquella de que la guerra fría fue el primer paso del

mundo de los poderosos para gastar gran cantidad de dinero en defensa con intención de disuadir la guerra en vez de llevarla a cabo.

Otra razón convincente para tomar parte en los ejemplos clásicos de la historia es la necesidad investigar más profundamente en la Historia. Con palabras sencillas, una variedad de ejemplos tomados de diferentes épocas y lugares proporciona a cualquier analista importantes y proporciona un importante salvavidas contra las evidencias efímeras. Precisamente los rápidos sucesos de 1939 no demostraban las inevitables consecuencias de la aparición de dictadores; la aplicación británica del Programa Estratégico Hamlet no predijo su éxito en Vietnam. ¿Por qué la evidencia de los casos actuales (y por tanto más atractivos) es incompleta, ambigua y conduce al error? Una mayor atención de la política de concentración de las poblaciones civiles debía haber incluido el examen de la guerra de los Borres o de la guerra Filipina (como la Emergencia Malaya). Por desgracia, estos casos de estudio parecen demasiado viejos y carentes de finalidad práctica; esto, es algo negativo. Porque la guerra Filipina ofrece en particular una importante y valiosa información sobre el tema. Aquí de nuevo los formadores de historia militar deben confrontar la inclinación de la mayoría de los oficiales, que desean los ejemplos históricos individuales para validar las propuestas del curso de acción. Por lo tanto, los oficiales pasan por alto los mejores ejemplos históricos por culpa de su época.

Para la permanente conquista del interés de los oficiales, hacia el estudio de la Historia, la profesión debe considerar el valor aplicable de la disciplina. Una historia militar crítica es mucho más útil para la “Preparación Inteligente del Campo de Batalla” que para el desarrollo del curso de acción. Esto representa un pequeño cambio en la aplicabilidad de la historia militar. Antes de la llegada de los ejercicios de entrenamiento colectivo, la principal utilidad de la historia militar era adiestrar a los mandos y oficiales en cómo luchar contra sus enemigos. Según mejoró la metodología de adiestramiento, la utilidad de la historia militar dirigida hacia este objetivo disminuyó con el paso del tiempo. Ahora, cuando las Fuerzas Armadas de Estados Unidos están de nuevo empeñadas en lo que tiene que ver con el término “artes militares sociales”, se puede ver el mérito manifiesto de la investigación histórica. Aunque es difícil conseguir el consenso en el estudio de las guerras no convencionales, los investigadores son virtualmente unánimes en afirmar que las fuerzas convencionales a menudo pierden las guerras no convencionales por su

falta de comprensión conceptual de aquel tipo de guerra en la que están luchando. La historia suministra esta comprensión conceptual. Comprender las dimensiones culturales y sociales en este tipo de batallas es fundamental para alcanzar el éxito, y su conocimiento se consigue no en el, Centro Nacional de Entrenamiento, sino con el estudio de la Historia. Afortunadamente para los oficiales, los historiadores profesionales de la historia militar han iluminado el camino que nosotros éramos reacios a seguir.

La “nueva historia militar” no es realmente nueva del todo. Sus huellas se remontan a los años sesenta del siglo pasado y representan, en parte, un intento de los historiadores universitarios de trazar un camino con sus colegas historiadores de otras especialidades. Toman prestado el método de los historiadores sociales. Los que cultivan la “nueva historia militar” han derramado inusual atención de los hechos y los protagonistas al margen del combate: la composición social de los ejércitos (para incluir además a los que van detrás del campamento), relaciones civil-militares, las consecuencias sociales y económicas de la guerra, etcétera. Por diversas razones, la mayoría de los oficiales e incluso algunos historiadores universitarios han mirado con recelo a la “nueva historia militar” y su acompañamiento de los estudios de “guerra y sociedad”.

Según John Lynn, “la esencia de la historia militar es el combate”, y el “énfasis en la historia social tiende a apartarnos del foco» ([71]). Los oficiales aplauden y siguen esta opinión, pues no quieren apartarse del foco de las operaciones en el estudio de la historia militar. Mientras que una audiencia militar profesional admite cierto beneficio marginal de estos estudios social-militares, nosotros no deberíamos ser demasiado rápidos en admitir la afirmación de Lynn acerca de la primacía del combate en la historia militar. Tradicionalmente esta acusación es irrefutable. Además, no hay duda de que el combate narrativo comprehende lo más popular y toda clase de lecturas históricas, ya si la audiencia es militar o general (hay una razón por la que la mitad de los libros de Historia vendidos en un librería local en América son de historia militar). Otro debate que dejamos abierto es, si es estudio del combate, es la mejor aplicación de la disciplina de la historia militar realizada por profesionales.

Las Academias de Historia de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos –la mayor parte de ellas adheridas al modelo de la Kriegsakademie- han centrado sus objetivos en las batallas y en el nivel operativo de la guerra para aumentar experiencia en sus conocimientos históricos. Según Don Higginbotham, el objetivo de su instrucción:

> “Es simular el combate, ofrecer a los oficiales revivir los acontecimientos como si estuvieran presentes y ocuparse de pleno en un ejercicio lleno de significado táctico» ([72]).

Como Antulio Echevarria sugiere, la experiencia anterior es errónea porque:

> “Tiene su origen, no en el pasado mismo, sino en la interpretación imperfecta y subjetiva del historiador, o sea, una recreación realmente dudosa» ([73]).

Sin embargo, esta recreación ha llenado un vacío durante años, y ha sido mejor que nada. Pero su contribución ha venido a ser mucho menos significante, como excelente entrenamiento ha suplantado a la historia militar. El adiestramiento tiene sus límites. Pocos oficiales en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos habían realizado entrenamientos en la cuarta fase de operaciones –como, la estabilización y reconstrucción de una sociedad destrozada- antes de la primavera del año 2003. Realmente hemos sabido lo difícil que resulta esta tarea, y ningún ejercicio previo podría desarrollar los medios apropiados para poder llevarla a cabo. En este tipo de actividad militar, la cual no implica el poder del combate masivo en un determinado momento, la historia ofrece ventajas con las que el Centro Nacional Entrenamiento no puede competir.

La “nueva historia militar”, se interesa, por temas, que van más allá de lo que es el combate, estrictamente hablando. Como Paul Kennedy reconoce:

---

[71] John A. Lynn, "The Embattled Future of Academic Military History," *The Journal of Military History* 61 (1997): 783.

[72] Don Higginbotham, "George Washington and George Marshall: Some Reflections on the American Military Tradition," in *The Harmon Memorial Lectures in Military History, 1959-1987*, edited by Harry R. Borowski (Washington, D.C.: GPO), 1988.

[73] Antulio J. Echevarria, II, "The Trouble with History," *Parameters* 35, no. 2 (2005): 78-90.

> “El Ejército de Estados Unidos puede ser llamado para luchar en cualquier parte entre Filipinas y Centroamérica”, y “esto es importante para comprender culturas extranjeras, su historia, la razón de los conflictos en estas sociedades, y la importancia de las rivalidades de las etnias/las tribus o sus creencias religiosas en la zona afectada. Estos son aspectos importantes que el Ejército ha analizado previamente» ([74]).

Aquí, la “nueva historia militar” ofrece algo que ningún entrenamiento puede ofrecer, ni los tambores ni las trompetas de la batalla narrativa; esto es: una comprensión conceptual del espacio de la batalla y su multiplicidad de actores.

Pocos podrían rechazar el valor de este tipo de estudios históricos en un momento en que aprecio cultural entre nuestros oficiales proviene de todas las esquinas. Alguien podría argumentar que estos tópicos sería mejor dejarlos en mandos más antiguos o en oficiales en áreas extranjeras, armados con el conocimiento de expertos de la cultura específica. La noción de la “estrategia del soldado raso” –el infante que puede hacer o deshacer un plan de guerra basado en el trato de sus viejas relaciones con un pueblo- sugiere la sabia decisión de extender los beneficios de tales estudios a todos los campos y especialistas. Además, el estudio de las sociedades y culturas en guerra construye una red de conceptos que no es de una región específica. No podemos olvidar que nosotros estudiamos historia no para encontrar respuestas o modos de actuar, sino para identificar la pregunta adecuada para preguntar cuándo y cómo dirigir la preparación inteligente del campo de batalla. Por eso, un examen de las causas de la guerra del Rey Felipe II en el año 1665 en Nueva Inglaterra; o por ejemplo, las consecuencias de la Insurrección Filipina Hukbalahap entre 1946 y1954. Pueden arrojar gran luz a un oficial ocupado en operaciones en marcha. En otras palabras, el estudio de la “nueva historia militar” ofrece dos beneficios. En primer lugar: un conocimiento específico del caso que estamos considerando y, en segundo lugar, una metodología general de análisis histórico que arma intelectualmente a los oficiales para evaluar innumerables situaciones basadas en cuestiones derivadas de la Historia.

---

[74] Paul Kennedy, "The Fall and Rise of Military History." *MHQ: The Quarterly Journal of Military History* 3 (1991): 9-12.

Un oficial equipado así con sabiduría histórica está listo para comprender la dimensión de un conflicto frente a otros que dan poca importancia al conflicto convencional. Quizás, hacen esto, con una mirada crítica hacia todos aquellos que se alejan de las clásica historia de las operaciones militares. Por el contrario, no hay nada que sugiera que el Ejército de Estados Unidos sea capaz de impedir la "societal warfare" en el futuro. Realmente, parece que las Fuerzas Armadas dedican muchas más horas a los conflictos no convencionales que a los convencionales. Es más, el valor del estudio de las artes militares en su amplia dimensión es universalmente útil. Sin embargo, este no es el caso de la más tradicional historia narrativa de las batallas.

Esta conferencia, por lo tanto, analiza la importancia de la tradicional historia militar, que consiste fundamentalmente en las batallas y las operaciones militares, o en la importancia de la educación del oficial. La visita profesión de campos de batalla continúa desarrollando un papel importante, suministrando experiencia para grupos paritarios de cadetes y oficiales en un ambiente de aprendizaje. Además, la gran obra de Napoleón en Austerlitz y el comportamiento singular de América en Normandía merecen la atención que se ha prestado en West Point, Carlisle y puntos similares. Ciertamente, el papel de la historia militar en la educación de los oficiales ha cambiado con el paso del tiempo, y el adiestramiento sofisticado ha suplantado el análisis de las batalla como el primer fin de la enseñanza de los oficiales. No se puede enfocar la historia como una "lección aprendida." La Historia puede ser ahora, relevada de su carga y se puede utilizar como una gran ayuda en la preparación del campo de batalla. Para este asunto, ahora, está mejor preparada. Para finalizar, ya más profundamente convencidos, los estudios de "guerra y sociedad" son más útiles que los que se centran exclusivamente en la narración de las batallas y de las campañas. La amplia perspectiva expuesta por este tipo de trabajos ofrece no solamente una ventaja para luchar en la próxima guerra, sino que al mismo tiempo nos entrega la llave para prevenirla. Quizá esta es la mejor respuesta al ¿para qué sirve todo esto?